

BFI





Arturo Oqueli

EL BRUJO DE TALGUA

(Novela Folklórica)



1 9 5 0

Tegucigalpa
Honduras, C. A.

Arturo Oqueli

El Brujo De Talgua

(Novela
Folklórica)



Tegucigalpa
Honduras

CONTENIDO:

	Pág.
Piedra Angular — — — — —	9
El Brujo de Talgua— — — — —	21
A la Meca del Hechicero — — — —	27
Danza de la Serpiente— — — —	55
Pueblo de Emociones Primitivas — — —	75
La Tierra Encantada— — — — —	103
En Casa del Taumaturgo — — — —	109
Embrujo de la Montaña— — — —	129
Despedida del Pontífice del Sortilegio —	155
Superstición, mal necesario— — —	169

El Brujo De Talguá

se publica bajo los auspicios de la IMPRENTA CALDERÓN. Esta empresa editora, compenetrada de la riqueza folklórica que encierra el libro, no ha vacilado en prestar de la manera más entusiasta su valiosa cooperación al prestigio de la literatura nacional.

En los países ralos de población, se tropieza con tres barreras que se oponen a la circulación de la letra de molde: escasez de habitantes, poca gente que gusta entregarse a la lectura, y escasísimas las personas que adquieren obras de los mismos compatriotas. Por consiguiente, la publicación de un manuscrito no persigue ganancias, antes bien, pérdidas. Sí satisface, como tributo espiritual, contribuir al tesoro de la cultura hondureña, única manera de formar conciencia artística, salvando a la vez del olvido la vida de los pueblos.

El estímulo anda tan rezagado, que solamente se distingue allá en el fondo, el sedimento de la indiferencia tropical. . .

Por eso, cuando el destino depara empresas entusiastas — cosa rara en nuestro ambiente — el nombre lo proclamamos sin reservas. Esta es la razón para decir a todos los vientos, que “El Brujo de Talguá” aparece, gracias al espíritu comprensivo que anima a los propietarios de la IMPRENTA CALDERÓN.

Arturo OQUELI

Derechos legalizados de
acuerdo con el artículo que
protege a los autores.

SE NACE MENDIGO
COMO SE NACE CHARLATAN

Piedra Angular

Anoche, el viento tropical, huracanado de noviembre, encerró en sus casas a los señores de mi calle, a los que no pueden pasar sin el cine o la tertulia barata.

Anteo Furrís, mi vecino, que cursa cuarto año de Derecho, sin una conciencia orientada para distinguir o deslindar, la importancia de la biblioteca de la taberna, no cabía en las cuatro paredes de su cuarto por ir a formar parte del círculo de las mujeres elegantes y hombres planchados, a recitar lo de siempre, la prosa trillada de las nimiedades, cuando no el despellejo inmisericorde de alguna víctima que paga los tragos.

Era la cuarta o quinta vez que Furrís me invitaba a acompañarle al club. A sus atenciones yo siempre me excusaba con mentiras más o menos aceptables. Molesto con mis frecuentes renuncias, me preguntó en tono de reproche:

—Bueno, Caracol; sé de tus predilecciones por el trato de la plebe de las barriadas, renunciando tácitamente a la conveniencia de las relaciones con elementos altamente sociales; qué ganas tú con eso?

—Mucho. La gente sencilla es un tesoro de inagotables recursos.

—No me hagas reír, hombre; no alcanzo la importancia que puede tener codearse con el bajo mundo.

—Estás en un error. Personas ordinarias son la mayoría de los individuos que a todas horas frecuentan los casinos. Los hombres que valen amanecen en los ateneos, no en salones faltos de personalidad.

—Pero olvidas que los centros de recreo no son bibliotecas, sino lugares de expansión?

—Lo sé y los considero indispensables a los hombres que saben frenar a tiempo los desbocamientos de la bestia que todos llevamos, entregándonos únicamente a las delicias que reclama el espíritu cansado del trabajo, no de la holgazanería.

—Entonces, por qué censuras?

—Entiende, hombre, no es ese mi objeto ya que con ello nada se conseguiría, sino hacerte una observación que puedes considerar si vislumbras algún provecho. Piensa, Furris, aparte de la saliva que gastas inútilmente (que en algo te beneficiaría las malas digestiones), la juventud quema su vida en la pira del vicio sin un propósito práctico, y de paso lleva a manera de mensaje fúnebre, la pobreza, la miseria al hogar.

Nunca he oído a ningún miembro de tu círculo, ocurrírsele insinuaciones provechosas o haber encendido con chispazos geniales, la antorcha de una idea feliz. A la gente de la calle, sí; es broza amalgamada con granulos del oro más fino.

—Bueno, hombre, te felicito; te has encontrado una mina de diamantes.

—No, una fuente donde sólo el hombre acucioso puede desentrañar las gemas con que está estructurada

la vida honda y maravillosa, como es la del hermano que yanta sin eslabonar una comida con otra: a saltos.

—Insisto, Caracol, en no comprender la lección que sacas con el roce de los vagos que encuentras al paso.

—No dudes, que en los hechos más insignificantes se encuentran enseñanzas provechosas; en fin, para no ir a enfrascarnos en los pormenores de una saludable discusión, mejor hablemos de cosas de cantina, insustanciales.

—Tú, siempre agresivo.

—No, veo que enrojeces; el acaloramiento pierde el sentido de la responsabilidad, es decir, al final, careciendo de aceptable argumentación, se sale por la tangente de un adefesio al olvidar el punto de origen. En conclusión, antes de despedirme, quiero que analices el alcance del alma de los simples con un ejemplo gráfico: ayer fuí a ver con el arquitecto diseñador, la construcción de un mercado. En esos momentos el capataz daba parte al jefe encargado de la obra, de la ausencia del albañil más capacitado, más serio y más puntual; alguien dijo que nunca había faltado, posiblemente se sentiría indispuesto.

Un cuarto de hora después, ví al albañil presentarse sudoroso. El maestro al verlo penetrar, se le encaró llamándole seriamente la atención por el retraso; él, alegó: “No es el día el que trabaja, son las manos, señor”.

Ahora, dime: una respuesta tan elocuente se le podría ocurrir al clubman que tira su plata en el tonel sin fondo de las tabernas?



Hoy por la mañana, Furrís espía a que yo abriera mi puerta, para excusarse:

—Tu pregunta, que no respondí anoche, me dejó pensativo; puede que tengas razón. Por algo te pasas interrogando a los que pueblan el mundo maravilloso —como tú dices— de los hombres de la calle.

—Lástima que respiras un ambiente de falsas ilusiones sin tener la oportunidad de estudiar la existencia dulce y perenne —como eterna primavera —de la gente humilde: es un semillero variado y rico en sus matices vivificadores; pocos valoran su importancia en los aspectos de sus infinitos recursos para darnos en cada minuto que pasa una nueva pauta de la alegría del vivir.

—Alegría de vivir con vida tan miserable?

—Sí; habla con aldeanos, pescadores, leñadores, arrieros, mendigos... y verás que todos son de alma diáfana; grandes en su propia desventura. En la filosofía de su estoicismo está la novedad de sus milagros.

—Milagros? ¡Déjate de embustes! ¡Me río de los milagros! Cuéntate uno, a ver si me convences.

—Mil puedo referirte y escucha: el año pasado estuve temporando en una molienda de caña en las colinas de Conchagua. Una noche que charlaba con el propietario sobre ciertas cosas asombrosas de los indígenas, me refirió un caso, que en los renombrados centros científicos se hubiera calificado, al conocerlo, de extraordinario, de sobrenatural, así como lo oyes, ya que tú no quieres aceptar el milagro en su verdadera concepción.

—No soy tan tonto como te lo imaginas.

—No me interrumpas.

—Continúa, pues; debe ser muy interesante.

—Don Robustiano —así el nombre del dueño—, se incorporó de su hamaca para dar más solemnidad a sus palabras:

“—Vea, amigo Caracol, a tres kilómetros, en la falda de esa montaña que usted ve, vive la Pola, india incansable en el trabajo, resistente como una mula. Es viuda, y solamente con sus dos hijos mayores y la hija que hace de cocinera, lograron los cuatro, sembrar y cultivar buenas plantaciones de café.

De tarde en tarde me gusta visitarla por ser una india altamente sociable dentro de las normas de la rusticidad. Abruma con sus atenciones y obsequios de las ricas y variadas frutas de su predio.

Años atrás, las ganancias del café que vendía en los patios de su rancho o en la capital, casi todas las gastaba en el tratamiento de Pablito, el hijo menor, que *padecía*, según los entendidos, de parálisis parcial en las piernas; en varias ocasiones lo llevó a los hospitales de Costa Rica y El Salvador, regresando sin conseguir ninguna mejora.

Pablito, hasta los doce años caminó bien; ahora cifra en los diez y seis, de los cuales, tres anduvo apoyándose en la palma de las manos y las nalgas; no caminaba, se arrastraba.

La india abatida, descorazonada con tanto fracaso clínico, se quejaba con tono de resignada esperanza: *¡Que se haga la voluntad de Dios!*

Para los cortes de café, todos los años contrata indios de lo más espeso de la selva. El sistema de hacer

efectivo los salarios es bastante curioso: los paga en tres partes: una, en chicha; otra, en alimentación y la tercera en efectivo.

Los domingos, día forzoso de descanso, los indios se alegran bebiendo el brebaje fermentado, bailando sus danzas primitivas a los acordes de una orquesta típicamente salvaje: con una hoja verde de naranjo, doblada por la mitad y puesta sobre la lengua, con la boca entre cerrada, el músico imita el gorjeo de distintas aves canoras; otro instrumento de forma cilíndrica, especie de tambor, con un solo parche de cuero de león, llamado *música de cuero*, hace de redoblante y le toca llevar la dirección, destacándose entre los sonoros, un arco como de tres metros de punta a punta, sujetos los extremos para formar la media luna, con cuerda de alambre de cobre y en el centro lleva una jícara, reguladora de tonos, que nombran *taramba*; el quinteto se completa con siringa de carrizo e indispensable guitarra.

Ese día (todos los domingos), la dueña regala un tonel de chicha —clave— para retener gozosos a los peones, quienes se entregan a la danza sin dormir durante veinticuatro horas.

Un sábado mandó la Pola a invitarme para que fuera el domingo a desayunar con ricas montucas, de maíz sazonado y carne de cerdo”.



“—Al ensillar mi mula, un simpático inglesito que llevaba la contabilidad y que se desvivía por cubrir su

herbario de plantas raras, me insinuó diplomáticamente, que le gustaría acompañarme, sugerencia que acepté, bastante complacido.

La Pola al vernos llegar se mostró contentísima; se sentía honrada con nuestra presencia.

Mientras nos servía las gustosas montucas en las tradicionales hojas de tusa, la orquesta amenizaba el desayuno con piezas musicales de su repertorio. Más creo que improvisaban, tal los giros y acentos peculiares; de una imitación de gorjeo del zorzal pasaban al parpeo del ganzo; del rugir del león en la hondonada, al croar de ranas, y así con las voces de distintos animales y alarmas de la naturaleza, terminaban cada danza con el canto del gallo.

A todo ésto, el hijo inválido, participando del contento, iba y venía con sumo sacrificio, por los rincones del rancho.

Inspiraba lástima ver el esfuerzo que hacía para arrastrarse, como los animales.

Mi compañero, el inglesito, le observaba con interés, como doliéndose interiormente, de no poder hacer nada para mejorar el estado de Pablito.

La madre al comprender lo que quería decir la mirada dulce del extranjero, le narró la historia desventurada del hijo, sus gastos y desvelos, cosa que no le dolía, sí, los fracasos clínicos.

Uno de los indios que escuchaba, al parecer líder, suspendió el rascar de la guitarra, y con el índice en alto, se dirigió medio ebrio a nosotros: “¡Ya prometí a la Pola; dentro de quince días veremos a Pablito bailando

de leva! . . . ¡Yo lo curo!” Al vernos sonreír, agregó un poco molesto: “¡Nosotros sabemos el *contra*, que los médicos ignoran!”

Giró sobre los talones callosos y ocupó nuevamente su banco, a continuar con más vigor; la música inconclusa”.



“Como cinco o seis semanas después, al notar escasez de carne fresca, dispuse en compañía del inglesito, ir de cacería a un paraje apartado, donde abundan las pavas, carne mil veces superior al faisán.

El camino a seguir, es recomendable atravesar los patios de la Pola, por ser el trayecto más corto y menos escabroso.

Al aproximarnos, procuramos pasar sigilosamente a fin de no ser vistos. La india, bastante sugestiva, es comprometedora con sus francas atenciones; temíamos una demora y regresar de noche a casa. Sí, nos llamó la atención, que no siendo domingo, día de francachelas, oyéramos música desenfrenada con la presencia de mayor número de indios con sus mujeres, tal las risas y bullicio que se dejaba escapar.

Conjeturábamos, cuando alcanzó a vernos uno de los chicos y dió la voz de alarma, saliendo la Pola y su hija a invitarnos.

Con pesar nos excusamos, prometiéndole regresar, aunque fuera de noche.

A ella, que no daba reposo a su entusiasmo, la interrogamos el porqué de tanta alegría a mediados de se-

mana. Respondió, alzando los brazos al cielo: “¡Vengan a ver a mi hijo, bailando de leva!”

Lo de la leva (chaqueta) me intrigó al recordar la conversación que sostuviera semanas atrás con el indio que hacía de jefe.

Desmontamos presa de nerviosa curiosidad. Sabíamos que la india no mentía, apoderándose de nuestras mentes una confusión tal, que por un momento estuvimos a punto de retroceder sin motivo justificado. Al fin, empujados por fuerza misteriosa, llegamos a los umbrales del rancho, y cuál no sería nuestra sorpresa al ver al “inválido”, danzando con el garbo de un hombre alentado.

Lo que veíamos parecía un sueño; clavada la mirada en los pies de Pablito, le seguíamos todos los pasos del baile; queríamos desentrañar la clave que había logrado el portentoso milagro.

Pablito reía a todos los presentes con risa de espanto, como si no creyera lo que él mismo estaba gozando. Diríase que se había confabulado con un poder misterioso para demostrar en su persona todo el malabarismo de su satánica sabiduría.

Fué tanto nuestro asombro, que ese día renunciamos a la caza, sumándonos a los festejos de la curación.

El indio médico al vernos que no atinábamos a darnos ninguna explicación, en silencio saboreaba su triunfo, al calor de una calabaza de chicha.

De repente, impulsado por la bebida, se incorporó y levantando en alto el índice —como lo acostumbra—, nos recordó, desbordando de alegría: “No se los dije que lo curaba? ¡Ahí lo tienen, bailando de leva!”

El inglesito, que era un apasionado de las yerbas, desde el primer momento que se dió cuenta del caso extraordinario, daba la impresión de haberse convertido en piedra, tal el hermetismo causado por la fuerte conmoción de la cura. Observaba, analizaba y callaba.

A una pregunta del médico de la selva, rompió el silencio para ofrecerle quinientos pesos sólo por mostrarle la planta que había empleado en el tratamiento del inválido.

El indio, rápido, contestó en claro español: “¡Nuestros antepasados, de generación en generación, nos han transmitido muchos secretos que no hay dinero para comprarlos!” Dió media vuelta y muy satisfecho de sí mismo, continuó, algo ebrio, con la cabeza gacha, tocando la guitarra”.



“—Después de prolongado silencio fúnebre —ya que no fué asombro— sino espanto la impresión recibida, dispusimos marcharnos.

Ya de pie, varias veces hablamos al indio para despedirnos, pero no oía. Tuvo la Pola que tocarle los hombros para que alzara la vista: al clavarlos la pupila extraviada, pensamos que su alma remontada dialogaba con sus antepasados, dándoles cuenta de continuar en pie el secreto inviolable”.



Furrís, como despertando de largo sueño, sacudió los brazos, anduvo a trancos, pronunciándose con coraje:

—Ve, Caracol; tu relato me ha cautivado; es algo así, para tu amigo, como piedra angular de futuras proyecciones. Te prometo, no emular al indio de tu cuento, sino superarlo. Cuando oigas un nombre nimbado de gloria en todos los horizontes del país, ese nombre será el mío, que ha sobresalido en alguna actividad digna de ambicionar.

—¡Qué la fe te valga, Furrís!

El Brujo de Talgua

Después de muchos años de ausencia en el extranjero, regresé al terruño encontrando la novedad de un brujo que mantenía a la expectativa a grandes y chicos, por tantas verdades desfiguradas y mentiras crudas, que de él se ponderaban.

A medida transcurría el tiempo, así crecía la fama de las facultades portentosas del brujo de Talgua. Unos decían que se trataba de un loco, otros, de un timador.

Personas serias venidas del Occidente de la República, desvirtuaban los prejuicios al sostener, que era un hombre difícil de conocer por su carácter desapacible y retraído; que no se le conocía ningún atraco por el hecho de no cobrar un centavo por las consultas cuando dichosamente se lograba verle; al contrario, se sabía de muchos desprendimientos en una hambre que años atrás afligiera con humillación al pueblo, regalando todas sus trojes de maíz, cargamento de frijoles y sal costeadas por su cuenta desde las playas salineras del Golfo de Fonseca. Además, por ser hombre de valiosas tierras y ganados, se le consideraba la persona más rica del departamento: no tenía motivos para desvalijar al prójimo.

Con los viajeros que logré cambiar impresiones, coincidían, en forma unánime, de sus maravillosas hazañas sin poder explicar en qué consistían las maravillas.

Deseoso de vérmelas con el taumaturgo, comencé a planear un viaje expreso, pero comprendiendo que al darse cuenta los amigos del propósito me convertiría en el blanco de sus burlas, traté de ocultar mis verdaderas intenciones, divulgando que realizaría una excursión al Departamento de Gracias (hoy Lempira) a conocer la famosa Fuente de Sangre, desviándome una vez en la ruta, del camino principal, directamente a Talgua.

Lo único que me preocupaba —para obrar con prudencia—, era averiguar si todavía existían bandoleros que saqueaban y mataban sin piedad.

Las escasas personas que se arriesgaban venir a la capital, no respondían satisfactoriamente en vista de la falta de comunicaciones entre ellos mismos.

En ese tiempo, los asesinatos y robos se sucedían diariamente sin que la autoridad lograra extirpar el mal de raíz.

Las cuadrillas de cincuenta y más forajidos, mantenían en zozobra una extensísima zona de doscientos kilómetros a la redonda, saqueando tiendas comerciales y haciendas, cuyos ganados los vendían en los pueblos de las repúblicas fronterizas.

Cuando algún representante de la ley, queriendo cumplir con su deber, se ponía al frente de su tropa en persecución de los ladrones, éstos al sentirse amenazados salían “huyendo” a juntarse con otra pandilla, y así en este orden iban retrocediendo por sitios donde acampaban otros bandoleros. Al fin, cuando la turba se consi-

deraba fuerte, superior a las fuerzas del Gobierno, regresaba en busca de la autoridad y al toparse, la batía encarnizadamente, quitándole las armas, resultando por cada rifle capturado, un cuatrero más enlistado en las filas del pillaje.

Yo, aunque conocedor del peligro (podía ya no existir), siempre he pensado que la vida es un azar, no dando por consiguiente mayor importancia especular con mi carta cuando a la vuelta de cada esquina meditamos sin temores, atenedos por instinto de conservación a la rutinaria prudencia.

Con resuelta determinación esperé impaciente la llegada del verano, único tiempo en que se puede viajar a caballo por un territorio que carece de ferrocarriles, con ríos caudalosos, sin puentes.



Eso sí, disponía de sobrado tiempo para seleccionar el mozo que conociera pueblos y caminos de herradura, cuando los hubiere, o de simples picas que solamente los hombres de aquellas comarcas poseen, como los pájaros, el sentido de orientación.

Quiso mi buena estrella trabar conocimiento con Carpeta, indígena de Gracias; sentaba plaza de soldado y a principios del próximo verano sería licenciado.

Cosa rara, Carpeta era un hombre gigante: un metro setenta y cinco centímetros, tomando en cuenta a la generalidad de los indios, de ser bajos de estatura, de ojos medio rasgados y rasgados del todo, horizontales, con un parecido asombroso a los ojos de los señores de

la raza amarilla, de quienes posiblemente hemos heredado muchos rasgos característicos. Agarre usted a un indio de Intibucá, Honduras y otro del Perú o México, y los arroja en paracaídas en Mongolia: pasarían inadvertidos entre los nativos, salvo el idioma que los denunciaría.

Carpeta, pues, pertenecía a una de las raras excepciones de indio corpulento y la ocasión de conocerle no podía ser más halagadora.

Sabiendo lo desconfiados y maliciosos que son, los indios, al tratarlos por primera vez, no quise entrar en detalles hasta que comprendiera que le hablaba en forma amigable. Quise primero asegurar su estimación, y al considerarle libre de suspicacias, le expuse el proyecto, de ir a conocer la Fuente de Sangre ubicada en su departamento, sin hablar nada de Talgua, en vista de lo profundamente supersticiosos que son los descendientes de Lempira.

Se mostró contentísimo, afirmando que conocía tan bien su pueblo y vecindades, que hasta con los ojos cerrados podía guiarme.

Al preguntarle el precio que cobraría por sus servicios, se mostró sorprendido, conformándose únicamente con la comida que le suministrara, alegando que por fuerza tendría que recorrer el mismo trayecto para llegar a su casa una vez licenciado; además, llevaría la "masita" ahorrada en la pagaduría del cuartel.

Yo le expresé, repetidas veces, que sentiría no fuéramos a marchar juntos; sin devengar un centavo por su trabajo, no me sería posible aceptar sus buenas intenciones.

Continuaron nuestras conversaciones largos dos meses sin llegar a un acuerdo favorable, desde el punto de vista equitativo.

Carpeta siempre insistía en darse por pagado con mi compañía.

Al fin, cuando ya sólo faltaban ocho días para que le dieran de baja, el mozo convino —no como paga—, sino como gratificación, recibir tres calzones y tres camisas de tela fuerte; dos pares de caites, de hule de llanta; diez varas de manta, hilo y un corte de zaraza para su mujer.

En lo que no logré comprometerlo, fué en la aceptación de una bestia de silla para que también él hiciera montado el recorrido.

—Pero hombre —insistía— cómo vas a ir a pie, quince o veinte días?

—No, patrón, el trote de la mula afluxiona el cuerpo. Para nosotros es más cómodo y más corto, andar a pie que a caballo.

—Tus razones no me convencen, Carpeta.

—No, patrón; todo es muy sencillo: la gente de mi raza no acostumbra andar por carreteras sino por caminos rectos.

—Francamente, no te comprendo.

—Quiero decirle, que el caballo no sirve para caminos tirados a cordel; una vez nosotros orientados, comenzamos a subir y bajar por las crestas de las montañas, sin apartarnos una pulgada de la línea trazada mentalmente, cosa que no se puede hacer andando montado.

Con la explicación me dí cuenta, que los indios son algo así, en las serranías, aeroplanos terrestres; prefieren arrojar-se por los precipicios de los atajos, antes de tomarse el trabajo de rodear la carretera de un cerro.



El día fijado para la partida, llegó Carpeta contentísimo, ya de baja.

Lo primero que hizo fué darme a guardar sus ahorros; al sentirlos ligeramente pesados, le insinué cambiarlos por billetes; peló los ojos, para comentar: "Con papel no se come, patrón". A continuación explicó su vida de soldado durante doce meses en el cuartel. Diariamente el pagador le guardaba veinte centavos de su sueldo; al mes, seiscientos centavos, al año, setenta y dos pesos, cantidad insignificante para un hombre de negocios; para el indio representaba una suma salvadora, que no podía disimular su contento al pensar a su llegada en la vaca que compraría, amén de los cerdos y gallinas, ¡todo un hato!

A la Meca del Hechicero

Antes de montar en el patio solariego, Carpeta se empeñó en llevar a las espaldas su maleta personal; yo, ante la terquedad, le hablé muy serio, obligándole a colocarla sobre la carga.

—Bueno —preguntó contrariado— y yo qué voy a llevar?

—Llevarás del fiador, con una mano, la mula de los aliños, y con la otra, irás acariciando la cacha de tu machete.

Sonrió, mostrando sus hermosos dientes de mazorca de montaña.

A las cuatro de la mañana salimos por el portón empedrado, haciendo las bestias mucho ruido con los cascos recién herrados.

Iba a ver con mis ojos y a escuchar con mis oídos, al hechicero que mantenía en zozobra la conciencia del pueblo manso



Nuestras jornadas las establecimos descansadas; no teníamos prisa de matar el lomo de las mulas ni de “aflujionar” los cuerpos —como decía Carpeta—. A este plan se debió que a los cuatro días de caminata, atravesáramos el Río Chiquinguará, dejando a la derecha la ciudad de La Paz y más al norte, Comayagua, antigua capital de Honduras, yendo a hacer alto al pueblo de Cane. Antes habíamos pasado por Támara, Protección y Boca de las Vueltas, con tiempo claro, caluroso, sin el menor contratiempo.

Con la cautela propia del indígena, ya para irnos a la cama, Carpeta habló de los gastos y sacrificios inútiles, de ir en verano a ver la Fuente de Sangre. “Al principio no quise hacerle ninguna advertencia para que usted no fuera a sospechar poca voluntad de acompañarlo. Los meses para el viaje son, julio, agosto y parte de septiembre, meses de aguaceros torrenciales; entonces el manantial es abundante de sangre. En verano solamente se encuentran charcos coagulados, en estado de putrefacción. Únicamente a los perros sin dueño, zopilotes, y otros animales que se alimentan de porquerías, se les ve a toda hora, banquetecándose. En la cueva del manantial viven millares de vampiros gigantes, parecidos por el tamaño y color, a los cuervos”.

—¿Es cierto, Carpeta, que la Fuente queda cerca del pueblo de La Virtud?

—Legua y media al Sur.

—Y los caminos, qué tal?

—En invierno, por los ríos, intrasitables; en la cuaresma, no muy favorables. Sobre la frontera salvadoreña, ligeramente planos. Caminos endiablados son los que

nos esperan al sólo recorrer estas pocas leguas del Valle de Comayagua. Usted no debió venirse por aquí, sino dando la vuelta por la República de El Salvador.

—Por qué?

—Los cortadores de café que van todos los años a la República vecina, me han dicho, que El Salvador es tan pequeño como el Departamento de Gracias. Y siendo un país rico y plano, fácil ha sido a los hombres progresistas cruzarlo de carreteras, en su mayoría asfaltadas. Usted —por ejemplo— llega a la capital salvadoreña; deja el tren y toma una camioneta que lo conduce a Sensuntepeque, pegado a Honduras; aquí abandona el carro y alquila una mula. Después de recorrer siete leguas, está en el pueblo de La Virtud, a seis kilómetros del manantial. En cambio, cuando lleguemos a la Fuente, usted principalmente, con caminos sumamente pesados, se sentirá como apaleado.

El mozo, rendido por el sueño, calló y luego le oí roncar. Con la constancia de su baja, envuelta en un pedazo de manta ahulada, ya no tenía problemas que le desvelaran. Cayó a la cama con la inconsciencia de un hombre feliz, a su manera.

En el curso de su relato, que lo consideré oportuno, si le hice algunas preguntas fué para que no maliciara mi poco interés por la Fuente ya que mi propósito seguía siendo Talgua.

~ ~ ~

Ya para salvar el valle nos encontramos con unos arrieros que sesteaban a la sombra del árbol más raro del mundo, especie poco conocida en el país o que quizás abunde en lo más crudo de las montañas. Tendría unos cuarenta pies de alto por metro y medio de grueso; los indios le nombran *música del viajero* por el hecho de sonar a campana al golpearse con un pedazo de hierro; si el golpe en cambio, se da con palo, alambre u hoja de machete, varía de tonos; el tronco bien podría servir de marimba si cuatro músicos a un tiempo, ejecutaran una pieza con diferentes objetos.

Al momento de ofrecernos refresco de mora silvestre, uno de los arrieros me preguntó para dónde nos dirigíamos. Al contestarle, a visitar el Señor de Esquipulas, exclamó: “¡Parece que les hiede la vida! ¡En los pueblos y aldeas de Gracias, especialmente a la altura de Talgua, anda merodeando una cuadrilla de bandidos, robando y asesinando peregrinos!”

Repliqué al cuidadoso hombre, que tenía confianza en el mozo, quien me garantizaba la vida, llevándome no por caminos reales, sino por picas solamente conocidas por él.

—“No amigo —dogmatizó por último— sólo Dios tiene poder de interceder en favor de los cristianos al verlos entre los dientes del lobo”.

Carpeta, muy satisfecho por la fe depositada en él, máxime en presencia de personas extrañas, apuró las mulas, y ya declinando el sol entramos al caserío de Yampa, al pie del elevado cerro del mismo nombre.

Aunque estábamos en verano, los vientos que soplaban eran sumamente fríos. El mozo al ver los efectos que

me producían las ráfagas, ¡verá —gritó —cuando durmamos en Tutule, las heladas son como estar bajo un muerto!

A los indios de Yampa los encontramos alarmados y armados. Al instante pensé en alguna combinación de movimientos sediciosos, endémicos en el país; pero no, dichosamente ninguna de mis suposiciones se acercaban a la verdad. Únicamente, el *payaso* había arrasado con gran número de gallinas.

No comprendiendo significado de nombre tan extraño, que llevaba el enemigo de las aves de corral, pregunté detalles al más avisado:

—Vea, señor —explicó—. Se trata de la fiera más perjudicial que azota este litoral, la que más daños nos causa, tomando en cuenta nuestro patrimonio, que son los huevos.

—Y por qué le nombran *payaso*?

—Ya veré. Su “nombre de pila” es *causel* y lo hemos bautizado con el remoquete de *payaso*, porque al sorprenderlo en la punta de los árboles, espantando las gallinas, de la cúspide se tira dando tres volteretas en el aire, cayendo como los gatos, muy campante.

—Entonces, ese animal se sube a los árboles?

—Usted lo ha dicho. Tiene la habilidad de encaramarse a los nudosos, donde antes ha olfateado el dormitorio de las gallinas, con el fin de espantarlas primero; al volar al plan, las despescueza con la furia de una ametralladora. Hoy hace dos días que andamos con la escopeta al hombro, buscándolo, para darle una batida: tocar a un huevero equivale tocarnos a todos.

—Las gallinas de ustedes son mezcladas con raza extranjera?

—Para qué?

—Para mejorar la cría.

—No, señor. Nos reímos de las importadas. El secreto para que la gallina ponga todos los días, salvo dos semanas que se “traspone” cada seis meses, está en el cruzamiento.

—Y cómo logran sus propósitos?

—Con el cruce de la chacha de monte con el gallo casero, previamente seleccionado, a fin de “coger semilla”. Después, en vez de agua les damos a beber leche en todo tiempo, mezclando a su alimentación cebolla picada, cruda. En seguida se sueltan en la orilla del río donde escogen sus hierbas y arenillas.

—El gavilán debe ser otro enemigo del negocio de ustedes.

—Pues vea, parece increíble, pero hemos acabado con la mayor parte; uno que otro se cruza por el patio. Lo que sí abunda es un animal parecido al gavilán, posiblemente primos. Al principio matamos muchas de estas aves, pero al ver que no perjudicaban, las dejamos en paz; ahora vuelan sin miedo a la escopeta. Aquí tenemos una disecada”.

Efectivamente, el ave tiene bastante parecido al gavilán, en el tamaño, plumaje, garras y pico acerados. Mas creo que se trata del *caracará*, ave de rapiña de Sur América, especialmente del Ecuador; su alimento consiste en carnes en estado de putrefacción; en cambio el gavilán, como los ricos, sólo gusta de pichones o pollos tiernos.

—Dígame, encontrándose tan lejos los centros de consumo, cómo hacen para que los huevos no se enhúeren?

—Muy sencillo: cada huevo que las gallinas van poniendo lo vamos echando dentro de una olla de barro, llena de agua fresca, con cal viva y sal de cocina. De este modo la mercadería se conserva en buen estado, unos diez meses, pero como nosotros comerciamos en pequeño, cada tres meses nos reunimos grupos de diez o más hueveros y salimos el mismo día. Dos noches antes, nos desvelamos envolviendo cada huevo en paste, acomodándolos en grandes calabazas, a fin de que se acuñen unos con otros, caminando despacio para que no se batan.

—Como tienen que caminar a pie, a qué población se dirigen?

—Antes íbamos a la capital, aunque más lejos nos rendía más la cuenta. Ahora preferimos Siguatepeque, más cerca con iguales resultados.

—No creo que Siguatepeque consuma tanto huevo.

—¡Qué va! Es el punto de reunión de los revendedores; unos agarran para la costa Norte y otros a Tegucigalpa, en veloces camiones.

—Por la lección —dije al huevero— te regalo esta cajita de galletas.

Al tomarla, sonrió complacido, agregando:

—Yo, ni leer sé.

—Pero sabes hacerte oír, como todo un maestro.

—*Maistro* de qué?

—*Maistro* de la naturaleza, hombre.



A mitad del camino a Tutule, divisamos un rancho enclavado sobre amplia meseta; por sus dimensiones lo ocupaba numerosa familia.

Al frenar las mulas, escuché algo como amenazas a riña; golpes de puños sobre los tablones de moler maíz y taconeo en el piso. Un poco temerosos llamamos a sus puertas, en solicitud de café caliente. Aunque el sol, muy campante había desplegado su manto de fuego, el frío, a medida el día declinaba, continuaba con más saña su labor paciente de orfebre, de ir poco a poco taladrando los huesos.

La dueña de casa, señora de costumbres sencillas, nos hizo pasar adelante. Rodeada de sus hijos, todos hablaban y gesticulaban a un tiempo —como en el manicomio—, costumbre muy típica de los indios.

Al fijarme en un pañuelo amarrado a la frente, le pregunté si sufría de jaqueca.

Perote, el hijo mayor, se apresuró a contestar por ella:

—No, señor; mi madre únicamente siente que se le clava una espina en la cabeza, al ver pasar a cualquier conocido y no le da noticias de mi hermano menor que estudia en la capital. Su dolor obedece a preocupaciones.

—Así es, —intervino el marido—; es asunto de preocupaciones nerviosas. En cuanto recibe vagas noticias o le mienten, la espina de la frente desaparece por encanto. Yo —por ejemplo— al contrariarme por la pérdida de una vaca, el hígado se encabrita, el dolor me bota a la cama.

Perote, halagado por estar de acuerdo con su padre, aseguró: “las impresiones, emociones, inquietudes, o como ustedes quieran llamar, a unas personas afectan la cabeza, pero a la mayoría el estómago o cualquier otro rincón del cuerpo.”

—“¡Tú qué sabes, tonto viejo!” —gritaron a un tiempo las hermanas—

—Pues tan sé, que voy a aprovechar la presencia de los señores forasteros para referirles un caso del que yo fui testigo: cuando en el puerto de La Ceiba rodaba la plata por las calles, entré a trabajar de sirviente en casa del señor Colmillo, hombre acaudalado, que hizo fortuna principiando por vender panza de vaca lavada, para mondongo.

“Además de mi sueldo, el patrón me reconocía un peso diario, extra, por servir la cantina las noches que se jugaba poker.

“El club privado de Colmillo funcionaba en su propia casa, al que sólo asistían industriales seleccionados por él.

“Entre los socios se había acordado, jugar por distracción, no por negocio; apostar hasta cinco dólares en las alzas; principiar a las ocho y cuarto en punto y suspender a las once y media; invitar a todo rico que viviera fuera de la ciudad y llegara de paso, en viaje comercial.

“Tenía orden de no alterar el número de muebles de la sala de juego: mesa con seis sillas; teléfono, pequeño mostrador donde se servían los tragos, fuera del servicio con baño. Los refrescos, cigarrillos, cervezas, vinos, etc., eran gratis.

“Una noche lluviosa se supo del arribo de Merengue, rico ganadero de Olancho; inmediatamente se le mandó a invitar a una partida de cartas.

“Al verlo entrar, me dió mala impresión: hombre tosco en su forma, sin gusto para vestir. Un minuto después me dí cuenta que carecía de los principios más elementales para conducirse en sociedad: su plata era su mejor atracción; por eso se le atendía.

“Era costumbre principiar la partida con un “pozo”; consistía en colocar dos dólares en el centro de la mesa por cada jugador; antes se compraban diez dólares en fichas de veinticinco centavos cada una.

“Alguien barajó, cortó y principió a distribuir el naípe.

“Colmillo que era mano, habló: se abre con dieces.

“Los tahures al revisar sus cartas y enterarse de no tener pareja con qué abrir, arrojaron sus juegos. Se volvió a barajar, colocando cada uno en el pozo, dos dólares más, repitiendo la distribución de cartas.

“Se abre con sotas —dijo al que le tocaba ser mano—. Con los ojos clavados en los naipes, vieron con sorpresa, no haberles llegado pareja por segunda vez.

“En orden taurístico se fué repitiendo la distribución por tercera y cuarta vez; hasta la quinta, cuando ya el pozo era un montón de dólares, alguien habló: se abre con ases.

“Abro —respondió Colmillo—, colocando dos dólares más para tener derecho a pedirse cartas.

“Los jugadores que tenían mal juego, comenzaron por hacer cálculos a fin de quedarse con las cartas convenientes, botando las que no les servirían.

“Solamente Merengue, *al ver que no tenía pareja*, arrojó las cinco cartas sobre la mesa a tiempo que retiraba sus últimos dos dólares, diciendo en tono de disculpa: “He perdido mucho”. Esta determinación suscitó un diálogo enojoso con mi patrón, el señor Colmillo, quien le reprochó:

—Vea, Merengue; si lo hemos invitado, es porque *le consideramos persona decente*. Su proceder no es correcto.

“Merengue, apenado, recogió nuevamente su baraja, depositando nuevamente los dólares retirados.

“Al pedirse cartas, Colmillo pidió dos; había abierto con tres ases.

“Otros jugadores pidieron las necesarias. Sólo Merengue no quiso pedir.

“Segundos después, Colmillo habló:

—Mi juego vale cinco dólares.

“Unos fueron pagando, pero cuando el turno llegó a Merengue, alzó la apuesta, diciendo: “Sus cinco y cinco más”.

“Colmillo, asombrado, se dirigió a su contrincante en tono de conmiseración:

—Vea, amigo Merengue; si está molesto por el incidente, perdóneme; pero yo no quiero que tontamente pierda su dinero.

—No se preocupe, señor Colmillo; sé lo que hago.

—Si es así, quiero hacerle una propuesta: la permite?

—Hágala.

—Le propongo salirnos del límite

—Con el mayor placer, amigo mío.

—Aquí pago sus cinco dólares y veinticinco más.

“Merengue, visiblemente emocionado, repuso:

—Al aceptar su trato, he tomado muy en cuenta estar alternando con *persona decente*.

—Y a mucha honra lo tengo, amigo mío.

—Muy bien: aquí pago sus veinticinco dólares y mil más.

“Diríase que a Colmillo le acababan de disparar un balazo a quema ropa al oír el alza de los mil dólares. Lívido, como un muerto, revisó por última vez sus cartas y al comprender que andaba de por medio su palabra de honor, hizo de tripas corazón, para decir, con voz fúnebre: “Pago por ver....”

“Merengue, rápido, mostró escalerilla en flor; el contrincante, poker de ases.

“Fué tan fuerte la emoción recibida por Colmillo, en el estómago, que inmediatamente se aflojó la faja del pantalón y saltando sobre la mesa al inodoro, gritó desde el fondo: “¡Se acabó el juego, señores!”

Perote, el indio vivaracho, al terminar la historietta, se dirigió a su público: “Con lo que acabo de referir, ¿afectan a no las emociones, ciertos órganos del cuerpo, especialmente el estómago?”

Todos callaron en señal de aprobación, circunstancia que aprovechó el jefe de familia para interrogarme:

—Y usted, amigo, qué opina del juego?

—Que es inmoral.

—No es ese mi pensamiento; quiero saber su personal opinión sobre las tretas para poder ganar en la mesa de las apuestas.

—Depende de la clase de juego. Si se trata de dados, el talento del jugador está en saber dominarse a tiempo.

—Cómo?

—Muy sencillo: llega usted al tapete de la tahurería y “para” un albur. Si su contrincante le echa cenas, márchese. Al siguiente día repite la operación, pero si el dueño del cubilete en vez de cenas le echa cuatros, entonces, tiene la oportunidad de arriesgar dos o tres sumas más en la esperanza de estar con usted el dios de la buena suerte. El jugador que pierde el primer albur e insiste tontamente en continuar perdiendo, no es tahir, es aprendiz a quien caro le costará su falta de experiencia.

Entre tanto, la madre de la numerosa familia, al vernos enfrascados en la discusión, cortó el hilo llamándonos a la cocina a tomar café, no caliente, sino hirviendo, a tono con el frío.



Satisfechos nos fuimos por el camino comentando el cuento del poker.

Merengue —según el indio— tenía fama de buen tahir. Al llegarle en mano la escalerilla en flor, por lo rarísimo, comprendió tener un filón entre los dedos, cosa que sucede una vez en la vida; entonces, deliberadamente arrojó las cartas sobre la mesa para engañar a los compañeros, resultando de su estratagema, el bluff más estupendo registrado en la costa Norte.

Una vez repuesto de la grata impresión que me causara el indio con su relato, me dí cuenta que no marchaba por camino de herradura sino por riscos. La ruta a Tutule es tirada imaginariamente por filones y faldas escabrosas. Montañas elevadísimas que ascender y descender; aunque no nos asustaban las colosales moles de granito, el frío sí, intensísimo frío, en pleno verano, entumecía nuestros cuerpos, teniendo que apelar a una botella de aguardiente como sedante al desasosiego.

Una vez en el pueblo no quise hospedarme en el centro de la población, sino en las orillas para tener más libertad de encender una fogata, como lo hicimos, de proporciones confortables.

Nuestras mulas, de tierra cálida, apenas comieron, prefiriendo arrimarse, con el patrón, a la lumbre.

Al comenzar el sueño a dominarnos, el frío, con sus crueles alfilerazos, no permitía reposo alguno, manteniéndonos despiertos.

No siendo posible hacer las paces con la "helada", a las dos de la madrugada ensillamos, a ver si las mulas con su trote y nosotros a pasos largos, conseguíamos entrar en calor, mientras salía el sol.

Todavía algo oscuro, en el camino encontramos grupos de indios que iban a la cabecera municipal a votar por la elección de un diputado, cuyo propietario había fallecido de congestión alcohólica. Se trataba de una reposición.

Con el sol radiante llegamos al caserío Santa María y al primer indio que hendía leña, le pregunté:

—Usted por qué se quedó, dejando solos a sus compañeros que fueran a votar?

—El trabajo, señor, no da lugar a perder tiempo.

—Entonces, sus vecinos son unos haraganes?

—No, señor; concurren por temor a la multa. Yo gano más pagándola.

Quedé pensativo con el razonamiento del indio. Puede que tenga razón —consideré a solas—. A fin de no cortar el hilo, nuevamente le interrogué:

—Y si le llevaran a la fuerza?

—Ni escoltado. Todo esfuerzo por mejorar las condiciones del pueblo encuentra enormes dificultades. El diputado que están reponiendo, dijo antes de fallecer en la plaza pública, que lo primero que haría al instalarse nuevamente el congreso, sería pedir el gravamen del aguardiente para con el producto dotar al pueblo de luz eléctrica. Una vieja que lo escuchaba, al día siguiente presentó un escrito al Alcalde Municipal, prohibiendo que se fuera a colocar poste alguno frente a su casa. Qué le parece?

—Sí, muy malo. Pero la tarea de civilizar no debe tomar en cuenta esas protestas, hijas, no de la maldad, sino de la ignorancia. El deber está en ir poco a poco suprimiendo resabios con hechos renovados en forma constante.

El indio guardó silencio, invitándome a descansar.

Al buscar qué comer, los víveres nos resultaron baratísimos; compramos por doce centavos una pierna de tepezcuiente; la pusimos a asar y al comerla con un plato de cebollas encurtidas, resultó deliciosa. A continuación una jícara de excelente café, servido con tortas horneadas, hechas de maíz molido en crudo, y porción de leche y miel.

Mientras las bestias terminaban de comerse dos medidas de maíz con sal, la esposa, una idiota cuadrada por los cuatro costados, nos alistó una grata sorpresa para llevar al camino, consistente en unos tamalitos de *lonilla*, de un olor y sabor especialísimo, como el de tierra seca, mojada al primer aguacero.

La planta únicamente se encuentra en abundancia, en las montañas frías de los Departamentos de Occidente.

Tanto me intrigó el tamalito, que rogué mostrarme la maravilla. Pienso que la *lonilla* es una de las siete plantas raras del mundo. Los indios la conocen con el nombre de veta o vena; crece bajo la primera capa de tierra fértil, a medio o a un pie de profundidad.

Se extiende en forma de bloque, bloque gigantesco, de doce a veinte varas de ancho a noventa y más varas de largo, y un pie y medio de espesor.

Crece en línea recta, como alfombra de grama, siempre bajo tierra; al topar con rocas, cesa el crecimiento si ya terminó el desarrollo; de lo contrario, quiebra la ruta en busca de suelos propicios.

La presencia de la *lonilla* la señalan bejucos que salen a ras de tierra, floreciendo en primavera; sus flores lilas están guarnecidas de garfios o dientes con los cuales se agarran y trepan a los arbustos que encuentran al paso.

La *lonilla*, posible pariente de la malanga y el camote, tiene la ventaja de no picar, su carne es de un color amarillo profundo.

Para cocinarla se taja el pedazo que se necesite; si la familia es numerosa —por ejemplo— basta un bloque

de vara cuadrada; después se rebana como el queso y los pedazos se echan a la olla para comerlos como verdura o se muelen si se quiere hacer tamales.

Es de superior calidad a la tortilla o pan de maíz; la lonilla cocinada es un alimento "colado" por la propia naturaleza, recomendable para enfermos de difícil digestión, tal lo sedoso del alimento.

Se calcula que una sola planta de lonilla, de veinte varas de ancho por cien de largo, rinde suficiente pan para un día de comida de un ejército de mil soldados.

Tiene la particularidad, que si se corta en diez o más pedazos, vuelve a retoñar y crecer por los extremos amputados.

La carne de la lonilla está protegida con una especie de tuna sin espinas, aceitosa, que impide la filtración de impurezas, y dentro de la misma tuna, se encuentra una pelusa finísima, todo un capullo, suave y terso como las plumas de las aves. Los indios la ocupan en la fabricación de sus colchones o almohadas; unas veces es de color crema; otras, oro encendido.



Tanto me embargó la atención la rarísima planta, que anduve millas haciendo mil conjeturas de nuestra criminal indiferencia a cosas valiosas, despertando a la realidad en momentos de vadear el Río Sasalapa, yendo a pernoctar a Santa Rosita, reducto de unas quince cabañas, perdidas en la inmensa soledad.

Aunque relativamente son pocos los moradores de Santa Rosita, sí me llamó la atención, el hecho de que

todos sabían leer y escribir, con un concepto bastante claro de las obligaciones y responsabilidad individual.

Charlando con el patriarca de los viejos, al referirme que un hijo suyo había cazado en tapegua un coyote, se hacía cruces sin salir de su asombro, por la circunstancia de considerar como un fenómeno que animal tan listo caiga en trampa.

Como el viejo diera suma importancia a la hazaña, traté de estimularlo, logrando interesarlo en la plática con detalles curiosos, al extremo, que sin sospecharlo, resultó dictándome una conferencia sobre varios aspectos de ciencias naturales.

“Vea, amigo —decía con énfasis, en uno de sus períodos—, el coyote es uno de los animales más inteligentes que conozco. Socialmente supera al hombre en los deberes del hogar. Es una fiera casta, si castidad se entiende el no andar cambiando de esposas como nosotros de mujer. Unicamente se preocupa por cazar para dar de comer a la familia pequeña, hasta que pueda valerse por sí sola. Es de ver al coyote a la hora de repartir la pitanza cobrada: antes de “sentarse” a la mesa, coloca centinelas para que den la voz de alerta al acercarse, no solamente el hombre, sino otros animales más fuertes y sanguinarios, como el tecuán.

“A los tiradores los engaña como a niños de teta. Al sentirse acosado, huye a su cueva, teniendo el cuidado de no refugiarse si alguien lo persigue. Al presentir peligro, se va de paso para que usted no sepa dónde vive, apostándose a distancia prudencial, tras un árbol o desfiladero, para observar sus vueltas. Si el cazador es tenaz, se echa con el oído atento; así permanece el tiem-

po necesario y al aventurarse a observar las tretas de su adversario, no saca un ojo, sino la punta de la nariz para ventear su presencia; una vez que el aire no le lleva ningún mensaje peligroso, saca un ojo, después los dos, y sale a rondar varias millas en circunferencia a su cueva. El coyote, amigo mío, cuando se junta con la coyota, no la abandona, muere al lado de ella. Creo que es un lobo civilizado; eso sí, haciendo uso de las prerrogativas a que tiene derecho para vivir, échase sobre cabros, chivos, gallinas, terneros tiernos, etc.”

—Yo pensaba, señor, que sólo el tacuazín perseguía las aves de corral.

El viejo aclaró mis dudas con el refrán: “Hay zorras que cortan cabezas, pero el lobo es el de la fama”.

Pocas veces había sentido tanta satisfacción como la de encontrarme frente a un hombre humilde, inteligente, acucioso. Le hice saber mi sorpresa y agradecimiento por su charla instructiva. “No tiene que agradecerme. Yo soy el que tengo que felicitarle; hoy ando de suerte”.

—Por qué, señor mío?

—Ah! Usted no sabe cuántas molestias nos causan los engréidos que vienen de la capital y van a Occidente a desempeñar alguna secretaría municipal o de juzgado, o simples comandancias locales.

—Censurable, malo.

—Malo y sin remedio. Es necesario una educación a sangre y fuego para que los tontos letrados, sepan tratar a la gente sencilla, a los únicos que trabajan por el engrandecimiento nacional.



El día anterior no había tenido tiempo de entregarme a la observación del panorama salvaje, de sus imponentes contornos. Nos encontrábamos frente a la Altura de Guise, atalaya que otea las serranías de Guatemala, El Salvador y Océano Pacífico. Es tan elevada, que durante los meses de diciembre, enero y muchas veces febrero, escarcha y azota con sus ventoleras.

En los tiempos de escarcha, pocos pasajeros se atreven; las bestias se entumescen y no pueden caminar. Únicamente los indios son los amos de estas alturas; para ellos, hombres de hierro, no existe mal tiempo.

Habíamos dormido en una casita de barro, lechada con cal, puertas de caoba y piso de talpetate, especie de cemento natural; cuando se riega y se barre, no levanta polvo; más bien el agua afirma, y la blancura de la tierra da buena impresión.

Antes de abandonar el rancho, su propietaria, mujer de modales amanerados, nos dió una lección, que ojalá sea provechosa a las personas de refinamientos artísticos.

Esa mañana, se entretenía quitando de la pared, unos cuadritos y en su lugar colocaba otros. Cuadros hechos por sus hijos que estudiaban un curso de *labores manuales* en la Escuela Normal de la cabecera departamental.

Consistían en copias de paisajes o de animales, hechos con granos de arroz, café, cacao, garbanzos, frijoles negros y rojos, maíz amarillo, blanco y del famoso *zapalote*, de color lila o gris.

Pues bien, si los hijos querían fabricar un chivo, primero lo delineaban a lápiz en una tabla acepillada,

de dos o más pies cuadrados; después sobre las líneas colocaban maíz blanco; en los cascós, semillas de ciruelas y en los ojos, dos granos de zapalote.

Un potro saltando sobre una yegua se veía plasmado, el primero, con granos de frijoles negros y la segunda, con rojos, con manchas de granos blancos.

La novedad está, en que la señora guardaba doce cuadros, distintos; pero solamente exhibía cuatro, durante cuatro meses, renovando el turno con los restantes en fechas fijadas con anticipación, hasta completar el año.

De manera prudente, traté de averiguar el por qué del extraño capricho. La señora muy complaciente me dió una larga disertación, afirmando entre otras cosas: "No es ningún capricho, señor; el hecho de turnar los cuadritos obedece a motivos artísticos.

"Las cosas más bellas aburren a los ojos más dulces, si no se saben contemplar con sentimientos humanos; un paisaje, por encantador, fatiga si diariamente lo tiene a la vista. Por ese motivo, constantemente renuevo mis inocentes paisajes; no quiero que me cansen, siempre verlos con el placer del primer día.

"Ojalá que las personas adineradas, las que bostezan de tedio en sus galerías, se idearan la manera de canjear sus pinturas con sus relaciones —por tiempo determinado—, hasta lograr formar cadena. Así la vida les traería en cada canje, un nuevo placer de emociones inagotables, por la razón de estar renovándose periódicamente." Efusivamente felicité a la india encantadora, inteligencia perdida en los arrecifes de mi tierra.

Queriendo ganar tiempo, todavía obscuro por efecto de la neblina, principiamos a ascender el picacho, que

visto de la base, parecía haber perforado el cielo al confundirse la cima con las nubes.

La marcha tenía que ser lenta; los precipicios a los lados son una pavorosa invitación a la muerte. Basta un ligero tropiezo de los cascos de la bestia para rodar por los desfiladeros. Aunque se quiera, no hay medios de acelerar las patas de las mulas por caminos intransitables, hechos a fuerza de trajinarlos, desde antes de la conquista: ¡Miles de años, ha!

En momentos de coronar jadeantes la cúspide, llegaba del lado opuesto una india de recia contextura, arreando un burro cargado de petates. Mientras nosotros nos entregábamos al descanso, ella nos echó una mirada indiferente, sin detenerse; al llamarla, invitándola al reposo, volvió la cabeza con aire altanero: “¡Macho parado no cobra flete!”

Diez minutos después, apareció rezagado el marido, cargando alforjas con duraznos maduros.

Le repetimos la invitación hecha a su mujer; no se hizo rogar.

Al observarnos pensó que éramos peregrinos por los cuidados que puso al recomendarnos, pasar lo más lejos posible de Talgua, “lugar encantado” para los fieles que van a Esquipulas, cosa que le agradecemos.

Como le infundiéramos confianza, el indio se mostró generoso regalándonos un par de duraznos, correspondiéndole con unas copas de aguardiente. A continuación se mostró locuaz, quizás más de la cuenta. Entre muchas cosas fantásticas, al vernos friolentos, refirió: “Este fresquito es nada; en diciembre escarcha y entonces el frío es insoportable. Mi abuelo que murió de no-

venta años, contaba, que siendo chico, cayó una helada tan feroz, que vistió de blanco todos los árboles. Las palabras de las gentes al hablar, les salían congeladas, hechas piedra; al caer al suelo se rompían, como cristal”.

Carpeta que le escuchaba con atención, se expresó con disimulo: “Puede que sea efecto de los tragos, patrón”.



Descendimos con el mismo cuidado hasta entrar a las calles de la ciudad de La Esperanza. Aquí no quisimos quedarnos a dormir; demoramos un poco, solamente por complacer viejas amistades, a tomar la bebida nacional de los nativos, llamada “ponche infernal”, remoquete del aguardiente, por sus consecuencias, al ser preparado en forma que hace época.

El ponche es una mezcla de piña picada, punto de azúcar, clavos de olor y aguardiente, todo hervido al mismo tiempo, sirviéndose a los tres o cuatro hervores. Con el intenso frío que en todo tiempo se siente —con mayor o menor intensidad—, la bebida sabe a gloria, bastante agradable al paladar y magnífico rescoldo a las tripas; los efectos son los que hay que temer; gusta tanto que se bebe sin medida, resultando, al embriagarse, quedar viendo micos aparejados.

Parece que los vecinos de La Esperanza se han especializado en bebidas espirituosas.

El cincuenta por ciento saben fabricarlas. Además del coctel mencionado, el higo ocupa sitio preferente en las bandejas de los brindis. Para ello, primero cristali-

zan la fruta; después la echan en una vasija grande, en grandes cantidades, agregándole aguardiente, conservándolos unos tres meses en reposo. También con los duraznos hacen la misma operación.

Con estas especialidades, aliadas con el frío, ha dado por resultado un vicio tolerado y sancionado por todos los elementos sociales. Considérese, que una borrachera de durazno o higo pasados, dura uno o dos días, —según el espíritu del individuo—.



Todavía con los vapores del ponche, seguimos por la única carretera que encontramos por primera vez, descuidada y corta, que conduce a Yamaranguila, pueblo netamente indígena.

Al atardecer desmontamos frente a la iglesia.

Los indios yamaranguilas, como todos los de su raza, son gentes buenas si se les trata como a seres humanos; serviciales sin mediar el cálculo del mestizo.

Desde un principio no quisieron que el mozo se molestara empotrando los animales; ellos se tomaron el trabajo con buena voluntad; se disputaban ofreciéndonos la mejor cama y la mejor alimentación. Yo me sentía satisfecho entre personas sencillas y generosas.

Tienen fama de ser los hombres más aguerridos del país; en casos desesperados lo han demostrado siempre, desde la conquista a nuestros días.

Si alguien busca a los indios de Yamaranguila, los encuentra en cualquier terreno. Si usted los trata bien

y cultiva relaciones con ellos, diga que ha hecho la mejor adquisición: dan la vida por usted y los suyos, tal el concepto que tienen de la amistad.

Cuando quieren sondear el afecto que usted les ofrece, como medida preliminar, le distinguen invitándole a beber chicha en el mismo huacal: trago el indio, trago el forastero, y así en este orden hasta consumir la bebida.

En Europa se asesinaron millones de hombres, mujeres y niños, por el loco afán de hacer prevalecer sobre todas las razas, al pueblo de “sangre azul”.

¡Ah, gente más tonta! ¡Aquí vive aislado el indio crudo, espeso, sin mezcla de sangre de ningún aventurero que viniera a asolar América!



Al abandonar el pueblo, como una demostración de aprecio, fueron los nuevos amigos a encaminarme a dos kilómetros de distancia.

Al despedirse, me recomendaron poner mucho cuidado al escoger el camino más sano para llegar a Esquipulas, no fuera acercarme demasiado a los dominios de Talgua; “el brujo anda desenfrenado; son muchas las desgracias que están sucediendo, cuarenta leguas a la redonda”.

Al agradecer la recomendación, con un calunoso adiós espolíé la mula para ir a alcanzar al mozo que se había adelantado. A un kilómetro encontré a Carpeta en la confluencia de dos rutas.

—Aquí, patrón —señaló con el índice— aparta el camino de la derecha, que va a la ciudad de Gracias, y el de la izquierda, al pueblo de La Virtud; en sus cercanías, como dije antes, se encuentra la Fuente de Sangre.

—Mira Carpeta —repuse— he pensado mejor dar la vuelta por Gracias; considero interesante la travesía.

—Cierto; pero vea, patrón; por esa vía queda muy lejos. Partiendo de donde estamos parados, al terminar, casi cerraríamos la circunferencia. Si no, haga la cuenta: Yamaranguila, San Juan del Caite, La Puerta, Gracias, La Campa, Colohete, San Sebastián, Tomalá, Cololaca, Tambla, Valladolid y La Virtud, sin haber mencionado una serie de caseríos y aldeas. En cambio, si nos vamos directamente, solamente pasaremos por Erandique, el país de los únicos ópalos de fuego y negros fantásticos; San Andrés, Candelaria, Mapuca y a continuación la Fuente.

—Sí, Carpeta, tienes toda la razón; pero primero deseo conocer la ciudad que hace más de cuatrocientos años fundaran los españoles.

—¡Que se haga su voluntad, patrón!

Tres kilómetros adelante, al descender por una respetable hondonada, oímos, venido del fondo, el inconfundible restallo de trallazos, muy acostumbrados por los muleros; a medida bajábamos, las voces del amo y el cohetillo de los restallos se confundían: se trataba de un anciano de aspecto venerable que armado de látigo arreaba un burro cargado de palma silvestre, de la que sirve para fabricar sombreros a mano. Nos hizo señas de alto a fin de advertirnos: “Al llegar al aparte de tres caminos, no vayan a tomar el de la izquierda ni el del

centro, sino el de la derecha, junto a una fila de almendros; los otros dos van a cruzar el caserío de Los Haraganes, país de la temible *hormiga tigre*; es muy peligroso aventurarse sin guía del mismo sitio”.

—Por qué, abuelo, los llaman haraganes?

—Pueden estar viendo que usted se ahoga y no son dignos de arrojarle un bejuco para que se salve; nunca han trabajado y el día que lo hagan será por castigo.

—Entonces, cómo hacen para vivir?

—Parece mentira, pero no atino a comprender, por qué Dios les ha reservado tierras feraces que no cultivan; cuentan con frutas silvestres en abundancia, como ser aguacates, marañones, naranjas, zapotes, plátanos, anonas, etc. En las frutas está la base de su existencia sin poner de su parte un esfuerzo de tomarse en cuenta, encargándose la misma naturaleza de llevarles todo a la boca, en relación de su vida frugal.

“Me hago cruces, señor mío, al no poder adivinar cómo hacen para que las hormigas tigre hayan socavado los puntos clave para impedir que gentes extrañas invadan sus dominios, y ahuecado los mismos insectos, los alrededores de cientos de árboles frutales sin dañar las raíces. Los venados, cabros, gamos, jagüillas y otros animales que gustan de la fruta verde o madura, al merodear, de seguro que caen en la trampa, momento que aprovechan los indios para arrebatárles la presa con hachones de ocote encendidos. Por eso nadie que los conozca extraña ver a las puertas de sus cabañas, tasajos de carne, secándose al sol.

“Es de notar que si en vez de un chanco de monte cae un león, entonces lo dejan de pasto de los insectos.

“Aunque estos rústicos conocen por instinto los lugares transitables, sin peligro, ya sea para bajar a pescar a los ríos o trasladarse de un extremo a otro, siempre tienen centinelas en la punta de los árboles más elevados para que den la voz de alarma con un pito de sonido agudísimo, en caso de extravío de niños o si se encuentra dentro de la trampa pieza apetecida.

“Estos indios primitivos, sin los dolores de cabeza del blanco, tienen resuelto el problema de la vida haciendo de la holgazanería una religión, al vivir santamente de la caza que logran las hormigas”.

El viejo guardó un momento de silencio para medir con sus ojitos picarescos, las proporciones del mozo:

—Con este gigante no llegará al fin de la jornada.

—Por qué, abuelo?

—A los hombres que les sobra grasa les falta coraje.

Carpeta le lanzó una mirada despectiva a tiempo que le daba las espaldas, gritándole a la mula de carga.

La Danza de la Serpiente

En perfecta armonía, contentos, proseguimos por las serranías vírgenes, bañadas por ríos cristalinos, pobladas de aves de vistosos colores y de animales salvajes, que al ruido de los cascos de las bestias, despertaban de sueños letargos, internándose asustados, en la maleza. Así las horas se nos tornaban fugaces con el incomparable panorama de la agreste naturaleza.

Serían las cuatro de la tarde, cuando de sopetón paramos en el centro de la plaza de San Juan del Caite, pueblo indígena, ubicado en la tierra de emociones primitivas.

La primera impresión recibida fué de desasosiego entre sus moradores al verlos en un hervidero no acostumbrado.

El indio, por naturaleza, es pachorrudo; eso sí, tenaz en sus propios afanes; por eso no dejaron de extrañarme sus febriles actividades. En su filosofía no entra el loco precipitar del blanco. Para qué? —se pregunta—.

Se movía desde el más chico al más viejo en los toques finales de una festividad que celebran cada quince lunas, tomando por base veintinueve días y medio por luna.

El indio, amigo de la vida contemplativa, siempre encuentra pretextos para entregarse a las delicias de toda disipación, inclusive los actos solemnes de los muertos, amenizados con chicha fermentada.

Carpeta supo por boca del primer mayordomo del gremio de bailes, que por la noche tendría lugar la famosa Danza de la Serpiente Emplumada, herencia que a través de la tradición, la celebran con todos los ritos de sus antepasados, los lencas, quienes la aprendieron, indudablemente, de los mayas.

Por tratarse de un suceso único, que nunca volvería a ver, ingenié la manera de ser tolerado, ya que los indios son muy celosos en sus bailes rituales, de carácter sagrado.

Por la noche, como ya había previsto, concurrí como invitado especial, a una pequeña colina, en los alrededores del pueblo.

En la parte más plana, se alzaba espacioso tinglado, sin paredes ni puertas, que llaman *enramada*, arreglado el cobertizo con palmas silvestres de pacaya; los pilares adornados con musgo, paste, ramas de pino y a manera de florones, gallinazos de color anaranjado.

Sobre los asientos improvisados se veían pieles de gamo y saleas de chivo; el piso alfombrado con cueros de pantera negra y león canelo, cortados en forma rectangular y unidos por los extremos; daba la impresión de un tablero de ajedrez de gigantescas proporciones.

A manera de faroles chinescos, colgaban millares de orquídeas de las más bellas y caprichosas formas, de colores delicados, de transparencia de cristal rosado y li-

la, unas; otras, porcelana y oro antiguo. El conjunto no era más que ligera reminiscencia de los festines de los príncipes de Corquín, rama de la nobleza maya.

La enramada era un cuadrado de cincuenta varas por lado: alrededor se había colocado infinidad de troncos rollizos de pino, con dos fines: para que sirvieran de asientos y a la vez impedir la entrada a perros y cabros que merodeaban.

A medida anochecía así iban llegando parejas y más parejas de veinte y más leguas de distancia.

Al desmontar amarraban las bestias de los troncos de la enramada, a la vista de sus dueños.

Llegué a contar más de quinientas cabalgaduras, número reducido para otros años, —según el mayordomo—.

Al considerar en sus asientos a la mayoría de los invitados, el jefe de ceremonias hizo una seña a los músicos y principiaron a tocar aires autóctonos, mientras tanto se repartía un huacal de chicha de maíz fermentado, a cada uno de los asistentes, hombres y mujeres; a los niños, ayote cocinado en miel.

En las cuatro esquinas se quemaba en cuatro grandes tazas de piedra, distintas gomas resinosas. El aire embalsamado envolvía a la concurrencia en una nube de aromas deliciosas, tal el incienso de naranjo, durazno, limonaria y mamey.

Después de servir dos huacales más, la música calló para dejar oír la voz de bajo profundo del caracol marino, señal para alzar del fondo de la enramada, un telón tejido con palmas de teocinte, dejando descubierto una columna formada por siete bailarines. Avanzó al centro;

al delantero se le había asignado el número más importante, el de la Danza de la Serpiente Emplumada. Se le veía cubierto el sexo con taparrabo de plumas entretejido de vivos colores: rojo guacamayo con amarillo de chorcha; verde quetzal con azul profundo de cerequeque.

Con la mano en alto el bailarín traía suspendida una enorme víbora; no sé si boa constrictor o de alguna especie desconocida; las mulas y caballos a la vista del ofidio, comenzaron a encabritarse, dando señales de desasosiego, de miedo. La cola de la serpiente se veía enrollada en una de las pantorillas del indio, y en la otra, lucía ajorca de madera pirograbada, con sonaja pendiente. Además llevaba en cada mano cuatro anillos de ópalos de fuego, de una sola pieza, cateados en el vecino mineral de Erandique; al agitar las manos contra la luz, no parecían ópalos sino pequeños fanales alimentados con los colores del arco iris, irradiando destellos de cada dedo, tal la belleza deslumbradora de las piedras nacionales.

El animal, posiblemente amaestrado, medía, de diámetro, tras la cabeza, como un pie, y unos dos y medio metros de largo.

No se le distinguía el vestido natural de escamas; indudablemente, algún artífice ignorado, sale en su oportunidad de las entrañas de la selva a pintar el dorso de la serpiente, imitando el plumaje de las aves en forma tan maravillosa, que las plumas artificiales es fácil de confundirlas con las naturales.

Los seis danzarines restantes rodearon al principal, secundándole en sus giros de acuerdo con el animal que

cada uno interpretaba; es decir, por el momento, eran una especie de adorno complementario a fin de hacer resaltar la figura central.

El tambor inició el baile y un sacerdote ataviado a la usanza aborígen, dirigía los compases al són de la chirimía sincronizada con la sonaja del bailarín.

Al principiar los primeros pasos de la danza, diría-se que en vez de serpiente, el indio atendía a una dama, tal la actitud y maneras delicadas de tratarla, acariciándole la cabeza y al mismo tiempo le susurraba palabras misteriosas en su extraño dialecto, sin dar reposo a la imitación con su cuerpo a las ondulaciones de la víbora.

El conjunto y el ambiente transportaban a una sugestiva belleza de carácter primitivo. Nada estilizado, todo captado en la propia naturaleza.

La concurrencia como hipnotizada, tenía clavados los ojos en el indio, viéndolo llevar suspendida la cabeza del enorme ofidio sobre sus hombros, mostrando a los presentes la lengüeta bífida, enrojecida como el fuego.

Posiblemente el peso de la boa no permitía al danzarín moverse con soltura; los pasos y las notas musicales eran lentos, de quiebros suaves, impresionantes, e intercalando de cuando en cuando, cortos y graciosos brinco.

Aunque el indio mostraba desnudo su vigorosa musculatura, se advertía el esfuerzo que hacía al levantar la pierna donde la serpiente se apoyaba con la cola enroscada; aún así, bailaba sin demostrar fatiga, siempre acariciando con una mano la cabeza y con la otra, asida al dorso, tal si llevara a una mujer encantadora de la

cintura, aprisionada con el haz de luces de mil colores que reflejaban los anillos de ópalo de fuego y negros fantásticos de sus dedos:

En la cadencia, ritmos y movimientos de compases dormidos, se advertía que era con el propósito de apreciar en sus detalles el trasunto plástico del embrujo impresionante arrancado de las páginas del Popol Vuh, libro sagrado de la raza autóctona! No puedo precisar las dimensiones exactas, pero por su tamaño parecía de la especie *anaconda*, muy común en los ríos de América.

Para dar una idea de sus proporciones, basta decir, que el indio —como parte integrante del baile—, “paraba” verticalmente a la serpiente, dejando únicamente que apoyara la cola enrollada en el piso, como los ropos de los muelles; este momento aprovechaba el danzarín para respirar a todo pulmón haciéndole gracejadas con las manos libres y bailando contados compases alrededor, que en actitud erguida parecía cobra escuchando el pito modulado del encantador. Rápido volvía a tomar la boa entre sus manos y continuaba la danza.

Por vía de exploración manifesté al mayordomo de ceremonias, que yo pensaba al ver la docilidad de la víbora, en su previa hipnotización.

—¡Qué va! —exclamó—.

—Es posible, amigo mío. Y por qué no?

—La fuerza hipnótica de las serpientes es más poderosa que la humana. Fíjese usted cuando una culebra clava los ojos a un pájaro que canta en la punta de los árboles. Si el pajarillo tiene la curiosidad de mirar hacia abajo, es matemático que se viene al suelo, desvanecido, derecho a las fauces de su enemigo, cosa que no

hace la generalidad de los hombres como la generalidad de las víboras, de demostrar su potencialidad hipnótica a esas alturas. Nunca podría revelarle el secreto de las danzas: es un legado de nuestros antepasados”.

No sé hasta dónde dijo verdad el mayordomo. De todas maneras, yo tenía que respetar su modo de razonar. Aunque claramente hubiera notado sus errores, no era ni es aconsejable destruir un mito que encarna el encanto de la raza, con derecho a una felicidad para nosotros incomprensible.

A los cuarenta largos minutos, la serpiente dió un suave silbido indicando con ello, que la danza estaba por terminar; mientras tanto, las bestias que en medio del bullicio algo oyeron, se pusieron en guardia, como si una voz militar las requiriera a filas, a recibir órdenes; dos o tres minutos después, se oyó el segundo silbido, claro y estridente, que fué a herir el oído de tal modo de los semovientes, que presas de pavor las mulas y caballos, reventaron los lazos saliendo en fuga por el bosque, haciendo un ruido infernal.

Nadie se movió ni prestó atención. El enloquecimiento de la impedimenta formaba parte del ceremonial.

Unicamente el danzarín, comprendiendo el significado de los silbidos, colocó la boa dentro de enorme taza de madera, de un metro de profundidad por unos dos de circunferencia, donde flotaban sobre un lago de chilate de maíz crudo y miel de talnete, centenares de pájaros desplumados, su alimento; en esos momentos cuatro mujeres tomaron al indio de los brazos y lo acostaron en un tapexco con colchón de hojas aromáticas. A con-

tinuación, a un mismo tiempo, le untaron mantequilla en todo el cuerpo y lo arrojaron con sábanas blancas.

Según los ritos indígenas, el danzarín no come después del baile. Como se encuentra cansado y debilitado, se le hace dormir por medio de las hojas narcóticas; mientras reposa se le alimenta frotándole mantequilla vegetal.

A continuación principió lo que llamaremos sainete bufo, interpretado por los seis bailarines que sirvieran de comparsas.

El baile estaba dedicado únicamente a los viejos y a los niños.

Los bailarines disfrazados de diferentes animales, desfilaron en parejas: el tigre, con la potranca; el coyote, con la chiva; el león, con la venada, imitando los retozos de las bestias que interpretaban, al són de ocarina de barro.

A un salto del tigre con los colmillos pelados, —señal de regocijo—, correspondía con un relincho coquetón la potranca; mientras la chiva se metía bajo la panza del coyote, la venada saltaba sobre el lomo del león. Y así, con sus juegos provocaban la hilaridad del público infantil con sincera alegría, exenta de complacencias sociales. Este baile cómico tarda —según el maestro de ceremonias—, tiempo ilimitado, hasta llegar al vórtice del agotamiento.



A la tercera y última voz del caracol marino, se levantaron de los troncos que servían de asientos, no me-

nos de cuatrocientas parejas, dando principio, no a un baile, sino a torbellino desenfrenado, tal la pasión indígena por la danza.

Desde mi sitio no veía más, que el señor huracán batiendo un bosque de piernas.

¡A quién más requiebros manifestaba y ceñía contra su pecho a la bailadora!

Un muchacho garrudo, con ese frenesí sin reparos de la juventud para dar rienda suelta a sus pasiones, mimaba, apretaba y besaba a la compañera, alta y trenzona, que al fin cansada de su cariño, se paró en seco para llamarle la atención: “¡Mira, hijo; parece que no soy tu tía!” Hasta entonces el joven indio recordó el parentesco, permutando a la bailadora por otra compañera.

Una india bronceína, imponente, con sus gruesas trenzas atadas sobre la cabeza, se acercó a preguntarme:

—Usted, “doctor”, por qué no baila?

—Ya danzaremos, un momento, por favor.

Aquello de doctor lo recibí como ducha de agua fría, me desconcertó, fué el principio de algo así como ¡sálvese quien pueda!

A otros invitados que habían oído el tratamiento generoso que me dieran, intenté sacarlos del error cometido, pero el mozo, conocedor de las peculiaridades de las gentes de su raza, me aconsejó no ser oportuno el momento, máxime el estado de borrachera y desequilibrio mental de la concurrencia; mi sinceridad podían tomarlo por un desaire.

Cinco minutos después, un indio tuerto, del brazo de rolliza mujer, me felicitó por haber sabido de boca de su comadre (la trenzona), de “contar con un doctor

en la fiesta; mucho honor para nosotros, señor”. De paso me rogó ver a su esposa que padecía de dolor de costado. “Aunque muchos dicen que le han hecho maleficio, yo no creo, doctor; quiero que me la asista”. Otra mujer en estado de embarazo manifestó sus temores de ir a criar gemelos y a fin de prever dificultades, pidió receta para hacerle frente a los trastornos el día de los apuros. Un tercer paciente suplicó, valiera lo que valiera, extraerle una muela a su hija que rabiaba del dolor.

En este orden se acercaron cinco presuntos enfermos más, solicitando mis servicios profesionales. Entre los más urgidos se contaba un indio, en estado de verdadera desesperación, implorando sacarle con la punta de la navaja, un plomo que tenía alojado en la nalga, entre cuero y carne, no permitiéndole el pedrusco, sentarse de plano.

Al fin, el mozo que desde un principio atisbaba la tragedia que se cernía sobre nosotros si amanecíamos en la fiesta, sin demostrar suficiencia profesional, me habló en voz alta, para que le oyeran: ¡“Doctor, el mayordomo quiere hablar con usted!”

Aproveché la estratagema para salir a la parte obscura. Inmediatamente corrimos a ensillar sin ser vistos. ¡Todo mundo participaba del baile!



Al amanecer, entre claro y obscuro, divisamos una luminaria de grandes proporciones, de las acostumbradas en los velorios de muertos.

Hicimos alto en el pequeño reducto de ranchos destartalados, llamado La Puerta.

Al observar a un grupo de hombres y mujeres trasnochados, nos convencimos de no tratarse de velorio de difunto, sino de un individuo más joven que viejo, en estado agónico.

Es costumbre en las aldeas o caseríos, en estos casos, ver a los vecinos reunidos en familia, en casa de los dolientes, acompañándoles, no en la distribución de pesares, sino en la repartición del aguardiente clandestino, carne de vaca o cerdo que se destaza mientras hay aflicción.

Los conocidos del enfermo tenían seis días con sus noches de velar. Materialmente se les notaba el cansancio en las ojeras violáceas y tranqueo de piernas al caminar, por efecto de las noches pasadas en claro y tragos a todo vapor.

Los vecinos no salían de su asombro, no se explicaban, por qué el paciente no se moría, estando lista la caja y hecha la sepultura; además, mediaba la buena voluntad de los amigos para cargarlo en hombros al cementerio, a una legua de distancia.

En gesto resuelto, sin asomo de maldad, se sentó en el canto del catre del moribundo, una vieja con rosario en mano, exhortándole con palabras llenas de esperanza, dándole valor, infundiéndole confianza frente a su destino:

—Bueno, Caliche, qué esperas? Si es por tus hijos, aquí está tu familia que los cuidará como si vos estuvie-

ras vivo; aquí estamos tus vecinos, el pueblo entero aguardando tu última voluntad para acompañarte al camposanto y rezarte el novenario. Qué esperas?

El enfermo que ya había perdido la voz, abrió desmesuradamente sus tristes ojos de chivo, se dió vuelta al rincón, y expiró....

Carpeta, conocedor de las costumbres de sus paisanos, “¡Ni por un momento permanezcamos aquí!” —gritó—.

Era preciso llevar anclas. Soñolientos, rendidos de fatiga, marchamos bajo la frescura de extensos robledales y canto de pájaros.

Mientras la mula trotaba, el mozo me refería el gozo que experimenta la juventud indígena al enterarse de cualquier defunción, aunque el suceso ocurra diez o veinte leguas de distancia: “Es el pretexto que no admite excusas para entregarse a la holgazanería”.

En el cincuenta por ciento de los velorios, los deudos y amigos ya borrachos suscitan viejas rencillas, concluyendo apaleándose en presencia del cadáver al que le hacen los honores.

En otras ocasiones se da el caso de insólito, en el preciso momento de bajar a la tumba el fallecido, de provocar reyertas por cualquier futilidad, desenvainando a continuación las hojas de acero, acometiéndose a machete limpio. Si de la gresca resulta uno o dos muertos, los echan en la misma fosa.

Atento a la charla de Carpeta, no había reparado en el paraje delicioso, invitando a disfrutar del aire de sus cedros y olor a hierbabuena.

Al oír la orquestación de los pájaros acompañada del susurro de los pinares, nos hospedamos bajo corpulento carao.

En esos momentos unos peregrinos que regresaban del Santuario, nos aconsejaron —en la creencia de ir nosotros a Esquipulas—, despojarnos de todo temor: “Los bandidos que por tanto tiempo asesinaron fieles, acabaron con ellos; únicamente al llegar a la ciudad de Gracias, pasen lejos de Talgua; un brujo está haciendo pillerías”.

Carpeta, instintivamente, al oír hablar de hechiceros, se colocaba a mis espaldas, buscando defensa.

Sin hacer comentarios tendí la mano a los viajeros, y sintiendo más sueño que hambre, me eché a dormir sobre el césped.

Carpeta, siempre diligente, con tres piedras improvisó un fogón, entregándose a la tarea de hacer café en la caldereta de hojalata que pendí de su cincho.

A la una de la tarde que desperté, ya el mozo tenía preparado el almuerzo.

A fin de no ir a pasar la noche en campo raso, apresuramos la salida y a pocas horas vadeábamos el río Mejocote. Aquí, en la aldea del mismo nombre nos quedamos a dormir.

Sería gracioso —dije a Carpeta—, que estas gentes me tomaran por otro “doctor” y me hagan salir corriendo.

—Pero usted comprenderá —argumentó el mozo— que los aldeanos son muy curiosos y preguntones; qué les digo?

—Diles que soy Psiquiatra y Dermatólogo; no entenderán, evitándome así de molestias.

Carpeta, entre apenado y burlón, recomendó:

—Creo que la mentira, patrón, resulta mal negocio entre indios; usted no los conoce para darse cuenta si llegan a descubrir la falsedad.

—En determinados casos, Carpeta, la mentira es útil, necesaria; da valor y esperanza a la misma vida prendida de las garras de la muerte, de la desesperación. No te preocupes.

—Veremos.

Los minutos que tardó Carpeta en el empotreraje de las mulas, bastaron para que toda la aldea supiera de mi nueva profesión.

Comenzaron a fluir vecinos; venían a solicitar informes sobre la “sequía”, según al principio se rumoró; o si servía para alguna cosa práctica, como destronconar campos, asegurar buenas cosechas, o para qué diablos?

Una vieja pescadora, de talante altanero, preguntó confusa:

—Qué hay de eso que anda diciendo su criado?

—Qué dice?

—Me parece haber oído: “si hay gato”; soy sorda, explíqueme.

—No se trata de ningún come ratones, señora, sino de un Psiquiatra, para servir a usted.

—¡Váyase a la porra con su jerigonza! —y volvió las espaldas—.

Otra vieja que la acompañaba, le llamó la atención por la rabiada, y al mismo tiempo, inquiría:

—Y eso de “mató”, de que habla el mozo, qué clase de comida es?

—Oyó mal, señora; también soy Dermatólogo.

—Qué significa?

—Que curo las enfermedades de la piel.

—Entonces me va a recetar para curar unas pieles de venado de mi marido.

—Piel de gente es la que curo, no de animal.

—¡Váyase a los quintos apretados! —y como la anterior, volvió las espaldas—.

A todo esto, Carpeta sonreía al ver los resultados de la mentira.

Yo, ante la incesante exigencia de dar explicaciones, estaba arrepentidísimo de la ligereza; la broma la sentía pesada por mi propia culpa; sí, me serviría de experiencia en lo sucesivo al acomodar el lenguaje con el trato de la gente, siempre de acuerdo con su mentalidad sin faltar a la estimación, sea quienes fueren.

Para salir de apuros y dejar más o menos satisfechos a los indios, los reuní en el centro de un remedo de ágora de la aldea, explicándoles con frases a su alcance, el tratamiento por medio de la Psiquiatría.

Cuando afirmé que no se necesitan medicinas para curar, me motejaron de brujo, gritando, “¡Váyase a Talgua! ¡Allí vive su compinche!”

Me hice el sordo, procurando desvanecer sus prejuicios, diciéndoles que la mayor parte de las enfermedades son imaginarias. Si usted —señalé a un oyente— piensa con insistencia que el zapote al sólo comerlo le produce dolor de estómago, el dolor no se hará esperar en cuanto lo ingiera. Y así otras enfermedades, que en

resumidas cuentas son nerviosas. Una intensa preocupación mental, produce en el organismo trastornos imaginarios.

Noté, a medida explicaba, que el reducido público se retiraba, dirigiéndose indiferente a sus casas; no les interesaba la nueva ciencia, para ellos solemne tontería.

Terminé con el mozo de oyente.

Sin perder más tiempo abandoné la aldea con la cola entre las piernas, por no haber tenido el tino necesario para tratarlos. Sólo la experiencia recogida me compensaba del vacío que los indios me hicieran con su frialdad, muy significativa.



Como cinco kilómetros antes de arribar a Gracias, Carpeta me habló de la conveniencia de dejar el camino de herradura y tomar un atajo a fin de mostrarme una curiosidad histórica, que desde niño le traía confuso.

Refirió, que cazando tepeizcuientes, dió con una cueva espaciosa, en la cual se veían dos figuras humanas, no pintadas, sino dibujadas con rayas, más o menos profundas.

Al contemplar de cerca los grabados, pensé que los dibujos, posiblemente son de origen lenca, con influencia maya, ya que sus poderosos vecinos vivieron más al Norte.

Aparecen dos personajes, ataviados con la indumentaria que gustaba la nobleza aborígen.

Uno de ellos se ve en actitud de entregar al otro, una vara engalanada, símbolo de autoridad. Posiblemen-

te el acto se refiere al depósito del mando por un período de acuerdo con sus leyes.

A esta clase de dibujos los arqueólogos llaman *escritura pictagórica*.

En el sitio que exploramos se encuentran tantos objetos lencas y mayas, que los hombres entendidos tendrán trabajo por toda una eternidad a fin de diferenciar ambas civilizaciones en su verdadero contenido.

En una cocina de La Puerta, vimos a una india moler maíz sobre una piedra ancha, bastante combada y alisada por el uso; en la parte delantera se distinguía esculpido algo borroso, la trompa de un elefante. Debo advertir, que puede confundirse con la *cuchara*, nombre que dan los nativos al pico córneo, superior, del guacamayo. Sí, no hay que extrañar que se trate del corpulento paquidermo —aunque no estoy seguro— de la realidad por lo gastado de la piedra; pero suponiendo que fuere trompa de elefante, de dónde tomaron los indios el modelo? Posiblemente Alaska no es más que el extremo de Asia.

Recuérdese que el Estrecho de Behring, que separa el continente misterioso de Oriente con la América Septentrional, hasta hace poco —relativamente—, o sea en 1728, fué descubierto por el navegante dánés, Vitus Behring.

Antes del descubrimiento se cavilaba, nada concreto se sabía del paso de Asia a nuestro hemisferio.

Unicamente como testigos elocuentes de la unión del antiquísimo mundo con el nuevo, está la etnología indígena, con muchos puntos de contacto con los vecinos; ojos horizontales, estatura, cabello, bigote de gato,

pómulos salientes, modo de conversar en cuclillas, etc. Si estos detalles no son suficientes como base para un estudio, tenemos sus piedras esculpidas con motivos inconfundibles de ambas civilizaciones, que hablan elocuentemente de su primitivo origen, como ser las cabezas humanas de las Estelas de las Ruinas de Copán, de ojos y pómulos mongólicos; aún el joven Dios del Maíz, de facciones delicadas, recuerda el lejano trasunto chino.

Si se diera el caso de una declaratoria de guerra entre el indio puro de América y pueblo japonés, no se llegaría a las manos porque ambos contendientes se iban a tomar como miembros de la misma familia, salvo el idioma.



Volviendo a la piedra de moler maíz, la MANO, o sea una especie de rodillo que complementa la primera máquina inventada por el hombre de América, miles de años antes de Cristo, todavía lucía en partes, dibujos inspirados en la mitología aborígen, lenca o maya.

Lástima que el centro se encontraba borroso con el raspa que raspa de la piedra contra la piedra en el arte de ir y venir de la *echada* de tortillas.

Pues todas estas cosas son herencia de los primeros pobladores que alcanzaron un estado de cultura comparable a Tebas, de las cien puertas.

A las personas que no conocen nuestra historia ni han oído nombrar el país, les sorprenderá saber que los antepasados vivían en comunidades sociales cuando Europa era un erial.



El maíz es nativo de América, base de la alimentación indígena.

El indio, antes de principiar a andar, traga maíz en forma de atol; después en tortilla, y para ello es necesario quebrantar los granos, huestear y tornar sedosa la masa. Por consiguiente, nuestros abuelos se vieron frente al siguiente dilema: inventar una máquina o quebrantar maíz con los dientes, y esa máquina se llama *piedra de moler*, quizás, el primer invento de la época neolítica americana.

Pueblo de Emociones Primitivas

Temprano de la mañana arribamos a la ciudad de Gracias, solar nativo del cacique Lempira, cuyas calles aún conservan la solemnidad que imprimiera el paso de su marcial arrogancia.

En los tiempos antiguos, por la valía de sus hijos, Gracias supo sobresalir del nivel atrasado de los pueblos de América.

En los tiempos modernos ha sido y continúa siendo, cuna de hombres representativos en las letras, las artes y profesiones liberales. Gracias es un baluarte de epopeyas heroicas.

Carpeta, impaciente por abrazar a los suyos, se marchó recto a su casa, regresando por la tarde con su esposa a rendirme las gracias por el regalo que le mandara con su marido. La india aunque hermosa, tendría el doble de la edad de Carpeta.

Como no tenían hijos, aparentaba frescura. Me hizo reír la respuesta a una insinuación mía, de futura familia, quejándose con desconsuelo: “¡Ya alcé los trastos, señor!”

Recomendé al mozo gozar con su mujer y volviera seis días después. En el intervalo yo conocería los deta-

lles de lo que fué, uno de los emporios más antiguos de la civilización americana.

Salí a recorrer plazas y calles con el ansia de contemplar de cerca, sus monumentos que hablan de un pasado glorioso.

La primera impresión recibida fué de tranquilidad, de bienestar espiritual. Aquí todavía se vive al calor del recogimiento colonial. Nada de escándalos de voceadores, de pitos, ni de vehículos que mantengan de punta los nervios del vecindario. La paz que se respira, el panorama del ambiente, su tesoro de leyendas, todo se presta a escribir el poema de los mil colores de la vida.

Gracias es algo así como una dama recatada que vive al ritmo de la tradición, pero con la mirada puesta en los claros del horizonte, atenta al puesto que le corresponde en el siglo de la máquina voladora.

Siendo una ciudad de paz bucólica, extraña su febril actividad; no da reposo al músculo que le proporciona la existencia, y sobre todas las responsabilidades tiene una conciencia clara de su porvenir.

Pienso que es una de las contadas poblaciones del Hemisferio Occidental, que transpira el más solemne de los recogimientos, herencia de la disciplina religiosa de los conquistadores.

Sus templos pregonan el estado de cultura, más de cuatrocientos años, ha!

Ahí, San Marcos, su catedral que vió desfilar bajo su naves, a la grandeza colonial de las Provincias de Centro América; ahí, la Merced, que no fatiga de contemplarla, por haber tenido el privilegio de ser el templo donde diariamente oficiara Fray Bartolomé de las Ca-

sas. En esta iglesia se guarda el cáliz de oro del uso personal del ilustre prelado, que legara a dicha casa de Dios, como un recuerdo inolvidable a su gesta bravía en pro de los esclavos. También deslumbra por la grandeza que encierra, San Sebastián, otra de tantas reliquias históricas levantada en la época de Gobernadores, Adelantados, Capitanes Generales y Virreyes.



Como costumbre tradicional, en Gracias se celebra lo que llaman *guancaste*.

Consiste en una festividad anual, de carácter religioso.

Los vecinos del barrio de Mejicapa, a un kilómetro de distancia, celebran la antiquísima función de Santa Lucía.

Sacan del templo en hombros a la imagen y la llevan a visitar a San Sebastián. Días después San Sebastián corresponde la visita al frente de vieja cofradía.

Como es de suponer, estas costumbres dan lugar a festejos que se prolongan por varios días, gastando pólvora, música, aguardiente y buen humor.

Primeramente los señores de Mejicapa, organizan el “baile de los negros”, integrado por trece bailarines, cuatro negros enmascarados que hacen de guía, y el resto vestidos a la usanza antigua.

Danzan hasta el cansancio, azuzándose con chistes picantes que llaman “relación” o “bombas”.

Estas danzas que son complicadísimas, en su época primitiva constituían el periódico de los indios; con la re-

lación o las bombas, satirizaban los hechos bochornosos o arbitrarios de los altos empleados de la conquista: era la forma de protestar, y con la protesta venía la satisfacción del desahogo en los espíritus oprimidos de los parias.



Gracias no fué fundada, fué repoblada y ensanchada con estructuras estilo europeo, por el bravo capitán español, Juan de Chávez, en 1536.

Aquí todavía existe el edificio levantado por los funcionarios coloniales, donde se estableció por primera vez la Audiencia de los Confines, el más alto tribunal jurídico, con facultades tan amplias como la distitución de elevadas autoridades, tal como sucedió a Montejo, Gobernador de Honduras.

La Audiencia estaba integrada por tres Oidores, sirviendo uno la Presidencia y otro la Fiscalía.

Se escogió Gracias para su asiento por ser lugar fronterizo de Guatemala, Honduras y Nicaragua, comprendiendo las Provincias de Yucatán, Tabasco, Cozumel, Chiapas y Soconusco que limitaban con el primitivo México; Guatemala, (incluyendo a El Salvador), Honduras, Nicaragua, (comprendiendo Costa Rica), Veragua y Darién, colindantes con Sur América.

La Audiencia contaba con un poder tan ilimitado, que el Presidente de la Audiencia del Perú, don Pedro de la Gasca, mostrándose impotente para restablecer el orden en su anarquizado país, pidió apoyo a Gracias.

De aquí se comisionó al Oidor Ramírez Quiñónez quien perfectamente pertrechado marchó al Perú, batiéndose en Xaquixaguana, restableciéndose la tranquilidad con el triunfo alcanzado.

Sus recintos aún ruinosos, retienen el eco de los improperios que el Presidente de la Audiencia, Licenciado Alonzo Maldonado, lanzara en su propia cara al padre de las Casas, por el hecho de abogar por la causa de los nativos conforme a las leyes promulgadas por el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, leyes que no querían ponerse en práctica por los detentadores de la justicia.

También los mismos recintos y los mismos Oidores, fueron testigos de la humillación de Maldonado, al arrastrarse de rodillas pidiendo misericordia, al ser excomulgado por las ofensas inferidas al Señor en la persona de su representante, el Obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas.

Aquí funcionó el Tribunal del Santo Oficio, arma tenebrosa en manos del fanatismo clerical.

Sus incongruencias llevaron la desgracia e intranquilidad, por años, a los hogares de las Provincias.

Eran tan peregrinos los motivos de condena, que como curiosidad histórica vamos a reproducir una sentencia contra un indio, por ser escéptico, el año de 1657, cuya resolución fué encontrada en el archivo de los hermanos Pérez Estrada, oriundos de Gracias: "El reo fué condenado a asistir diariamente, por espacio de treinta días, a la segunda misa de la Iglesia de San Marcos, debiendo tener en la cabeza un gorro de color rojo y portar,

durante toda la misa, una vela encendida." Esta clase de condena se tenía por benigna, pocos escapaban al tormento o a la hoguera.

La Factoría es otro de los grandes monumentos levantados por los conquistadores. Desafiando la inclemencia de los siglos, todavía en pie, habla de sus constructores.

Este edificio tenía el carácter de Casa de Corrección de Mujeres; se les enseñaba varios oficios, siendo los principales, lavar y planchar ropa, según se estilaba en la madre patria; fabricación de sombreros de junco y de varias otras clases de palma silvestre; también la elaboración del tabaco, poniendo esmerado cuidado en la hechura de puros, destinados al consumo europeo.

A tres o cuatro kilómetros se encuentran los restos del monumental acueducto; por medio de tubería de barro surtía agua potable a la población.

Gracias fué escenario de grandes gestas nacionales, de bellas tradiciones que viven frescas en la mente de sus vecinos, como la del Bulero, influyente personaje que se encargaba de vender bulas para comer carne los días prohibidos por la Iglesia.

Sucedió que el Bulero, en un arranque de soberbia, suscitado por el juego de cartas, dió una bofetada a la señora Alcaldesa, saliendo a todo correr a refugiarse al templo de la Merced.

No le valió esconderse tras de María Santísima; de ahí fué sacado a empellones y sin escuchar las súplicas de la Congregación Mercedaria, el populacho le dió muerte en plena plaza, muerte angustiosa, a tortol.

Gracias, después de Copán, metrópoli maya, fué la ciudad lenca de mayor esplendor antes de la venida de los españoles.

El calvario de Gracias, desde la conquista a nuestros días, ha sido largo y doloroso.

En los tiempos del coloniaje fué repartida su riqueza en ciento un legados, entendiéndose por legado el ejemplo siguiente: "A Diego García de Celis, Tesorero de Su Majestad, señaló y dió repartición, su señoría, el pueblo de Macoloa y el pueblo de Bylutaga, que por otro nombre se llama Choloy, con todos los señores, indios, barrios y estancias de los dichos pueblos, que llevó cédula de repartición. Adelantado Pedro de Alvarado; Gerónimo de San Martín, Escribano de Su Majestad. Año de 1536".

En los tiempos modernos el territorio ha sido cercenado tres veces. El Departamento fué creado en 1825; en 1869 fué reducido con la fundación de Copán; en 1883, con Intibucá y en 1906 con la creación de Ocotepeque. Este detalle da una idea de la importancia primitiva de la tierra de Lempira.

Un siglo después de la venida de los españoles, la ciudad prosperó en su estado económico, ganó en la parte social y se hizo oír en lo político.

El nombre de Gracias era escuchado con interés, tanto en la madre patria como en los Virreynatos del Nuevo Mundo.

Además de ser el asiento de la Audiencia de los Confines y del Tribunal del Santo Oficio, su posición política fué robustecida por el auge de sus minas de oro y plata.

Cuenta el historiador Juarros, que la riqueza de Monte de Oro, se tenía por fantástica; solamente viéndola, se podía dar crédito. Y el mismo historiador termina: “La riqueza de aquel cerro era tal que, para promover las labores en sus minas y cobrar los Reales Quintos, se creó un Alcalde Mayor que se titulaba del Real de Minas de San Andrés de Nueva Zaragoza, que proveían los Presidentes de Audiencia.”

Era obligatorio trabajar en el mineral la cuarta parte de los indios que habitasen doce leguas en contorno.



La ciudad vió desfilar por sus calles en los días del cumpleaños de Su Majestad católica, los Viernes Santos y los Jueves de Corpus, al Adelantado y Gobernador en funciones, a los dignatarios eclesiásticos que integraban el Tribunal del Santo Oficio; a los letrados de la Audiencia de los Confines, de llamativos gregüescos; a los Obispos de las distintas Provincias que venían en demanda de justicia; al clero que formaba la Hermandad de los Mercedarios, constructores del famoso convento de monjas, donde se educaba la nobleza criolla; a sus bravos capitanes, vistiendo sus paños entorchados con arabescos y botones de oro; a sus Oidores, tiesos y herméticos, luciendo espadín y gorguera de encajes; en fin, a toda dignidad importante del coloniaje; pero sobre tanta hidalguía ibérica, la única figura sobresaliente para los aborígenes, que perdura y vive latente, no sólo en el corazón de los gracianos, sino de la República, es la del cacique Lem-

pira, ejemplo de abnegación y sacrificio, prefiriendo la muerte a pactar con los sojuzgadores de su raza.

Lempira no sólo representa el símbolo del patriotismo nacional, sino el de los pueblos que luchan por su libertad.



El Licenciado José Santiago Milla es otro de los notables gracianos que no se le ha hecho justicia a su memoria.

En tiempos del coloniaje prestó señalados servicios en favor de los compatriotas. Como diputado por Comayagua a las Cortes de España en 1814, dejó sentado su nombre en los estrados de la tribuna, de hombre de valía al conseguir mejor trato a los indios y la devolución de Trujillo y Omoa, “que Matías de Gálvez puso en 1872 bajo la dependencia del Reino de Guatemala”.

Pero la gesta más enaltecedora en la vida pública del Lic. Milla, está en la vibrante y patriótica actitud que asumiera en el Congreso de México, al concurrir como Diputado por Guatemala en 1822.

Allí le tocó dejar oír su elocuencia al lado del sabio José Cecilio del Valle, quien representaba a Tegucigalpa, oponiéndose a la anexión de Centro América al Imperio de Iturbide.

Valle, Milla y otros ilustres congresales, fueron a la cárcel por sus gestiones cívicas en favor de los pueblos que representaban.

Después vino, como consecuencia de la argumentación de los destacados hondureños, la separación del tutelaje del Imperio de Iturbide.

Algunos escritores se pronuncian contestes, acerca de la verdadera independencia de Centro América; no fué el 15 de septiembre de 1821, sino el 1º de julio de 1823.



Dos días después, de haber husmeado lo más visible en los monumentos seculares de Gracias, llegué bastante contento a la casa donde me hospedaba a referirle a la patrona mis gratas impresiones, siempre en aumento.

Además, no salía de mi asombro por el estado general de salud de sus habitantes; en su mayoría, de cutis sonrosado, complexión fuerte, rebosando optimismo en medio de un ambiente patriarcal.

Pregunté a la patrona, con qué se alimentaban los compatriotas para mantener salud bien equilibrada; si seguían alguna prescripción de proteínas y grasas, sin olvidar la ración de carbohidratos.

La señora, antes de responder, sonrió disimuladamente en forma irónica, expresándose: “El pueblo nada sabe de esos emplastos; sólo entendemos de la combustión de calorías comiendo lo que nos pide el cuerpo”. A continuación extendió el mantel sobre la mesa del comedor y al disponerse a servir la cena, agregó:

“Ya sabrá el secreto de nuestra envidiable salud”.

Sentado, como días anteriores, frente a su marido, hombre con un no sé qué de extraño en su persona, que infundía respeto, me puse en guardia al anunciar su esposa la sorpresa que me daría.

La señora sirvió plato tras plato a cuál más apetitosos. Al terminar, en la seguridad de haber dado efecto maestro con su arte culinario, se acercó:

—Qué tal le pareció la cena?

—Fuera del café y el pescado, nada sé del resto, variado y gustoso.

Sonrió para reforzar lo que traía in mente:

—A estas comidas se debe la lozanía de las gentes que usted encuentra en las calles, no sólo de Gracias, sino de todo el occidente del país.

—Usted al hablar por boca de la experiencia, es porque tiene sus razones. Sí, le confieso, que nunca había probado manjares tan deliciosos, que invitan al colmillo a no dar reposo.

—Ustedes, del interior, dan preferencia a la carne de res; nosotros al pescado de río, tal vez costumbre nacida de la abundancia y baratura, entendiendo por baratura meter la mano al agua y escoger el pez.

—Cierto, pero lo que me ha dejado perplejo, ha sido la cena, una verdadera revelación para quien ha frecuentado cienes de hoteles en los extremos del mundo. No tendría inconveniente de darme a grandes rasgos, pequeños detalles? ¡Por favor! ¡Sus platos son deliciosos!

—Con el mayor placer. Adivinó mi pensamiento, de llevarse un recuerdo de esta antiquísima ciudad, apartada del mundo de los embaucadores, envuelta con la manta inconsútil de la tela del olvido; pero bien, el pri-

mer plato se llama *chichicuilote*, ligeramente amargo, hace las veces de cebolla encurtida; el cogollo se come crudo o dorado al fuego. Se saca de una palma silvestre, de tres y más metros de alto; sirve para hacer hambre.

“El segundo, *capuca*, es de otra palma del bosque. Usted comió el cogollo enhuevado. Se condimenta de muchas maneras, al gusto.

“El tercero, *palmito asado*, carnoso y suave, con amargor agradable. Pero dígame, cuál de los platos gustó más?

—En París, señora; preguntaron a un astrónomo: cuál es la estrella más hermosa? En una noche de diciembre —contestó el sabio— no podría decirlo. Parafraseando la respuesta, lo mismo digo de sus potajes: todos rivalizan con el grato aroma de la selva y sabor delicioso de las cosas puras y sustanciosas; en suma, riquísimos. En el extranjero un plato suyo sería tema obligado en los menús de los lujosos hoteles. Le ruego la biografía de los restantes.

—Ya veo que usted sabe diferenciar la buena de la mala alimentación. Se lo digo en vista de “altos personajes” venidos de Tegucigalpa; por conocerlos y juzgarlos, hemos servido la misma comida y al terminar no han dado la menor muestra de agradecimiento por la atención de que fueron objeto, atendiéndoles como a personas dignas de sentarse a una mesa bien servida. Usted comprenderá, que el sujeto que no repara en lo esencial, en la nutrición, no vale la pena de molestarse, de tratarlo con deferencia. Con usted, posiblemente hombre de mundo, las cosas han cambiado totalmente; le complaceremos con la mayor satisfacción:

“Este cuarto plato, del cual quiere saber su vida y milagros, se llama *quilate*. Tiene por qué interesarle: sencillamente es comida de dioses.

“Al quilate se le cortan las hojas y se exprimen; es decir, se les saca el agua que recogen en abundancia; se echan las hojas escurridas en una cacerola con mantequilla, agregándole cebolla picada, pimienta molida y un puntito de sal. También se puede condimentar solamente con carne de res o cerdo, picada; después, dándole forma de empanada, se hornea.

“Referente al último plato, el *loroco*, es un bejuco que produce gajos de flores; las flores son las que se aprovechan, molidas con queso o cuajada; se hacen tortitas y se meten al horno, resultando tan gustosas como el quilate.

“Debo advertirle, que usted solamente ha probado una pequeña parte de nuestra alimentación. En otros departamentós la base del sustento diario está en los frijoles y el maíz. Entre nosotros está en el trigo; las cosechas son abundantes, lo mismo que yerbas y frutas de la selva, fuera del pescado, como ser el chute, la corbina y el sábalo real.

“Además de lo que usted superficialmente conoce, contamos con reservas prodigiosas. El día que usted almuerce con *shora*, o sea hongos comestibles, fritos en mantequilla, ese día renuncia a salir de la población, por lo menos un largo año, y si paladea lo que los indios nombran *shute* o *sucte*, fruta que produce la mantequilla vegetal, el curso de su vida cambiaría totalmente; a manera de embrujo se quedaría para siempre, en fami-

lia. A todo esto agréguele la variedad de granos y verduras a ningún precio; todo mundo cosecha y regala a sus vecinos”.

—Usted, señora, en New York o Londres, además de la novedad que provocaría entre la gente que sabe comer bien, acumularía una fortuna solamente con un par de platos, de los servidos.

—Cuando se ha nacido en un paraíso como Gracias, con lo indispensable para llevar una existencia sin zozobras, no hay mejor fortuna que vivir en paz con la conciencia, sin las ambiciones que corrompen y trastornan los hogares.

—Dado el ritmo de su vida, de compases lentos en su forma evolutiva, con una conciencia muy ajena a los deslumbramientos del oro, puede que tenga razón.

—Me sobra, señor mío. ¡Desprecio los millones de New York por los centavos de mi felicidad!



El primer domingo lo aproveché conociendo Las Mesas, altiplanicie de varios kilómetros de extensión, cerca de la ciudad.

Sobradas razones tuvieron los españoles para repoblar la primera población indígena.

El panorama que se contempla desde sus alturas, francamente es imponente, maravilloso.

Allá, en el horizonte, las montañas de Celaque, las más elevadas de Honduras, con su Pico de Puca, de 9400 pies de altura, simulando gorro frígido; sus bosques olorosos a cedro y sasafrás; pájaros de bellos colores en-

dulzando el ambiente con sus trinos modulados, saltando de rama en rama; el tono alegre de sus rosas en los prados verdes, de eterna primavera; ríos cristalinos a manera de cenefas de plata engalanando la falda de la montaña. ¡Todo encantador desde el estratégico balcón!

Esta altiplanicie es el paseo favorito de viejos y jóvenes.

Los estudiantes, principalmente, han convertido la meseta en sitio de expansión y entretenimiento a sus deportes favoritos.

Allí se encuentra la tumba del ex-Presidente de la República, Lic. Juan Lindo, emancipador de los esclavos bajo su mando directo.

Lindo, siendo Presidente de El Salvador en 1841 y de Honduras en 1847, fechas en que libertó a los parias, se anticipó a Lincoln que en 1859 abolió la tiranía que pesaba sobre los negros desventurados.

En el mismo sitio se levanta el Castillo de San Cristóbal, mandado a construir por el ex-Presidente de Honduras, Gral. José María Medina. El castillo tiene forma de estrella de cinco picos, en estado ruinoso. A propósito del Gral. Medina, cabe recordar, que desde 1862, año en que asumió el Poder por primera vez, tuvo una clara visión sobre los problemas fundamentales de la economía nacional.

Esta afirmación se nos ocurre, por el hecho de haber sido Medina el primer mandatario que iniciara y terminara el único tramo del ferrocarril interoceánico, con los pocos centavos llegados al país de ciento cincuenta y un millón de francos oro, conseguidos en París y

Londres, cuyo empréstito casi en su totalidad quedó en manos de los intermediarios, reconocidos ladrones internacionales, apresados por la Seguridad Francesa.

El robustecimiento de la economía de la costa Norte y por ende en el resto del país, fué iniciado y estimulado de manera plausible por las paralelas de hierro.

No son las carreteras ni las máquinas voladoras las que dan el mayor impulso a la economía nacional: es el ferrocarril. Sin él no podría existir en los países avanzados, el desarrollo en gran escala, de la industria, el comercio y la agricultura.

La gratitud hondureña tiene una deuda con el Gral. Medina, especialmente el Departamento de Cortés, el más favorecido.

Lempira, símbolo del patriotismo, tiene monumentos erigidos a su memoria en el Puerto, San Pedro Sula, Congolón, Erandique, Gracias y en muchos hogares patrios. Frente a este soberbio graciano, el reconocimiento del pueblo, especialmente las colonias enriquecidas de la costa Norte, deben aunar sentimientos para levantar la estatua que se merece el gran occidental Gral. Medina, pionero de la economía científica hondureña.

Medina cuenta en su haber una de las hazañas más extraordinarias que no ha sido emulada por ningún otro compatriota, cuya hazaña —si así puede llamarse—, está en el hecho de haber llegado ONCE VECES á la Presidencia de Honduras en una época de pasiones feroces, cuando se imponía el hombre “nacido para la lucha y para la victoria”.



A los seis días, como habíamos convenido, se presentó Carpeta, luciendo una de las camisas y calzones que le obsequiara.

Muy circunspecto habló del proyecto que “me ronda en la cabeza”. Sólo la demora de acompañarme a la Fuente de Sangre, no lo decidía en el acto a ponerlo en marcha, prácticamente.

Con setenta y dos pesos, ahorros sagrados del cuartel, acumulados a fuerza de privaciones, principiaría a darle vida a un pequeño ható de burros, cerdos, cabros y gallinas.

Por tierras no tenía por qué preocuparse, ya que las montañas son baldías en el país; una vez cercado el predio que se necesita, el interesado se declara dueño por sí y ante sí; ningún funcionario interviene mientras haya explotación, salvo que pretenda hacer negocio con su venta; entonces pide a la autoridad competente las seguridades que la ley siempre confiere.

Carpeta con sus manos levantaría el soñado pajar y compraría ganado equino y cabrío a precios irrisorios; solamente las gallinas ponedoras las veía caras, a veinticinco centavos cada una.

Mientras “engordo” —decía— con pasto natural y frutas de la selva a los animalitos, siembro ayoterías, pastaderas, huerta, milpa y frijolares.

Según sus cálculos, antes de llegar a la vejez sería todo un ¡rico hacendado!

Yo le animaba, ofreciéndole ayuda en casos desesperados. Sólo tienes que escribir —le repetía—.

A todo esto, cuando le insinué acompañarme primero a Talgua, fué como proponerle abrir la caja de Pandora.

¡No patrón! ¡No patrón! —gritaba— con voz muy sincera.

“Talgua está embrujado. Aquí no encontrará mozo que lo acompañe a ningún precio. El brujo tiene en un puño a los habitantes del pueblo y de las aldeas, y si no estoy mal informado, hasta la frontera alcanza su poderío. Si un enemigo piensa hacerle daño, en el acto lo sabe y se le aparece al mal intencionado, en forma de tigre, si es en el campo, y lo devora; en los lugares poblados se presenta, al que le echa el ojo, como fantasma, haciéndole un infierno la vida”.

—Y cuántas leguas hay que recorrer?

—De aquí a Talgua, seis o siete; de Talgua a la frontera salvadoreña y a la de Guatemala, una jornada.

—Entonces, el viaje es cuestión de un día a paso lento, y medio día a trote largo?

—Así es, pero perdone que lo interrumpa; recuerde que usted me dijo en su casa y después me lo repitió en Yamaranguila, que su intención era conocer la Fuente de Sangre? No sé por qué ahora se apartará del camino.

—Cierto, Carpeta, que te lo repetí varias veces, pero debes comprender, que una idea, por firme que la sostenga uno en la mente, está expuesta a ser desbaratada por otra. He cambiado de parecer. Y a propósito de Yamaranguila, recuerdas cuando en una hondonada nos

encontramos con un anciano de aspecto venerable, que al verte de pies a cabeza, dijo que contigo no llegaría a ninguna parte por falta de coraje?

El mozo, avergonzado de no poder vencer el pánico que le embargaba al sólo pensar en el viaje, disimuló alzando los brazos al cielo:

—¡Sólo porque tiene un corazón inmenso, se librará de las garras del brujo!

Acepté condicionalmente la compañía de Carpetta, quien por gratitud fué a encaminarme al caserío Las Flores, mitad de la jornada.

El estado de nerviosidad no podía ocultarlo; a fin de no prolongarle su agonía, dispuse regresarlo a Gracias al sólo llegar a la casa donde me detendría a buscar alimentos.

Entre satisfecho y triste, se despidió, haciéndome antes una pregunta, que hasta ese momento se atrevió:

—Perdone, patrón, cómo es todo su apelativo?

—Filván·Caracol, para servirte.



Las Flores es uno de tantos caseríos de Honduras, pintoresco, perdido entre la vegetación lujuriosa y bañado por ríos con murmullos de mar.

A una india risueña, al parecer la patrona, encargué un almuerzo. El marido que llegaba en esos momentos, viejo musculoso, en el deseo de recordarles siempre, con cara complaciente me propuso: “Si no tiene prisa,

le serviremos el bocado más sabroso del mundo, para que vaya a su tierra a contar la especialidad de la nuestra”.

—Vea, señor, nada me urge, puedo esperar años, pero me apena que usted se moleste sin ningún beneficio práctico.

—Pierda cuidado: me sobra buena voluntad y si es por el tiempo que gaste, para nosotros las horas o los días no tienen importancia. Por eso no tenemos calendario ni reloj; comemos cuando tenemos hambre y dormimos cuando nos rinde el sueño. Este es el secreto de la felicidad que disfrutamos.

—Siendo así, puede principiar.

El hombre mandó a los hijos a hacinar una pila de rajas de roble, de un metro de largo cada una. Al llamarme la atención el montón de leña, le pregunté:

—Piensa asar un buey?

—No, una gallina.

Primeramente amasó con los pies una pelota de barro. Cuando el barro de tanto estrujarlo dió el punto que requería, decapitó el ave, sacándole las tripas y rellenándola de papas, cebollas picadas, pimientos, tomates y salsa casera.

A continuación la envolvió con todo y plumas, en una capa de barro como de una pulgada de espesor.

Por último colocó la bola de barro sobre rajas superpuestas y prendió fuego a la leña.

A medida que las rajas se consumían, las iba poco a poco reponiendo.

La esposa, al darse cuenta de mi resignada espera, me ofreció un “puntalito” por mientras terminaba su marido el raro cocimiento.

El puntalito consistió, en un guapote de río, de dos pies de largo, servido con plátano macho, pintón, en vez de pan; chinapopos (frijoles tan grandes como una moneda de veinticinco centavos), con cuajada y café.

Después del refrigerio, eché la siesta en espaciosa hamaca tendida en los corredores de la cabaña, despertando tres horas después, en momentos que el jefe de familia y su hijo, daban por terminada la pesada tarea.

Sacó de las brasas la bola de barro completamente calcinada; la quebró con un palo, cayendo en cada pedazo, las plumas adheridas, mostrando en su blanca palidez, la carne apetitosa.

Pienso que algún día, los renombrados hoteles del extranjero, mandarán a sus expertos a la montaña a aprender el arte de cocinar comidas primitivas, que a través de los siglos, siguen siendo una novedad a los gustos exquisitos.

—Dígame, quién le enseñó a condimentar plato tan extraño?

—Aquí nadie enseña. Cada uno, por su propia cuenta se pone a leer el libro de la naturaleza, siempre abierto a las necesidades de sus hijos.

—No sé con qué pagar sus bondades.

—Nosotros, mas bien, le debemos el placer que nos ha hecho experimentar, al verlo satisfecho.

La charla que siguió a la sobremesa, no pudo ser más amena e interesante.

Recuerdo, que a una pregunta hecha al buen hombre, sobre la cantidad de tierra que poseía, rió sarcásticamente, dando luego su explicación:

“Vea, amigo; aquí uno apuntala lo que se le antoja. La parte cercada sólo sirve para encerrar terneros; las montañas, llanuras y ríos, son libres. Si usted se halla con ánimo de tirar sus alambres a una legua cuadrada, hágalo, nadie se lo impedirá; los montes son baldíos.

“Dicen que en el extranjero un pedazo de suelo cuesta un bigote; aquí ni un centavo; brazos son los que a gritos piden las montañas a fin de explotar sus riquezas vírgenes.

“Con solo la caoba o la pesca, usted en poco tiempo haría fortuna.

“Nuestros antepasados, las medidas de tierras no las practicaban por manzanas o caballerías; las medidas las hacían por medio de puros”.

—Cómo es eso?

—Se escogía el sitio y se encendía un puro; después se caminaba despacio en línea recta; cuando usted terminaba de echar copos, se paraba; entonces la ruta recorrida se cuadraba, diciendo, tengo uno, dos o tres puros cuadrados, según sus recursos económicos para gastos de cercas de acuerdo con los tabacos fumados”.

A todo esto principiaba a oscurecer; decayendo al final el interés de la conversación, por ciertos gritos como de gente extraviada que se oían a cortos intervalos, venidos de la falda de la montaña.

El dueño de casa, atento a los incidentes del camino, al primer gritó mandó a avivar el fuego que había servido para asar la gallina. Posiblemente la luminaria

flameando como bandera de fuego, sirvió de faro a los forasteros, quienes se presentaron en grupo compacto, de típico uniforme.

Se trataba de una columna de boy scouts encabezada por su profesor. Diríase que todos los chicos habían sido cortados a la misma medida: indios fuertes, de unos doce a trece años, con sombreros de palma de ala ancha; camisa y calzones de manta gruesa; caites dobles, con la cobija de lana terciada; huacal de tomar agua pendiente del cincho, amén del respectivo machete corto.

Al ofrecerles alimentos, pronto sacaron de sus bolsos de piel de gamo, la comida que cada uno cargaba, aceptando únicamente una taza de café caliente; sentados en la sabana rodearon la lumbre y principiaron a cenar en medio de profundo silencio: se encontraban cansados.

Al preguntarles de dónde venían, el profesor se adelantó:

—De una excursión de Pencaligüe, señor.

—Dónde queda?

—A una legua del municipio de Atima, Departamento de Santa Bárbara.

—Y lograron explorarlo?

—Tuvimos la suerte de encontrar un buen guía o chane, como le llaman los vecinos. Pencaligüe no es de una elevación desmedida, sí escabrosísimo, dificultoso escalarlo. Visto de su base, del lado oriente, le encontré parecido a un riñón, algo como dibujo de media luna. A poco de haber principiado a ascender, nos topamos con la manigua intrincada y peligrosa.

—Peligrosa?

—Sí, por encontrarse animales de presa como el león y el temible tecuán rayado; también víboras venenosas; entre ellas la mica, zumbadora, la terciopelo, molonca y la célebre tripa de gallina.

—Bien, les sobrevino algún lamentable incidente?

—Dichosamente Dios nos acompañaba. Sí, la espesura de la selva a cada paso se tornaba impenetrable, logrando abrirnos paso a punta de machete.

“A medida avanzábamos íbamos encontrando manadas de tapires, gamos, tepeizcuintes, ciervos, cabras salvajes, guatusas, monos de distintas clases, en fin, toda una belleza para los que se dedican a la cacería.

“Al llegar a la cúspide fuimos recompensados con el solemne panorama y variedad de aves; allí, el zorzal, pájaro mosca, pito real, tórtolas, cardenal rojo, cabuyero, pájaro azul y sobre todas las aves que más se ven y deslumbran en aquel límpido cielo, son las fulgurantes pedrerías de alas desplegadas del quetzal.

“Sanos y salvos retornamos con las debidas precauciones, pero la novedad del cerro está en su famosa cueva, bastante espaciosa y complicada, donde se puede alojar un ejército. La persona que se aventure sin la compañía de un conocedor, puede que no regrese, tal el laberinto de sus ramificaciones. Con el guía nos internamos un kilómetro, frenando nuestra marcha al llegar a la ribera del río Atima, que *horada* Pencaligüe. Si no logramos recorrerla de un extremo a otro, fué por la imprevisión de no haber llevado lámparas de carburo; los hachones de ocote (tea de pino), con frecuencia se apa-

gaban; no obstante, logramos distinguir que en la orilla opuesta, la cueva continúa tan ancha como en la parte donde nos encontrábamos.

“No pudiendo avanzar, regresamos con algunas dificultades al apagarse continuamente las antorchas debido al poco oxígeno del aire. En la puerta alcanzamos a dos indios cargados de salitre que venden a los coheteros, cuyos depósitos solamente ellos conocen”.

—Ruego aclararme, cómo es eso del río que *horada* el cerro?

—Al río Atima que corre por el valle del mismo nombre, en el curso se le une el río Higuito; las dos corrientes forman un torrente de agua bastante caudaloso, que al estrellarse en la base de Pencaligüe, no retrocede ni varía de curso, sino que se consume, se lo traga la tierra perforando el cerro de uno a otro confín, yendo a aparecer muy campante como a legua y media de distancia.

“Al explorar la parte donde se sumerge, lo primero que nos llamó la atención, fué el corte perpendicular de la roca de la montaña, de unos trescientos metros, cortado a tajo. Al pie se ven espaciosas terrazas con asientos y dormitorios labrados en la misma piedra; depósitos a la altura de un hombre, cavados en la cantera, destinados, posiblemente, para guardar ropa u otros objetos; también incisiones con o sin agujeros para amarrar hamacas; sótanos de encerrar animales o guardar víveres; cientos de inscripciones y otras curiosidades que me dolió el alma ver toda aquella grandeza aborígen, abandonada.

“Debo confesarle, que una cosa me ha dejado intrigado: a una altura considerable, vimos el marco de una puerta cegada con piedra “amarrada”, unidas las junturas con una especie de argamasa parecida al cemento.

“El indio que nos condujo nos informó, que según la tradición, al llegar los conquistadores a Copán, un rico reyezuelo, temeroso al hombre blanco, cargó mil indios con su tesoro, encerrándose en la famosa cueva”.

—Piensa volver, a terminar la exploración de Pen-caligüe?

—No, señor. Toca a los hombres de ciencia.

Despertó tanto interés la narración del profesor, que me olvidé de la salida de la luna, momento que esperaba para reanudar la marcha. Pronto ensillé; pero al montar, el dueño de casa reparó en la ausencia del mozo, exclamando: “¡Ah, desgraciado, ya sé por qué huyó! ¡Tiemblan visitar la tierra del charlatán!”

Se dirigió al hijo mayor, ordenándole guiarme por el camino menos escabroso. En vista de la corta distancia a recorrer, nos fuimos despacio hablando de las cosas maravillosas de la selva, especialmente de los brujos que tienen el poder de transformarse en cerdo o perro, etc.

De pronto, de manera inesperada, salió tras gigantesca palmera, una columna de doce hombres armados de machetes y rifles. Su falta de uniforme los denunciaba como restos de los facinerosos que andaban o anduvieron asesinando a gentes y comercios indefensos.

Los vimos hacer alto en un claro del bosque, ade-

lantándose solamente el sujeto que hacía de jefe. Su actitud pacífica nos infundió confianza. El hombre se acercó con el rifle terciado y la pistola enfundada, a manifestarnos: “No se alarmen; vamos de paso a otro departamento; este no es el sitio de nuestras correrías, únicamente venimos de la montaña de visitar familiares y amigos. Pueden continuar”.

Al ver sus modales y oír su voz reposada me aventuré insinuarle:

—Un hombre joven como usted, de porvenir, por qué no cambia de vida?

—Nací y crecí amargado: moriré en el peligro.

—Nunca es tarde para reflexionar.

—Ya reflexioné lo suficiente; no es posible. Sigo mi trayectoria y en ésta me encontrará la muerte.

—Será profundo su dolor?

—Profundo y doliente como el fondo donde anidan las tenebrosidades del abismo; me abrasa el rencor de las entrañas.

—Siendo así, su historia debe ser bastante interesante.

—Para que me dé la razón se la voy a referir en pocas palabras: es triste confesarlo, pero en materia de educación vivimos en la edad media. Yo era un niño precoz y fuertísimo; mi madre creyendo hacerme un bien, me internó en la escuela de corrección de menores. En este centro forjaron mi desventura. Amargado por el trato recibido sólo pensaba en la revancha, en la venganza. El establecimiento funcionaba de acuerdo con las prácticas sentadas hace cuatrocientos años. Se pretendía “corregir” las ingeniosidades u ocurrencias de los niños

a punta de garrote sin tomar en cuenta, que el palo deprime, corta el vuelo de la inteligencia, resultando que sólo se piensa en el desquite.

“A los niños fuertes, díscolos, como a los bandidos, déseles un trato humano, como quien tiene que vérselas con gente honrada.

“Si a los delincuentes que llegan a las cárceles se les tratara desde un principio como a hombres de bien, no se necesitarían soldados para su custodia: bastaría una vigilancia entre ellos mismos.

“Ahora aquí me tiene: a un niño que salió un hombre malo de la casa de corrección, dando al poco tiempo con sus huesos en presidio; a un expresidiario que salió de la cárcel con la conciencia más endurecida, pensando únicamente en matar a quienes se arrogan al honor de velar por el bienestar social”.



Al perder de vista al jefe de cuadrilla, el mozo habló: “Por temor al brujo no se atreve al menor atropello en los dominios de Talgua”.

Tres kilómetros adelante atravesamos el Río Alash. Para esa hora los fulgores de la aurora coronaban la cresta de los cerros.

A pocos pasos divisamos las casas del pueblo.

La Tierra Encantada

Clareaba la mañana cuando llegamos a las primeras casas de Talgua.

Las casuchas del barrio de las orillas comenzaban a despertar con su alegría peculiar del chisporroteo de los tizones encendidos de los fogones madrugadores.

Al oír palmotear la masa de las tortillas, nos alegró el espíritu, tomándolo como aplausos de bienvenida.

Nos dirijimos a la casa de mejor apariencia a solicitar hospedaje, resultando ser la vivienda del señor Alcalde Municipal.

Ordeñaban gordísimas vacas, para el consumo familiar.

Aquí la leche no se vende, ni a los forasteros. ¡Es tan insignificante el valor, que mejor la regalan cuando alguien la necesita!

Llaman pobre al campesino que posee una o dos vacas.

Para no perder el exceso de leche, fabrican quesos, quesillos y mantequilla que exportan a la costa Norte.

A nosotros, al sólo desmontar, nos sirvieron las primeras jícaras por mientras preparaban el desayuno.

Les hizo mucha gracia el joven indio que me acompañaba; se bebió dos jícaras descomunales. “¡Buena barriga!” —exclamaron—; pero el mozo no pudo retener tanto líquido, teniendo que regurgitarlo.

En estos lugares está demás pensar en hoteles o simples casas de pensión. La persona que se atreviera a hacerlo por negocio, se tendría por chiflada; de antemano se sabe que no llegarían viajeros.

Las costumbres de los pueblos son leyes escritas en la conciencia de sus vecinos; se cumplen y conservan con su fuerte tradición, haciendo del forastero nada menos que un familiar, desde el momento que traspasa los umbrales de las puertas.

Aquí nadie se molesta porque alguien pide posada; al contrario, los habitantes se consideran honrados y su alegría no pueden disimular al pensar que en el primer descanso del pasajero, le excitarán a contar cosas vistas en otros mundos; aunque sean mentiras, su público le escuchará con entusiasmo. Usted se sentirá como en su propia casa: comerá, dormirá y beberá sin desembolsar un centavo; los moradores se consideran pagados con su grata compañía.

Si usted es persona locuaz, de buenas maneras, las cosas cambian totalmente; sus deseos, serán órdenes.

Al marcharse le proporcionarán bestias y mozos para que le vayan a encaminar a una o dos jornadas.



La casa donde nos alojamos era amplia, de cuatro corredores; su dueño, el señor Alcalde, todo bondad, hombre sano, perspicaz.

Aunque sólo había asistido hasta el segundo grado de la primaria, su inteligencia natural no podía compararse al resto de sus paisanos; de maneras suaves, inspiraba simpatía de primas a primeras.

Tenía su pequeña biblioteca de obras seleccionadas, especialmente clásicos ingleses, españoles y alemanes. Pertenecía a esa clase de hombres autodidactas, forjados en su propia fragua. Sus muchos conocimientos, unidos a su firme carácter, le permitían obrar con resuelto aplomo, desenvolverse y hacerse oír con interés.

Aunque era un hombre no común, tenía su lado por el cual flaqueaba: la superstición. Creía a ciegas en cosas del otro mundo, creencias que afeaban sus cualidades, su clara inteligencia; sí, perdonables por no ser culpa de él, sino del medio.

Había sido llevado al gobierno municipal en atención a su honradez, conocimientos acerca de las necesidades del pueblo y medios de remediarlas. Sobre todas sus ejecutorias le respaldaba su solvencia económica.

El secretario, funcionario marrullero, tenía el cuidado de pasar primero los escritos a la hija mayor, profesora titulada, en quien el Alcalde confiaba plenamente; ella revisaba la documentación y decidía la firma del padre.

La firma de la primera autoridad civil, era ilegible debido a dolores reumáticos de la mano derecha; al verla, daba la impresión de un garabato; en un concurso de criptógrafos, ¿quién sabe si la descifran!

Al día siguiente don Pórfido Manteca —así su nombre—, me preguntó en forma muy sutil, si yo andaba tras la novelería de conocer al brujo de su pueblo.

Yo, no queriendo dar una respuesta categórica, quise primero explorar el criterio del señor Alcalde a fin de formar juicio, y a su vez le pregunté:

—Por qué lo sospecha?

—Aquí nadie viene de paseo. Para tierras, que indudablemente son buenas, en otros departamentos hay mejores situadas; si es por ganado, también se encuentra en otros sitios más favorables, no como en Talgua, muy apartado de la vía de arreo, y ante todo, da miedo a las personas no acostumbradas a bajar y subir por el canto de los despeñaderos.

Por temor de ir a caer en ridículo, tuve que apelar a la mentira:

—Vea, señor Manteca: yo ando haciendo estudios de la flora y fauna nacional, pero ya que me encuentro aquí, me gustaría —por curiosidad— conocer al brujo.

—Si la curiosidad la toma como cosa de museo, muy bien. Lo de la flora me alegra; usted es el primer ciudadano que viene a ocuparse de una ciencia importantísima. Aquí tiene una variedad para envejecer. ¡Muy bien dispuesto! Mañana, o cuando usted lo disponga, le llevaré a la montaña. Allí le mostraré unas calabazas pequeñas, de las cuales se fabrican preciosos huacalitos; nacen las calabacitas de los huevos de un insecto que llamamos *esperanza*. También aprovecharemos la primera obscuridad para que vea en los desfileros, la clase de *cactus* que tenemos; no confundirlos con la tuna del interior; es un cacto gigante, de unas diez o doce varas de alto, que en las noches sin luna da la impresión de los faros de las costas, emitiendo una luz bastante curiosa; sirve para alumbrar el paso del gana-

do desorientado, evitando su derrumbe. En fin don.... (perdone, ya olvidé su nombre). "Filván Caracol, para servir a usted". En fin, señor Caracol, tendrá un campo ilimitado donde emplear sus conocimientos.

—Gracias, señor Alcalde; ya veo que su generosidad no reconoce obstáculos.

—Yo soy el que tengo que agradecer su interesante compañía; mucho aprovecharé. Sólo lamento su extraño apellido, no compagina con su persona. Sabe qué significa en mi pueblo caracol?

—Lo ignoro.

—Al que anda haciendo esos, como los bolos, le decimos que caracolea.

—Las disposiciones de nuestros padres son imposibles de enmendar en su generalidad, por muchas razones que arrancan de la tradición familiar. Fíjese en Manteca, grasa de animales o cereales, no cuadra a su simpática presencia. Una vez bautizados, y si la suerte nos permite arribar a mayor edad, está en nuestras manos forjar un nombre, elevándolo o arrastrándolo.

—Su argumentación no carece de lógica. Veo que tiene razón. Por su observación considero como hecho censurable de algunos padres, bautizar a sus hijos con nombres que son un estigma; —por ejemplo— Anacleto, Bonifacio, Casiano, etc.

—Muy de acuerdo, señor Manteca. Nadie está obligado a cargar con una ignominia. Si no fuera que Caracol es mi nombre de batalla, ya lo hubiera hecho desaparecer; pero ando en el camino de su inmortalización o de su fusilamiento. Como usted comprenderá, el tema de los nombres se presta a una interesantísima serie de

consideraciones. Nada menos, la esposa del mozo que traje de la capital, se llama Botija Chisguete de Carpe-ta. ¡Pobre mujer! Y si nos remontamos a la Mosquitia hondureña, la mayoría de los pobladores de las diferentes tribus, carecen de nombres. Cuando salen a los pueblos por razones de trabajo, echan mano de lo primero que oyen o se les ocurre: mango, chicha, plátano, perro, etc.

—Sin saberlo sirven de irrisión.

—También en las ciudades civilizadas hay quien se llame león o vaca.

En Casa del Taumaturgo

—Sabe, amigo Caracol, que anoche no dormí pensando en los nombres de los habitantes de La Mosquitia.

—¡Quién se desvela por cosas comunes entre los parias nacionales!

—Ignorando prácticas extravagantes, no deja de sorprender que haya gente que se llame caballo, burro, cerdo, etc.

—Pues también, si algún miembro de la tribu oye nombre y apellido que le suene al oído, lo adopta como suyo, siendo lo más corriente encontrarse en el fondo de la gleba con un Francisco Morazán, Benito Juárez, Hernán Cortés, Carlos Quinto, etc. Pero permítame doblar la hoja para pedirle un favor.

—Hable.

—A mi llegada le insinué, aprovechar la ocasión de conocer al brujo. Ahora quisiera visitarle en su compañía. Tendría usted algún inconveniente?

—Con el mayor placer, amigo mío; pero se da tantos tacos, que primero se necesita anunciarse con tres días de anticipación.

—Vive lejos?

—No, a dos millas. En una pintoresca colina ha hecho levantar bajo su dirección, hermosa casa que le llama *castillo de naipes*, todo de bello bambú. Según cuentan, aprendió a trabajar la planta, como madera de construcción, en China; es muy hábil en varias actividades de la vida. Sí, debo advertirle, que sólo por tratarse de una persona tan distinguida como usted, no puedo negarme. Mientras tanto, saldremos a caballo para que estudie las plantas de la selva.

—Gracias, no tendré con qué corresponder a sus finezas. Sí, le estimaré, antes de recorrer los bosques, me dé algunos detalles del caballero que voy a conocer.

—Del brujo?

—Precisamente.

—Es un hombre difícil de tratar. Si con anterioridad escribe, solicitando informes a la Alcaldía, a vuelta de correo le contesto diciéndole, que no venga a mal gastar su plata y su tiempo.

—Por lo visto usted no simpatiza con personaje de tanta reputación. Debido a su fama el nombre de Talgua suena dentro de los cuatro costados de la República y fuera de ella.

—¡Dios me ha de proteger de no ir a caer en la tentación de estrechar amistad con semejante pécora! El brujo, estimado señor, no es más que un descrédito para nosotros, sus paisanos. Aquí vienen con frecuencia, murmuradores y fotógrafos; si logran verlo después de larga permanencia y mucho batallar, se van a sus pueblos a mofarse, no de él, sino de la impotencia de la autoridad para remediar el mal. No es que nos falte valor para echarlo a los quintos apretados, sino, en honor a

la verdad, le debemos señalados servicios, y nuestro agradecimiento se opone a toda violencia. Por lo demás, yo, francamente, nunca he comprendido los términos científicos de su profesión. ¡Ya se va a convencer!

—Vive en familia?

—Con dos esposas que trajo de afuera; más cuatro empleadas que llama “mis odaliscas”; no admite hombres, salvo para trabajos rudos, ocasionales. También vive acompañado de varios tigres, —según los vecinos— los mantiene embrujados.

—Por su plática se deduce que el paisano ha viajado por medio mundo.

—Mundo entero. A propósito, voy a contarle el origen de sus viajes: su padre, el ganadero más rico del departamento, lo mandó a estudiar a la Facultad de Derecho, después de haberse graduado de Bachiller en Ciencias y Letras en la capital salvadoreña; cursó hasta el cuarto año y nunca logró titularse; según informes sólo vivía en las cantinas. ¡Ya se imagina qué clase de hombre será!, que no tuvo la necesaria fuerza de voluntad, de abstenerse un triste año, único año que le faltaba para graduarse.

—Sus detalles, señor Manteca, me recuerdan a Acateo Furrís, joven que conocí en la capital muchos años atrás, estudiando cuarto año de Derecho; abandonó los estudios y nunca volví a saber de su paradero: ¡No vaya a ser el mismo!

—¡El mismo, señor, el mismo, mismo....!

—Será posible?

—Vea; el padre murió a consecuencias de las amarguras que le causó el hijo. En cuarto curso permaneció

cuatro años, no porque fuese mal estudiante, sino porque una vez matriculado ya no asistía a sus clases. El vicio le pescó en tal forma, que nunca echó mano de su voluntad para soltarse de sus amarras. Un día, el padre contrariado de los retrasos, mentiras y gastos, escribió a la dirección de policía —ya que el secretario de la Facultad se había confabulado con el hijo— solicitando informes. Se le contestó detallándole la vida de escándalos en las casas de prostitución; endeudado en las tabernas, sin techo dónde vivir ni vestuario qué ponerse; ya no le daban fiado en los comedores donde en un principio se acreditó. Una de las cosas que más avergonzó al padre, llevándole a la tumba, fué el hecho de figurar el nombre de Furrís en las pizarras de las ventas de aguardiente como deudor moroso.

—Y de qué murió?

—Los sinsabores le ocasionaron un derramamiento cerebral, dejando su fortuna a la esposa.

—Y entonces?

—Furrís al enterarse de la desgracia, vino al lado de su madre; al tata nunca tuvo valor de presentársele. Permaneció largos dos años sin tomar una gota de licor. La madre —como todas las madres— no creía en los malos portes del hijo, circunstancia que Furrís supo explotar. Con el tiempo le confió al hijo una partida de quinientos novillos; los arreó al puerto de Tela donde los embarcó a Belice, (rico territorio Centroamericano retenido por Inglaterra). Al verse con miles de pesos oro en las manos, en vez de regresar, dispuso marcharse a

Europa, recorriendo también Asia. Dicen que en la India aprendió todas esas brujerías que sabe, y que de allá trajo las dos esposas.

—Y la madre, todavía vive?

—Murió desesperada al ver que a Ferrus sólo le importaba que vendiera más novillos y le girara más dinero.

—Cuántos años permaneció en el extranjero?

—Tome en cuenta que cuando partió, yo tenía treinta y cinco años; ahora ando en los sesenta y cinco, y apenas hace cinco que regresó; creo vagó unos treinta años. Y si volvió, precisamente, fué por no recibir respuesta a sus muchas cartas, pidiendo plata, ya que la pobre había dejado de padecer pasando a mejor vida; ella abnegada y amorosa nunca dejó de pensar en él. El juez, al conocer el fallecimiento de la viuda, hizo levantar inventario de todos los bienes, nombrándome albacea por mientras regresaba Ferrus, único heredero.

—Por lo dicho, usted le ha tratado de cerca. No es así?

—Desgraciadamente somos primos hermanos: su madre era mi tía carnal. De niño nos llevábamos bien, somos de la misma edad. Al entregarle los bienes hablamos durante diez días. Después, en contadas ocasiones.

—Y ese enojo, debe tener su origen; de dónde procede?

—Crea no existir ningún disgusto, al extremo de haber renunciado al pago que me correspondía por el trabajo pesado de albacea; somos parientes y estaba obligado a velar por sus intereses. Con el alejamiento sólo trato de salvar mi alma. Convéznase, que las personas que

comercian con él, se salan. ¡Ya lo verá en cuanto lo conozca y cambie las primeras palabras! Aquí se le quiere y se le teme, dualidad extraña.

“Con su regreso, señor Caracol, traje una tropa de calamidades. Parece mentira, pero hay épocas de no poder andar en las calles al sólo obscurecer. ¡Son muchos los azoros que el lépero suelta a media noche! Los labradores, al clarear la aurora, han visto subir a la montaña, una carreta sin bueyes. Los enamorados que sacan serenatas, muchas veces salen a todo correr al dar de narices con un caballo de fuego desbocado, dejando en la fuga pedazos de guitarra en las aceras de las calles.

“Yo, señor Caracol, soy un hombre incapaz de mentir; estos ojos que se va a comer la tierra, han visto a una vaca parada en las patas traseras, chiquiándose como una mujer en plena plaza.

“Esta madrugada, precisamente, el alcalde auxiliar de Rinconada, que vino a dar parte del alumbramiento de su esposa, casi se muere del susto que le pegó un burro en camiseta, corriendo para atrás.

—Está usted seguro, señor Alcalde?

—Como la luz del sol. Si los perros hablaran, serían los mejores testigos.

—Testigos? En qué forma?

—Ah!, muy sencillo: cuando en la noche ven cosas de este mundo, ¡quién los calla! Si en cambio, se trata de espantos, diga que se hacen piedra, guardando profundo silencio, cosa que no sucede con las gallinas, de espíritu más valiente. Las gallinas desafiando todo peligro, en cuanto sienten al brujo hecho lechuza y vuela a

ras de los tejados, se alborotan en ruidoso cacareo, dando la voz de alarma, no sólo a los demás animales, a los hombres también.

Cuando él quiere trasladarse de un caserío a otro, llena una batea de agua y se acuesta sobre ella boca abajo; se abstrae para rezar sus "oraciones"; al terminar, su cuerpo comienza a entrar en trance; luego, despojado de todo lastre cristiano, se agarra del alma del Diabolo y echa a volar igual a los aeroplanos, aterrizando sin el menor ruido, con la elegancia de un pájaro.



El secretario del Alcalde, con anticipación había avisado, que para hoy viernes estaba fijada la entrevista a las cinco y media de la tarde en punto. Al decir "en punto", era previendo cierta irresponsabilidad que priva en los pueblos en relación con el tiempo. Cita usted a una persona para las ocho de la noche y se aparece a los ocho días.

Antes de montar, Manteca se bañó la cabeza con agua bendita, amarrándose una palma santa alrededor del cuello. "Esto es necesario para mantener a raya a los espíritus maléficos". Después, con un cabo de candela de cera de castilla, reliquia sagrada traída del altar del Señor de Esquipulas, se pintó una cruz en la palma de la mano izquierda; la cerró a manera de asir una empuñadura, a fin de usarla en caso de peligro.

Al pasar ya montados frente a la casa del cura —enemigo irreconciliable del brujo—, le rogó prenderle una vela de cincuenta centavos a Jesús del Gran Po-

der, y de paso, de manera especial, que le hablara con el lenguaje de las almas puras, a San Eutiquio, divinidad de su devoción.

Ya en el trotar de los caballos noté su visible preocupación. Se siente mal? “No, voy rezando, encomendándome a otros amigos de mis devotos, sin olvidar las bendiciones de mis padres, ¡qué Dios los tenga en el reino de los cielos!”

Por mi parte no dejé de inquietarme, temía fuere a sufrir un síncope. Pero las cosas reaccionaron de otro modo.

Al terminar sus oraciones se sintió con tales bríos, que hincó las espuelas en la panza de la bestia e hizo cuatro cabriolas y en un gesto de desafío alzó la mano, siempre apuñada, gritando a todo pulmón, que sería capaz de meter el caballo por la puerta principal del castillo y sacarlo por el encierro de los leones!

Así, en plan de combate, marchaba contento Manteca, cosa que no dejó de alegrarme al ver conjurado el pánico.

A la vuelta de un recodo, a corta distancia, divisamos la pintoresca residencia ocupando un cuarto de manzana, con hermosa torre en el centro, de dos plantas bajas en los extremos; a su entrada artístico porche, siendo todá la construcción de bambú, con adornos caprichosos, dando al golpe de vista, la impresión de buen gusto.

El castillo de naipes se alzaba en el centro de una extensa sabana, especie de península, rodeado de profundos barrancos, y al fondo, caudalosa quebrada que le servía de foso.

Los alrededores, cultivados con palmeras de distintas clases; rosas y orquídeas de bellos colores en las cuatro esquinas del jardín.

Era necesario para atravesar el foso hecho por la misma naturaleza, hacer uso del puente movable, que prestaba sus servicios a voluntad del dueño.

Posiblemente, alguien nos espiaba; al sólo acercarnos, cayeron unos tablones de madera sobre polines que hacían las veces de pilastras. Al ganar la orilla opuesta, volvieron a levantar por medio de cables de hierro, el pesado maderaje, apareciendo a nuestro encuentro, tres perros amaestrados, guiándonos a la sala de espera.

Estos perros ayudaban a las atenciones de los visitantes en forma muy interesante: el delantero abrió la puerta con la cabeza y así la retuvo hasta que entramos; el segundo, fué a avisar, y el tercero, nos cuidaba.

Al penetrar saltó sobre nuestros hombros, una ardilla muy lista, a sacudirnos el polvo con la cola, haciendo las veces de cepillo.

Vimos moverse una cortina de seda y apareció una de las odaliscas, sin camisa, con los senos al aire.

Nos dió un vistazo y desapareció para retornar con una bebida caliente, aromática, especie de té; olía a pimienta olorosa mezclada con canela.

La atención, —según supe después— significaba que éramos gratos.

Al servirnos las dos tazas, nuevamente se alejó.

Manteca al verme tomar los primeros sorbos, me clavó sus ojos de espanto, gritando: “¡No tome! ¡No tome!”

—Por qué?

—No ve que nos quieren hechizar? A mí, mejor me matan, antes de probar esa marranada!

Y acto continuo arrojó el té por la ventana.

Minutos después vino otra mujer, más joven, de porte distinguido; al parecer, maestra de ceremonias, completamente desnuda. Se inclinó en señal de bienvenida, conduciéndonos al interior.

Al pasar por un estrecho pasillo, y empujar la hoja de una persiana, Manteca tropezó con un bulto gris, bulto que al incorporarse resultó ser enorme tigre; aunque el terror que le produjo la fiera fué grande, no se olvidó abrir el puño cerrado de la mano izquierda y mostrar la cruz al animal, a manera de escudo; no obstante el respaldo de su fe cristiana, le ví palidecer, algo sobrecogido; la odalisca, al contemplarlo, le puso la mano sobre el hombro, infundiéndole confianza con su dulce sonrisa.

Bastante emocionado se acercó a mi oído: “No se lo dije? Ya veremos cosas peores!” A continuación se persignó, alzó los brazos al cielo, como recordando a sus devotos no perderle de vista.

Al atravesar un segundo patio, vimos otro tigre echado, demostrando el mayor desprecio a los visitantes. Esta actitud de la fiera me sugirió la idea de su posible hipnotización.

A una señal de la maestra de ceremonias, paramos un instante en medio de largo corredor. La mujer desnuda llevaba una flauta de carrizo en la mano; registró un estribillo musical, anunciando nuestra presencia.

Continuamos hasta desembocar en un amplio salón; en vez de techo corriente tenía amplia cúpula.

En el centro se destacaba el brujo, recostado al estilo romano, sobre un acúbito, acolchonado de raso; vestía indumentaria oriental: kimona de seda amarilla, estampada con rosas de vivos colores; en la mano lucía un extraño çaduceo, digo extraño porque en vez de alas en la punta de la vara se posaba una arpía artificial, ave fabulosa, con cara de doncella, y en el otro extremo, las dos tradicionales serpientes en actitud de pleito.

En el centro de un triángulo formado por tres columnas truncas, se encontraba el acúbito del brujo.

En lo alto de una de las columnas, se veía picotear a una paloma blanca; en otra, un grajo de pies y pico rojos, y en la tercera, un gallo retinto; a los lados, dos hermosas mujeres, cubierto el sexo con hojas de roble; al fondo, a toda anchura de la pared de bambú, tapizado con un lienzo profundamente azul, pintado en un extremo, el sol; en el otro, la luna; en medio dibujados los signos zodiacales, no en forma de disco, sino elíptica, destacándose perfectamente, las doce constelaciones a colores, divididas en cuatro estaciones.

El piso lucía estera de estopa de coco, con primorosos dibujos y trenza de palma en las orillas; a las puertas de la última entrada, cuatro perros a manera de centinelas, vigilaban. El personal de la corte, del hombre que mantenía aterrorizados a sus vecinos, se completaba con dos leones melenudos.

A nuestro primer saludo, el hechicero no se dignó despegar los labios, contestando con un parpadeo del ojo izquierdo. Su silencio lo aproveché para estudiarlo mejor.

Cosa extraña; en vez de encontrarme con un viejo achacoso, tenía por delante a un viejo fuerte, rejuvenecido, respirando lozanía a todo pulmón; solamente el cabello entrecano, delataba su madurez.

En ambas manos lucía joyas raras, a manera de amuletos.

Desde un principio comprendí, que *rehuía reconocermeme abiertamente*. ¡Tantos años sin vernos! Yo, por mi parte, traté de pasar como un desconocido: ¡estábamos engañándonos!

A fin de no ir a sufrir lamentable equivocación, dí un paso más cerca de él, dispuesto a descubrirle una cicatriz que lucía sobre la ceja izquierda, resultas de un botellazo de cerveza, en la taberna *chiva renca*, cuando estudiaba Derecho.

Algunas cicatrices, como la de Cervantes, cobrada en Lepanto, son honrosas; otras, inferidas en las grescas de las fondas, son estigmas que a diario nos recuerdan el pasado bochornoso.

El viejo conocido quería disimular con el turbante medio inclinado, no siéndole posible: ahí estaba el rastro de la herida delatora, hablando con la elocuencia de las cosas eternas. ¡No había duda; era él, el mismo Furrís! Yo, bastante adiposo, más envejecido, no era tarea fácil que el retrato de mi primitivo rostro, ya borroso, apareciera en el espejo de su memoria. Dudaba, y mis dudas se desvanecieron después, al enterarme de conocer con anticipación, mis andanzas.



Nos clavó su mirada fría, con todo el frío del filo del acero, como queriendo penetrar en nuestros pensamientos. Y parece que lo consiguió al adelantarse a nuestra interrogación:

—Pienso que usted (no hizo alusión al pariente) ha llegado movido por la creencia infantil de vérselas con un brujo. Sepa, antes de incurrir en un desacierto, que yo ¡soy el mago de Talgua, no lo que se imagina!

—No prejuzgue, señor; yo he venido especialmente en vías de estudio, y he querido aprovechar mi permanencia a fin de saludarlo y estrechar relaciones con usted, cuyo nombre, en alas de la fama, ha traspasado los linderos nacionales para gloria del país.

—Gracias. Usted es el primer forastero que se expresa en términos satisfactorios. Aquí, la generalidad llega con ideas más o menos descabelladas. ¡Figúrese que piden les adivine el número gordo de cada sorteo de la lotería salvadoreña! Cuando no, quieren saber el sitio dónde dejó enterrada la botija el pariente rico; preguntan cosas tan ridículas, como si la futura esposa estará o no, doncella. Les perdono y les despido sin rencor, por revelar la más cruda ignorancia.

“Tratándose de una persona como usted, que no admite comparaciones con la murmuración organizada, seré todo complacencia; aunque no sé hasta dónde pueda llegar su sinceridad, al aprovechar su transitoria permanencia para conocerme, creo no está demás, citar a propósito, las palabras del doctor Zarus, sabio hindú: ‘Nadie es lo suficientemente inteligente para darse cuenta del interés que pone en las acciones más desinteresadas’.

“Perdone si la cita viene como anillo al dedo; culpa de la fuerza de ocultas circunstancias. Pero bien, no quiero perder el hilo principal de nuestra plática. Dígame, qué estudios realiza?”

A fin de salir adelante con la farsa, nuevamente apelé a la mentira:

—Soy Botánico y Entomólogo; además de la clasificación de las plantas raras de la montaña, me preocupa completar la colección de cierto género especial de mariposas.

—¡Encantadora profesión! Las mariposas son rosas con alas. Cuando vea volar una bandada, diga que son jardines flotantes. Las mariposas son tela inconsútil con que la primavera se viste de gala....

—Observaciones como las tuyas, me están diciendo que sus conocimientos abarcan ciencias variadas.

—Para obtener mi título de Mago, tuve que sustentar pruebas bastante difíciles.

—¿Dónde se especializó?

—Con un propósito determinado viajé por continentes diversos: Asia y Africa. En cada uno de los pueblos donde los sabios enseñaron la ciencia esotérica, me detuve el tiempo necesario para enriquecer mi vocación.

“Esta su casa —como usted comprenderá—, no es un centro de charlatanería, sino de estudio.

“Respaldado por mis conocimientos científicos, puedo aclarar cosas que han dado en llamar misteriosas, los profanos; tales el significado del vuelo de las aves e interpretar la relación que existe entre los astros y los habitantes de la Tierra”.

—Dispense que le interrumpa, señor Furrís: dígame, si con unos datos confidenciales, podría hablarme de mi encarnación?

—No hay necesidad. Yo, al estudiar a los caldeos me especialicé en la ciencia llamada Eutaxia. A simple vista, la configuración de su cuerpo, metal de voz, modo de gesticular, y las líneas de sus manos, permiten leer su pasado; además, lo más esencial está en la ventana de su ojo izquierdo, asomándose su ancestro, ciento cincuenta y cinco años atrás, un simpático zapatero, que cuando no estaba majando suela se le veía en los estrados de los tribunales, espigando en los escritos. Si no logró sobresalir fué por falta de libros y escuelas liberales destinadas a los naturales, restringidas por el coloniaje.

“Con los medios de vida de que usted dispone, hubiera sido figura sobresaliente en las artes y las ciencias. Era el hombre indicado para asumir la dirección del Estado el día de la proclamación de su Independencia Política. Usted heredó su inteligencia, con la ventaja de haberse nutrido con recortes de almanaques y periódicos, apartándose de los clásicos, fuente donde debió abreviar su sed de conocimientos. Ahora es tarde”.

En seco cortó su plática para ver el cielo de la bóveda; al notar que principiaba a obscurecer, dirigió la vista a uno de los extremos del salón: en el acto vimos levantarse a una de sus odaliscas; le hizo un gesto sólo comprendido por ellos, alejándose para regresar minutos después, con lo que más tarde nos explicó llamarse *luna artificial*.

Consistía en una vasija de cristal de unos dos pies de alto y uno de circunferencia completamente lle-

na de luciérnagas; al colocarla en alto, como farol, irradió una luz fantástica, de suave penumbra, color verde claro, bello capricho de hombre de mundo. Diríase que estábamos en presencia de una constelación de estrellas miniatura —quimera fantasmagórica—.

La luz, como la de los faros, era intermitente; de ahí, la penumbra, sin dejar de ser deslumbrante en sus destellos, contribuyendo a hacer más solemne el acto.

No queriendo continuar tratando el asunto de la encarnación, por su mordaz franqueza, rápido varié de intención, preguntándole:

—Y en la India, señor Furriss, permaneció algunos años?

—Creo ya haberle dicho de mi larga permanencia en Asia; o será que usted la India la sitúa en otro continente?

—No viene al caso su ordinaria lección de geografía, y geografía elemental que es penoso entre personas más o menos ilustradas, dictarla u oírla; acusa crasa ignorancia.

—Se muestra agresivo, eh?

—En casa del jabonero el que no cae, resbala.

—No, no sea suspicaz. Solamente quise sondearlo con la aguja de una frase hiriente para conocer su reacción. Olvídese; seré, como ya dije, complaciente, correspondiendo ampliamente a su pregunta: en Calcuta y Madrás, permanecí todo el tiempo necesario para empaparme en muchas ramas del saber humano, especialmente en el estudio de la Metempsicosis. En esta ciencia se apoya una de las leyes fundamentales de los brahmanes, basada en la transmigración de las almas, de un cuer-

po a otro. Esta fe no sólo tiene sus fanáticos en la India, los tuvo en la cuenca formada por los ríos Tigris y Éufrates, antigua Mesopotamia, hoy conocido por Irak; también tuvo sus seguidores en un período antiquísimo de la civilización griega. La Metempsicosis tiene por ley, renunciar al uso de la carne por el temor de ir a comerse a uno de sus semejantes.

“También profundicé en la India, el estudio de la *materialización de los espíritus*, del desdoblamiento de la humana personalidad. El conocimiento de la Bicorporeidad es bastante interesante; se dan casos que desconcierdan a las personas carentes de ideas generales del mundo astral. Y no es para menos. Una persona —por ejemplo— profundamente dormida, por medio de una materialización de desdoblamiento corporal, puede presentarse de visita en Juticalpa en casa de amigos, resultando que todos los presentes atestiguan haberla visto bebiendo en rueda vino de coyol, quien al despertar lo niega, alegado que únicamente tuvo un sueño, ignorando que fué *sueño materializado*.

“Otro de mis poderes está el de matar por medio del pensamiento, instantáneamente o a plazos”.

—Cómo, a plazos?

—Sí; el procedimiento es sencillo; selecciono la persona-cadáver de acuerdo con leyes ineluctables, resulta de taras morales, reteniéndola provisionalmente en este mundo, sujeta a las fuerzas misteriosas de larvas astrales. Vencido el término señalado con anterioridad, las mismas fuerzas frenan en seco, impulsando a la víctima al suicidio o desaparece fulminada por un shock traumático”.

“El poder del mal de ojo tiene puntos de contacto con el poder de matar a distancia. Esto no lo vaya a tomar como práctica de hechiceros. ¡De ninguna manera! Yo no creo en exorcismos ni en sortilegios; no creo en naguales ni en magias de tramposos. Así como renuncié a la venerada Trimurti de la India, me seduce la Teogonía de mis antepasados; igualmente amo a Jesús, cuando dice: “Gana el pan con el sudor de tu frente”, como a Buda al proclamar: “Búscate el medio más práctico de ganarte la vida sin hacer mal a nadie”. En fin, creo en todas las cosas que el vulgo tiene por sobrenaturales, basado en la ciencia esotérica de los iluminados, de acuerdo con el movimiento de los astros.

“Soy ferviente partidario del hipnotismo científico egipcio, del cual se derivó el magnetismo animal, fuente de las actuales prácticas hipnóticas”.

—Perdone que vuelva a interrumpirle: piensa usted, que después de la muerte existe algún hálito espiritual?

—¡Claro! Voy a reforzarle mi aserto con la palabra de Herodoto, el más grande de los historiadores griegos, quien el año 500, antes de Cristo, sostuvo: “Los egipcios fueron los primeros que afirmaron, que el alma del hombre es inmortal. En el momento de morir un sér, su alma pasa a otro que nace y cuando el alma ha atravesado por diversas criaturas, todo el mundo terrestre, acuático y aéreo, vuelve a introducirse en su cuerpo humano. Este viaje a través de los seres, dura tres mil años”. Con respecto a mi opinión, mis estudios y obser-

vaciones me han colocado en un punto de donde puedo afirmar, que una vez disgregadas las moléculas vitales, el alma sigue el ritmo de la vida”.

No sé cómo en esos momentos, quizás el mago sintiéndose fatigado, logró misteriosamente impulsar la paloma a volar sobre nuestras cabezas; al grajo lo hizo graznar y el gallo dejó oír tres veces la trompeta de su clarín, clarín que según los reglamentos observados en el castillo, ponía fin a la visita, disposición que nos comunicó la primera vigilante, cargo desempeñado por la esposa del lado derecho. Al incorporarse dejó caer la hoja de roble y mostró en toda su desnudez la palpitante belleza de su continente; con señas —idioma universal— nos agradeció la atención de nuestra presencia, correspondiéndole igualmente.

Quiso la fatalidad, al buscar a Manteca entre la penumbra, que sentado a mis espaldas sobre cojines, como los beduinos, desde un principio roncaba sin que yo me diera cuenta; nada quería saber ni le importaba la disertación del pariente. Este proceder fué tomado de intolerable descortesía. Yo al enterarme, traté de disculparle y no lo conseguí; el mago, más listo, como castigo ya había colocado sigilosamente por medio de su poderosa mirada, a un temible león, frente a la cara del Alcalde, es decir, el hocico del animal casi le rosaba el rostro, cambiando resuellos.

Así fué que Manteca al despertar del segundo llamado, abrió más de lo natural sus ojasos, considerándose triturado entre los colmillos de la fiera; pero el instinto de conservación le hizo pegar un brinco tan alto como su propia estatura. Corrió desesperado por los veri-

cuetos del castillo, siendo necesario el servicio de un perro sabueso para localizarlo en el fondo de la bodega, casi asfixiado bajo un tonel vacío.

El hechicero, satisfecho de su jugarreta, sonrió —haciendo las paces—, mostrando sus dientes de una blancura repugnante, blancura enfermiza de leche de piñón.

Al salir a la calle, el aire fresco venido de la montaña, le tonificó la maltrecha armazón del cuerpo.

Manteca, como despertando de larga pesadilla, habló:

—No se lo advertí? Se corre mucho peligro visitarlo, y para nada; habla en términos extraños, que solamente siendo brujo se le puede entender. Usted pescó algo?

—Posiblemente un resfriado, la noche comienza a helarse.

—Bueno, montemos y demos gracias al Altísimo de haber salido con vida.

—Dígame sinceramente, qué piensa del hechicero?

—Vea, amigo Caracol; este es el momento de abrirle mi corazón para salvarle de un daño irreparable que le acecha: yo, en mi calidad de autoridad y de hombre cristiano, le advierto que el brujo anda conquistando almas; tiene “pauto” con el Diablo!

Embrujo de la Montaña

Desde el primer día de mi llegada, Manteca venía preparando una jira a la montaña. Paseo detenido, acucioso, no como esos viajes que realizan al extranjero los hombres acaudalados, que no les importa captar el secreto de las grandes urbes; pasan por Londres, Roma, Madrid y regresan al terruño lo mismo que una ave migratoria: sólo asomaron el pico en plazas y avenidas, sin haber paladeado un buen plato o disfrutado de la conversación de un hombre de talento; no supieron de un día de admiración en famosas pinacotecas o simplemente admirarse frente a un acuario de los parques zoológicos, retornando ayunos de las cosas que nunca verán en su pueblo.

Manteca, hombre de viva inteligencia, aunque no había salido de su caserío, tenía un concepto claro y amplio de la vida y sus modalidades.

Aparte del deseo de guiarme a la montaña, a que conociera y apreciara algo de sus tesoros misteriosos y maravillosos, llevaba in mente una idea acerca de Nadir, su único hijo varón; quería exponérmela al aire libre, sin la presencia de su esposa, mujer toda manse-dumbre; y de la hija, toda malicia.

Al salvar las primeras estribaciones comenzamos a internarnos por la selva espesa y lujuriosa.

Una bandada de miles de pericos, loras y guacamayos, con sus gritos nos dieron la bienvenida.

Aquella pedrería palpitante al reflejo del sol, parecía palio sagrado con su ocaso de gemas preciosas.



En una pequeña hondonada se oyó ladrido de perros: "Ahí vive mi compadre Alcor; le vamos a invitar porque es el mejor conocedor de estos montes; sin él no aprovecharíamos gran cosa".

Efectivamente, al compadre le encontramos estando un cuero de venado.

Bastante contento y orgulloso de la compañía, se puso a nuestra disposición, seguido de dos de sus hijos mayores.

Se trataba de tres indios, dignos de un lienzo: más altos que bajos, cuerpos espigados, facciones recias, frente ancha, nariz más respingada que chata, de boca sensual y agilidad felina; reunían muchas de las características de sus antepasados, los lencas.

Dejamos las mulas en casa del indio y todos caminamos a pie, por ser lo más aconsejable en las excursiones montañosas, llevando los compañeros, dos escopetas, tres machetes y un hacha.

Debo hacer notar, que el indio por naturaleza es respetuoso, nunca entremetido en las pláticas de personas que le inspiran respeto.

Al observar Alcor que con Manteca íbamos pico a pico, con sus hijos se adelantó un trecho prudencial; no quería darse cuenta de nuestra conversación.

Al fin, después de muchos rodeos, el Alcalde abordó el asunto que le preocupaba:

—Vea, amigo Caracol; por mis sinceras confidencias, ya usted sabe que mi hijo Nadir, estudia bachillerato en la capital salvadoreña.

—Por qué no lo mandó a Tegucigalpa?

—Todos los pueblos de occidente prefieren Guatemala o El Salvador en vista de las facilidades que ofrecen los establecimientos de enseñanza; pero dejemos a un lado la amplitud: es cuestión de distancia; para ir a la capital de nuestro país, antes pensamos en redactar el testamento; el viaje es una aventura, no paseo. El día que nos despierte el pito de la locomotora, preferiremos Tegucigalpa; y no le extrañe que mientras vivamos desconectados del interior, nuestras relaciones se estrechan más con los países vecinos.

—No deja de tener sus razones.

—También está el asunto de los giros. No existiendo agencias bancarias se nos hace más fácil dirigirnos a cualquiera de las repúblicas fronterizas, a jornada más o menos corta, llevando un novillo gordo; lo vendemos a buen precio y giramos los fondos al colegio por medio de una casa comercial.

—Me ha convencido.

—Volviendo al asunto de mi hijo, quien cursa el último año de bachillerato, desde hace unos veinte meses dirige "El Pica Flor", periódico que sirve de expresión espiritual a los alumnos del colegio donde hace sus

estudios; me ha escrito, repitiéndome, que al graduarse no hará estudios universitarios, sino entregarse de lleno al periodismo, única profesión que le arrastra. Qué me aconseja?

—Francamente, señor Alcalde, usted me coloca en un aprieto.

—Por qué?

—Tengo que externarle mi franca y personal opinión.

—Pues precisamente, es lo que yo deseo y por eso le he invitado a la montaña para que sólo Dios nos oiga.

—Yo considero en primer lugar sus sacrificios para darle carrera a su hijo, tan querido.

—No me importan esos esfuerzos con tal que sean aprovechados.

—Siendo así, yo, en su caso, dejaría a su hijo seguir los impulsos de su propia vocación.

—¡Me alegro que coincidamos en propósitos! Aunque en mis cartas le he dejado entrever mi entusiasmo, él ya comprende que no me opongo a sus tendencias.

“El día que usted llegó a mi casa, Nadir había escrito preguntándome qué clase de libros gustaría que prefiriera, después de su graduación. Yo le contesté a mi modo rústico. No sé amigo mío, si aconsejé una barbaridad; únicamente me consuela obrar con el corazón en la mano, sin aplicar reglas de ningún libraco, sino atenido al sentido lógico de los hechos observados.

“En consonancia, pues, con mis sentimientos, peroré a mi hijo: ya que en nuestro país por razones económicas nadie se profundiza en ningún tópico, el hombre de prensa tiene forzosamente que ser una enciclopedia

andando para suplir al personal no especializado; por consiguiente, estudia elementos de derecho internacional, historia y arte en todas sus etapas; biografía y humanidades; devora los clásicos sin olvidar la poesía en sus diferentes estados de alma; acuérdate de la sagrada Biblia, lo mismo del Corán; lee a Buda y a Confucio. Cuando te toque entrevistar a un alto personaje de la banca o de la política, únicamente traslada al papel las palabras de relumbrón y extiéndete en lo que *no quiso decir* el interrogado, aplicando tus conocimientos psicológicos. Aprende un idioma; si prefieres el inglés, estúdialo sin adelantarte al ritmo marcado por la propia naturaleza.

“A medida transcurra el tiempo irás seleccionando tus lecturas sin que persona alguna te lo indique, obedeciendo a leyes evolutivas.

“Cuando hayas leído bastante relacionado con los manuscritos de Benavente —por ejemplo—, no debes acercarte a sujetos que se hacen llamar “intelectuales”, a cambiar pareceres sobre la trama del dramaturgo español, nunca!

“Tú debes visitar tabernas, mercados, rastros, centros donde viven hacinados mendigos y vagabundos; casas de prostitución, hospitales, ricos agiotistas y ricos avarientos, etc., y entonces procura ver si con el material a la vista puedes emular a colocarte a la zaga de Benavente, ya que dicen tienes vocación para tal género literario”.

—Qué pensamiento, amigo Manteca, le guió para dar a su hijo esa respuesta?

—Meses atrás, Nadir me había escrito pidiéndome doce colones salvadoreños para comprar un libro titulado, “Psicología de las Multitudes”. Y adivine qué le contesté?

—No acierto.

—Le advertí: no, hijo querido; ahí van los doce colones, pero no vayas a cometer la imperdonable tontería de adquirir esa obra; sería dinero mal empleado. La “Psicología de las Multitudes” posiblemente está escrita para profesionales de gabinete o para gente altamente encumbrada, con tufos en la mollera; a un pelagatos como tú; que se empeñe en buscar algo provechoso en tal libro, sencillamente es ridículo. Toma en consideración, que el autor tuvo necesariamente que confundirse con nosotros, los de abajo, para aprender lo que escribió; quiero decirte, que los explotados estamos en condiciones de corregir las fallas de la “Psicología de las Multitudes”, no de recibir enseñanzas cuando tú y yo, servimos de materia prima, de inspiración.

“Deja que la Psicología la compren los hombres que nunca han bajado por los peldaños acantilados que conducen al fondo del corazón humano”.

—Bueno, amigo Manteca, sus puntos de vista merecen especial consideración, pero deseo no dejar pasar por alto, una cosa: qué quiso decir con la recomendación de aprender inglés al ritmo de la propia naturaleza?

—La observación fué sugerida por los fracasos que presencié en Corquín. Unos parientes míos costearon los servicios de un profesor de lenguas; al cabo de un año, nada favorable sabían; posiblemente a causa de métodos anticuados, haciéndose necesaria la búsqueda de nue-

vos derroteros. En conclusión, pienso que la enseñanza del inglés debe principiar por su pronunciación práctica; después, su correcta escritura, y por último, cuando ya más o menos se domine, la parte gramatical.

Manteca se encontraba tan posesionado en su papel de mentor, que no se dió cuenta del vuelo de un ave audaz, que le cortó la palabra. El pájaro que vino a interrumpir su disertación, le pasó entre las canillas, parecido al *nicho feo*; como una jara se le vió tras un ratón; al examinarlo con más interés, comprobamos que se trataba del *alcaudón*, carnívoro, que como el azor, caza a ras de tierra.

El pájaro dió base para hablar de sus presas: no sólo ratones mata —alegaron los indios—, también pequeñas avecillas.

De manera inconsciente habíamos escalado la meseta de la montaña, bello panorama, mirador contemplativo para seres privilegiados.

Manteca, un poco apenado por el tiempo gastado en oír su extensa plática sin haber dado lugar a observaciones de cosas vistas atrás, se dirigió a su compadre para indicarle que, dejara a sus hijos haciendo fuego y calentaran en su tiempo el almuerzo. “Nosotros regresaremos tarde. Tengan brasas y vean si logran cazar una pava y la asan”.

A cien metros, Alcor guardó el hacha, arrimada a un árbol; por el momento no la necesitaba.

A pocos pasos, al bordear una laguna, el ladrido del perro del indio, asustó a una bandada de *petreles*, aves

palmípedas, oriundas del mar, parecidas a los piches de río; gustan internarse miles de kilómetros, tierra adentro.

Al volar los petreles vimos brincar sobre anchas hojas acuáticas, al famoso *rascón*, más conocidos por pollo de agua, de carne deliciosa, mitad gallina y mitad pescado.

Ante tanta belleza de recursos insospechados de nuestra tierra prodigiosa, es muy sensible —dije— que pasen ignorados de los hombres de estudio.

La montaña es algo que embruja. Su fuerte atracción invita a radicarse en el regazo de sus faldas.

La montaña a sus hijos los trata con la prodigalidad de madre tolerante a sus caprichos, ofreciéndoles la abundancia de sus tierras ubérrimas.

Desde el primer instante que puse los pies en la meseta, una cosa inexplicable se apoderó de mi espíritu, embriagándole: aspiraba un perfume exquisito, extraño, suave al olfato, con deseos siempre de aspirar más y más. Al principio pensé en alguna yerba pasajera, pero no, el aroma a medida avanzaba hacia el Norte, se fortificaba en los grados de su refinada pureza; al fin, atraído por la corriente tibia y alucinante, llegamos frente a un árbol corpulento, majestuoso en su altura y frondosidad, llamado *yoroconte*.

El perfume de sus flores es superior al ilang ilang de las Indias Orientales.

El *yoroconte* en estado de florecencia, cuando no hace viento, emite su fragancia, fragancia hipnotizadora, a medio kilómetro a la redonda; cuando sopla, se aspira su delicia a un kilómetro.

Ciertos animales salvajes, como el león de gustos civilizados, viene a echarse al pie del yoroconte, a disfrutar del placer de refocilarse bajo la tibieza de su aroma: aquí es donde el cazador no erra tiro, encontrando adormiladas muchas fieras, tal vez soñando bajo la pesadilla narcótica, tener entre sus fauces al mismo cazador.

Las flores del yoroconte en manos de un químico perfumista, darían agradable sorpresa al mundo vanidoso, con su extraña esencia.

El aroma es tan poderoso, que las flores una vez secas, no pierden el perfume. Los indios acostumbran echarlas dentro de sus cajas de madera, donde guardan ropa limpia; al usar las prendas de vestir, andan perfumados de manera delicada, sutil, refinada, que solamente siendo muy rico o muy pobre, permite el yoroconte disfrutar de sus lujos.

También la flor seca, echada dentro de un frasco de alcohol, resulta deliciosa loción.

Caminamos otro kilómetro al lado Este del árbol; el ambiente que respiraba no podía ser más exquisito, de inconfundible fragancia.

Al atravesar orillados a una pequeña caída de agua, vimos una vaca muerta, posiblemente desprendida del farallón. La devoraban, no zopilotes, sino especie de *urubú*, poco conocido en Centro América, nativo del Perú y Chile, de plumaje negro, cabeza y cuello azul, patas rojas. Presta los mismos servicios del zopilote, en aquello de sanear calles y solares sucios.

En los lagunatos formados por vertientes, abunda la *abubilla*, pájaro insectívoro, cazando pulgas de agua y moscas; el penacho de la cabeza se parece al morrión que lleva el quetzal.

Alcor, atento a que yo viera algo interesante, que llamara la atención, "Véngase por este lado" —urgió—; a pocos pasos me mostró lo que llaman *papa de aire*.

La papa es un tubérculo grande como una naranja corriente; florece y da el fruto en guía o bejuco, enredado entre las ramas de los arbustos. El indio aseguró, que era de superior gusto a las cosechadas bajo tierra; efectivamente, logré después comprobarlo a la hora del almuerzo: hace las veces de pan para el extranjero y de tortilla para el indio, con la ventaja del gusto a mantequilla.

Al contemplar la fertilidad del suelo, me dirigí al señor Alcalde:

—¡Qué tierra más prodigiosa; no hay otra igual!

—Esta tierra no es rica, amigo Caracol; es millonaria en nitrógeno, fosfatos y potasa! Pocas en el mundo!

Manteca, contento por la admiración que a cada paso externaba, urgíó al compadre a bajar a una hondonada, antes que se nublara la tarde. El indio, prestó, se puso en marcha; ágil como un gato, acostumbrado a los desfiladeros, descendió un kilómetro más sobre un cañón donde escasamente penetran los rayos solares.

Al descender nosotros, ya él nos esperaba sentado sobre ancha piedra; se reía en forma maliciosa, mientras con el ala del sombrero de palma, cubría algo que se resistía a mostrar.

Intervino Manteca para que enseñara el tesoro, tesoro que a contadísimos viajeros muestran: era la famosa orquídea, *india desnuda*; claramente se distingue el tronco de mujer, senos, muslos y sexo.

Esta orquídea es de una rareza sorprendente y sería de un valor extraordinario en mercados extranjeros. Si los indios, cosa imposible, permitieran la entrada a un hombre entendido en clasificaciones, llamaría la atención de los centros botánicos.

El indio al ver la sorpresa pintada en las facciones de mi cara, me condujo a otro sitio, a mostrarme unos frijoles bastante grandes en relación con los comunes, llamados *viejos pelones*.

Estos frijoles son obra estupenda de la naturaleza. Al sólo verlos, dan la impresión de una perfecta cabeza de viejo. En el sitio de la *plúmula* tienen dos ojitos vivos; en la parte correspondiente al *tallito*, nariz un poco respingada; la boca perpendicular, como bostezo, está formada por el *rejo*; el *cotiledón* deja ver las arrugas bien marcadas de la cara y la cabeza completamente calva.

Sólo la naturaleza tiene el patrimonio de las obras maestras, tal la leguminosa que nos ocupa.

Muy bien puede exhibirse como curiosidad, no sólo a niños, también a los hombres y mujeres en general, capricho de montaña, de nuestra tierra inmensamente rica en recursos naturales.

Crecido mi entusiasmo al ver la rara leguminosa, Manteca dijo, con fervor: "Esta es obra de Dios".

—A propósito, qué concepto tiene de El?

—Para mí, Dios, es el hermano mayor de una familia de huérfanos; hace las veces de padre amoro-

so de los hermanos racionales e irracionales. Es algo así como una lámpara encendida que irradia la luz de la vida; que nos vigila y lleva cuentas de nuestros actos, estimulando afanes a fin de enriquecernos con nobles acciones”.

Manteca guardó silencio para explorar el cielo; no quiso extender sus comentarios; temeroso nos fuere a coger la noche, apremió abreviar el paso rumbo al sitio donde nos esperaban los hijos de Alcor.

Entre resbalones sobre el barro y cuidados de no ir a machucar una serpiente, recorrimos largo trecho, parándonos frente al nido de una extraña ave que los nativos llaman *panadero*, pájaro de color pardo claro, cuyos nidos de lodo, tienen la forma de un horno, obra acabada de un entendido albañil; de ahí arranca el remoquete de panadero.

Con el mayor interés estudiaba la arquitectura del nido, cuando sentí que Alcor me tocaba los hombros; alcé la vista a la cúspide del árbol que nos extendía su sombra, logrando distinguir a uno de los monos más aristocráticos en el “vestir”, nunca observado en mi vida de andariego.

El mono es del tamaño de un perno corriente, de cola larga y gruesa; la cola parece capricho de artista: franjas azules intercaladas con blancas en forma de anillos; la frente, la boca y las patas, profundamente negras; resto del cuerpo, gris claro.

Esta especie no aparece clasificada en nuestros textos zoológicos. De todas maneras, se trata de un soberbio ejemplar. Las tenerías harían pingües negocios curtiendo sus pieles bellas y lujosas.

Una vez de regreso al lugar donde Alcor recogió de nuevo su hacha, Manteca preguntó:

—Qué extraño le encuentra a ese árbol, donde dejamos la herramienta?

Ante la serena pregunta del Alcalde, abrí los ojos con sumo interés, sin descubrir nada particular; el mismo común de los árboles silvestres, sin flores ni frutos, copado de hojas.

Al no encontrarle ninguna novedad, ordenó al indio derribarlo.

No era muy grueso. Al rodar por el suelo, Alcor dijo llamarse *arco iris*.

Al examinar el corte del tronco, confieso que en el mundo no existe madera más bella, más pasmosa a los ojos de cualquier entendido, como el arco iris. El corte dejó ver la *corteza*, como yema de huevo, profundamente amarillo; la *albura*, de color verde; el corazón, de rojo encendido y la *médula*, violeta.

Toda la mañana había pasado de sorpresa en sorpresa, pero el arco iris dilató los resortes de mi admiración. Este desconcierto mío, era siempre motivo de regocijo de los indios; se sentían orgullosos del tesoro inapreciable, sólo en poder de ellos.

Le insinué al Alcalde, mandar muestras al extranjero en la seguridad del interés que despertaría entre los fabricantes de muebles, quienes indudablemente labrarían bellas obras artísticas.

Manteca primero me lanzó una mirada extraña, para luego decir: “Esta es una de las pocas cosas que con-

servamos de nuestros antepasados, y nunca permitiremos que nadie nos despoje a ningún precio, de la herencia fielmente conservada”.

Juzgué demás insistir con mi argumentación. Solamente el hecho de haberme mostrado el arco iris, se considera entre los indios, de extraordinario privilegio.

Continuamos pocos minutos callados para reanudar las exclamaciones de sorpresa al desembocar en una larga avenida de arbustos con forma de jarrones chinos, suspendidos en el aire a doce pulgadas de altura, por medio de sus gruesas raíces, agarradas al suelo; por la boca del jarrón brotan flores amarillas y el contorno de la parte esférica está poblada de hojas largas y picadas como dientes de serrucho.

Alcor dijo llamarse *rubarbo*, (no confundirlo con ruibarbo), muy usado por sus propiedades medicinales.

Se trata de una especialidad que merece un estudio detenido. Considérese, que si las hojas se cortan de arriba a bajo y se toman en forma de infusión, sirve de purgante; de abajo hacia arriba, vomitivo, bastante recetado entre los vecinos.

Sobre los arbustos más altos, se veían entrelazados gruesos bejuco que llaman *quita sed*.

El bejuco se corta en canutos de un metro, siendo completamente huecos; cada canuto contiene agua suficiente para una persona, de sabor más agradable que la potable; sabe a agua de coco.

A cien pasos encontramos a los hijos del indio que nos acompañaba, no con una pava, sino con diez y una pila de papas de aire, asadas.

A un lado de las brasas del fuego, tendido un animal muerto, de extraña forma.

Mientras comíamos, los indios nos informaron, que tras el rastro de sangre de las aves, los siguió el animal que se veía acribillado a balazos. Al principio —explicaron— “no le dimos importancia, pero en un descuido, en el acto de desplumarlas, se avalanzó sobre nosotros, arrebatándonos una pava de las manos; entonces, presuros, hicimos fuego y como desgraciadamente no diéramos en el blanco, tal vez por la precipitación, soltó la presa para atacarnos; para ese momento ya habíamos cobrado nuestro aplomo; en la segunda descarga le agujereamos la cabeza”.

Si no fuera que el mamífero *próteles* únicamente asola los bosques de Africa, lo hubiera tomado por tal; el parecido es sorprendente: altura y musculatura de perro desarrollado, parecido a la hiena, con boca de gato bigotudo, mal encarado; cresta de pelos hirsutos en el lomo; cola gruesa y poblada, con garras de carnicero y piel de tigre manchada. Posiblemente algún engendro híbrido.

A fin de que la noche no fuere a sorprendernos en plena montaña, comimos poco, envolviendo en hojas de roble el resto de las piezas asadas, y principiamos a descender con algunas dificultades por falta de lámparas sordas.

Era la hora en que los venados salen de sus retiros a darse un paseo por atajos. Los zorrillos, en actitud de reto, nos salían al paso; tuvimos cuidado de no hacer alarma, en previsión de no ser bañados por los fétidos orines.

A pocas cuadras del rancho de Alcor, la obscuridad era completa; eso sí, el camino menos fangoso.

Me llamó la atención ver grupos de gentes, portando hachones de ocote, entrando y saliendo de la casa del indio. Al acercarme ví que se encontraba profusamente iluminada con fogatas alrededor y los pisos tapiizados con pino desmenuzado.

Mujeres y hombres engalanados salieron a recibirnos. Extrañado me dirigí a Manteca:

—Bueno, amigo; este contento qué significa?

—Queríamos, sin que usted sospechara, darle una sorpresa a su regreso con grata despedida; que recuerde en todo tiempo la alegría de la montaña.

—Gracias, señor Alcalde, muchas gracias.

—Las gracias ríndaselas a las hijas de mi compadre Alcor, las iniciadoras.

Fuí presentado a aquellas mujeres, hermosas como dulces en su trato primitivo; al sólo estrechar sus manos callosas, no parecían de mujer, sino de hombre endurecido bajo el sol y la lluvia; se pusieron tintas como la granada al oír una lisonja de mi parte. ¡Vaya —exclamé con satisfacción— todavía hay damas ruborosas!

La fiestecita consistió en lo que llaman los indios, *danza de las espuelas*.

Quise aportar mi personal contribución, pero no se me permitió; la gracia del baile estriba en que los invitados varones, pagan los gastos de acuerdo con las “fallas” del danzarín.

Las fallas consisten, en lo siguiente: es obligatorio, antes de principiar el baile, que todo invitado se emborrache; una vez ebrios, toca la música de cuero y prin-

cipia el jaleo. Al danzar, los hombres tienen que llevar sus espuelas puestas, un poco más largas de las corrientes, y todo aquél que se enrede, falla.

Un mayordomo se encarga de anotar nombres y errores. Cuando termina la danza, se hace un prorrateo de gastos entre los perdidosos a fin de cancelar el novillo asado, el aguardiente bebido y la música escuchada.

Yo me sentía en aquel ambiente satisfecho de mi suerte. El destino me había deparado ese placer inmenso que pocos disfrutan, de estar oliendo estiércol de vaca con sudor de tigre; me sentía transportado a los festines bucólicos de los príncipes de Cerquín, cuando recorrían sus tierras y presidían las mil danzas que patrocinaban, cuyo recuerdo está esculpido en las piedras seculares que nos legaran, hoy revividas al influjo de sus legítimos descendientes.

Un indio que se encontraba sentado a mi lado, me preguntó mis impresiones en la montaña. Al contestarle que retornaba contento, “No ha visto lo mejor —afirmó—; aquí hay muchas cosas que por siglos serán un secreto. En una cueva abandonada, que sirvió de techo a mis antepasados en los días de la conquista, un gallo de plata canta los domingos, entre la una y las dos de la tarde”.

—Cómo sabe que es de plata?

—Por el metal de la voz, diferente del oro. Existe también, un animal parecido al gato de monte; cacarea como el gallo tras los matorrales para atraer las gallinas y comérselas. En fin, señor Caracol, para la montaña no existen hombres fuertes, a todos los doma y los embruja”.



Volviendo a la danza de las espuelas, se presta al estudio de las características sociales indígenas. Permite formarse juicio del hombre en estado de embriaguez. Por muy borrachos que se sientan los danzarines, su única preocupación está en demostrar su aplomo, su hombría de bien a las damas, en mantener su dominio sobre el alcohol a fin de no ir a cometer una falla y al finalizar la juerga se les tenga como caballeros.

Una vez que termina el tiempo de la primera danza, el regocijo, la alegría se desbordan gastando bromas y tragando guano.

Son cinco las piezas, que en el fondo son piezas de resistencia en la lucha entre el Bien y el Mal, coexistencia de nuestra naturaleza.

El bailaror que no comete una falla durante los cinco números, es premiado con otro baile, asistiendo como invitado de honor, tal como asistió Caracol.



Satisfecho de mi parte, altamente complacido, a las cinco de la madrugada principiamos a descender el resto del camino que nos faltaba, entre una vegetación fascinante.

Mis agradecimientos no daban reposo a ponderar la generosidad, la bondad en extremo de los campesinos de mi tierra; appena verlos multiplicarse en atenciones a fin de patentizar su contento al forastero, sin mediar el cálculo de los especuladores despiadados.

Manteca, a quien el desvelo hacía cabecear, no oía; como buen jinete guardaba instintivamente el equilibrio. De pronto, diríase recordar algo importantísimo, se resregó los ojos, llamándome la atención:

—Esa otra montaña, al frente, no está explorada.

—Por qué?

—Es el palacio encantado de las serpientes. Digo palacio por ser una cosa majestuosa sus selvas intrincadas, animales feroces, minerales, maderas preciosas y pájaros raros. Todo es sugestivo, encantador; pero nadie ha disfrutado de sus riquezas debido a los guardianes, las culebras. Una de las terribles es el *barba amarilla*, multiplicada en forma aterradora.

Muchas veces al pasar orillado a la Montaña Empautada —así el nombre—, se oye especie de bailes animados con castañuelas, tal el número de *crótalos*, de tres metros de largo, provistos de un apéndice córneo que produce el sonido peculiar; los indios llaman al chin-chín, *ayacaste*.

“La *arrolladora* es otra víbora de ligereza eléctrica; es cuestión de segundos para arrollar a la víctima, morderla y matarla.

“Son muchas las clases de serpientes venenosas. Entre las más terribles está la *toboa*, cabeza de sapo; tiene unos tres pies de largo, bastante gruesa para su tamaño. La toboa ataca saltando sobre la presa y no la suelta hasta que la víctima cae sin vida. Comúnmente permanece en los árboles, atisbando mejor a todo ser viviente que va y viene.

“El año pasado, tres hombres que se expusieron a recoger plumas, solamente uno retornó loco, desgarrada

la piel por las zarzas, presa del pánico que le causó ver a sus compañeros morir entre las fauces del barba amarilla.

“Yo ví una toboa saltar sobre el pecho desnudo del indio que me servía de mozo; el indio al sentir clavados los colmillos de la ponzoña, sacó el machete y ya “muerto, cortó por mitad a la serpiente.

—Cómo es eso; ya muerto?

—Sí; el veneno de la toboa es tan mortífero, que apenas el infortunado tiene tiempo de invocar, ¡Jesús me valga! El mozo, al descargar el machetazo lo hizo estimulado por el peso del impulso del último aliento que permite la muerte, ya que en el trágico instante iba de camino a la otra vida.

“Aparte de las culebras, hay leones, jagüillas (jaba-lí), coyotes rabiosos, etc. También un insecto bienhechor que adoran los nativos; al picar cualquier parte del cuerpo, lo adormece; cuando los indios sufren de agudos dolores, como de muelas, inflamaciones o padecen de uñas encarnadas, hacen que los insectos les piquen la parte afectada: los efectos son los mismos de la morfina.

“Volviendo a las fieras, está el *tecuán*, tigre negro con franjas amarillas. A esta fiera se le considera, amo y señor de la selva”.

—Aparte de los animales carniceros y venenosos, qué otras riquezas contiene la Montaña Empautada, —como usted dice?.

—Muchos minerales y maderas preciosas. A propósito, en la antigüedad existió y posiblemente todavía existe, un árbol, único en el planeta, llamado *llorón*.

“El árbol —según los conocedores— está formado de cortezas superpuestas, como las de mata de plátano, no tan gruesas, sino de un milímetro de espesor.

“Cuando el tronco se presiona con los dedos, deja escapar un lamento. Si el árbol es joven, se queja como niño; desarrollado, como mujer.

“El silencio de la noche es más propicio para oír clara y distintamente, los diferentes tonos de voces del llorón. Al ser agitado por el viento, da la impresión de numerosa familia lamentándose del fallecimiento de algún deudo.

“Los prófugos de la justicia o simplemente gente extraviada, al atravesar por una de las tangentes del bosque, desconociendo el misterio, muchos pierden la razón llegando locos a las aldeas vecinas, según actas municipales que usted puede leer.

—Y usted, señor Alcalde, ha explorado la montaña?

—La conoceré el día que tenga el propósito de quitarme la vida.

La plática la consideré tan interesante, que no reparé en la escabrosidad de la bajada; el camino más bien se me hizo corto.

Ya en la parte plana, Manteca insinuó apartarnos de la vía principal y extraviarnos dos kilómetros orillados a una quebrada caudalosa a fin de conocer a Chikechike, quien se hace llamar “príncipe”, e hijo del finado rey Kelekele. “Es un indio muy vivo; de la mentira ha hecho una profesión de resultados bastante satisfactorios. Los corresponsales extranjeros que pasan a visitar las Ruinas de Copán, siempre se detienen a escuchar los ré-

latos de sus antepasados y cuentos a cual más fantásticos. Parece que la treta no falla; en todo tiempo tiene público que gusta de sus marrullerías”.

Efectivamente, el príncipe vive en el caserío Lempal, en plácida cabaña rodeada de corpulentos y anti-
quísimos árboles.

Tuve la suerte de conocer su parentela, a las princesas Kololira, Otuta y Quioca, de la nobleza chortis, rama de la aristocracia maya.

A una pregunta de la novedad de sus relatos publicados en la prensa americana, contestó, que su fama venía del cielo.

—Cómo?

—Escuche: mi hermano el príncipe Salsoque, comprendiendo mi entusiasmo por los libros raros, como “Las Mil y una Noches”, prometió al morir, visitarme de tarde en tarde trayendo las noticias más ruidosas registradas en el Reino de Dios, con el preciso objeto de suministrar datos mediante retribución a la prensa sensacionalista.

—El muerto ha cumplido su palabra?

—Con creces. Todas las crónicas fechadas en Lempal son inspiradas por su espíritu reporteril.

—Y ahora, tiene alguna novedad?

—Anoche, precisamente, su alma descendió para anunciarme —con la reserva del caso—, la gran manifestación de brazos caídos —muda protesta— ante el Todopoderoso, por negarse a jubilar a San Pedro.

—Los huelguistas, en qué se basan para pedir la jubilación?

—Mire usted: la Corte Inmaculada se ha dividido en dos bandos; las once mil vírgenes alegan infringimiento a las leyes celestiales por el hecho de haber sido San Pedro contratado por mil años para servir la portería y lleva alrededor de dos mil; otros, capitaneados por San Sebastián, antiguo oficial romano, sostienen que el puesto corresponde a un militar; el pueblo espiritual está cansado del mando civil.

“Dios que sabe lo que hace, amenaza a los manifestantes con nombrar a la Magdalena en lugar de San Pedro si no cesan los tumultos en las plazas del cielo (no hay calles) comunicadas por subterráneos, hechos al vacío.

“Las once mil vírgenes, indignadas, sostienen que eso no puede ser; es peligrosísimo que la santa mujer, subrepticamente oculte en los divinos refajos a sus devotos pecadores y los meta de contrabando.

“En fin, señor mío: a última hora, un grupito de intransigentes atemoriza con declararse en huelga de hambre si no se nombra a Felipe.

—Quién es Felipe?

—El resucitado de Naím, y como este santo está catalogado entre los inconformes, se teme que una vez llegue a escalar la portería, nadie lo baje; es capaz de desobedecer las órdenes del mismo Señor. Ya días se le vigila; en el Purgatorio como en el Paraíso y la Gloria, pasa los días sin orar por dedicarse a reclutar conocidos gritones con el fin de asaltar los puestos clave del cielo. El Reino de Dios lo ha dividido en clases, sistema que no conviene en un lugar donde todos son iguales a los ojos de

las altas dignidades cristianas. Para no hacerle largo el cuento, las cosas se han puesto tan mal, que Dios se ha visto forzado a decretar la ley marcial, nombrando un escuadrón de ángeles voladores, con funciones de policía, para mantener el orden en los sitios de mayor alboroto como ser en los Mercados de los Ayunos y Plazas de Penitencias, especialmente en las pulperías donde las vendedoras de miel de abeja y cera de castilla, están irrespetando el principio de autoridad.

“Se habla con carácter de emergencia, ascender a coroneles asimilados a San Jorge, a San Miguel y a otros capitanes que en sus mocedades figuraron en las líneas de batalla como soldados de combate.

“En un conciliábulo de notables, San Eutiquio, primer cocinero celestial, aconsejó al Señor, suprimir raciones a los instigadores a fin de obligar regresar a la Tierra a esos vividores infiltrados en las filas de Cristo”.

—Y San Pedro, qué dice de la manifestación?

—Parece que el viento y la nieve le han convertido en piedra: no dice nada.

—Extraño.

—Considere: desde un principio se comprometió por mil años a desempeñar el cargo de portero y lleva a la fecha, de chascada, más de novecientos; ¡ni que fue de palo para resistir tanto invierno!”

Al hacer pausa el príncipe Chikechike, juzgué oportuno cortar en seco el interrogatorio; con Manteca se habían cruzado miradas feroces; el Alcalde le veía y oía despectivamente. Estreché la mano larga y sedosa del noble chortis e hincamos las espuelas a la panza de las

mulas rumbo a la posada. En el camino Manteca volvió a la carga: "No se lo dije? ¡Es un gran mentiroso! ¿Quién le va a creer sus embustes? ¡Con los santos no se juega!"

—Puede que se le tenga por mentiroso; para mí tiene su importancia.

—Servir de mojiganga?

—No tanto: es un novelista en potencia.

Entretenidos con los comentarios, todavía animados llegamos al patio de la casa. Al desmontar, Manteca recomendó: "Bueno amigo Caracol; tómese un huacal de leche y váyase a la cama. Procure levantarse a la hora del almuerzo; tengo algo muy importante que informarle".



Al despertar del pesado sueño, me dí un baño frío, tonificante. Ya en la mesa, habló Manteca:

—Recuerda la persona que nos arregló la primera entrevista con el brujo?

—Claro, su secretario.

—Furris le mandó llamar para comunicarle, que está al corriente del objeto de su venida a Talgua. Desde el primer momento le reconoció, como a su antiguo amigo, cuando él estudiaba en la Facultad de Derecho; ha dejado pasar deliberadamente los días en espera de una insinuación de su parte a fin de renovar la vieja amistad; pero al saber que usted se marcha mañana, le ruega aplazar su viaje mientras tiene el gusto de augurarle buen retorno. En conclusión, dijo mi secretario, que

mañana a las ocho de la noche le espera en compañía de sus amigos para ofrecerle una fiestecita de despedida. Qué opina?

—Hágame el favor, señor Alcalde, de mandar a decirle, que le agradezco su atención; que nunca me hubiera marchado sin haber logrado segunda entrevista para revivir mejores tiempos, y que mañana, como él lo indica, llegaré con personas de mi afecto.

Despedida del Pontífice del Sortilegio

La invitación de Furrís se propagó en el pueblo como llamarada de pólvora.

El primero en preguntar si pensaba aceptar, fué el estanquero. A continuación le siguió el síndico municipal, el portero del rastro, el viejo barbero, dos panteoneros, varias pulperas, en fin, todo mundo visible de Talgua.

Al conocer mi inquebrantable determinación, unos aprobaron; otros, aseguraron que el seso me estaba fallando.

La maestra de escuela fué la primera mujer que de manera resuelta se sumó al grupo de los entusiastas. “Tanto se habla del brujo, que quiero convencerme con mis propios ojos”. La secundó la vende mondongo, dama de respetable barriga.

El tópico en todos los hogares, era el de barajar suposiciones acerca de la clase de despedida que nos daría Furrís.

Las conjeturas se iban por los atajos de la fantasía desbocada. La mayoría se oponía a concurrir; en

cambio, la gente prudente tomó a bien no desairar la muestra de aprecio, fuere por educación u obligado por circunstancias tan especiales, y sobre todas las cosas, por tratarse del pariente, ya que en los pueblos en su casi totalidad son familiares.

Alguien, muy asustado, vino a decir, que “sabía de buena fuente”, que al sólo penetrar con mi comitiva, el brujo nos soltaría las fieras para que nos despedazaran.

Otros, con el mayor aplomo, sostenían que el hechicero, al invitarme era con el propósito de seleccionar almas entre la concurrencia, para entregar una por una a Lucifer, ya que todos los viernes, día de la visita, cumple fielmente su compromiso.

Tanto apasionó la gentileza del mago, que la población al dividirse en dos bandos hizo apuestas de lo más peregrino.

Yo, usando de una parsimonia digna de mejor causa, calmaba los desaciertos de las mentes alucinadas, con una indiferencia y desprendimiento a la vida, propio de los trópicos. En el fondo bendecía la oportunidad de conocer ciertos rasgos reaccionarios de las gentes buenas, sobrecogidas por la superstición.



Por la mañana del siguiente día, viernes, muy temprano llegó el señor cura a disuadirnos de los firmes propósitos.

El sacerdote al comprender nuestras inflexibles intenciones, quedó un momento pensativo al enterarse que el Alcalde encabezaría el grupo. Alzó el brazo derecho y en actitud de echarle la bendición, le reprochó: "Te veo y no te conozco, Manteca; sé de tus sentimientos religiosos y me extraña de la aventura a que te vas a meter. Si de la primera te librabas, de ésta sólo Dios!"

El Alcalde, con un dón de gentes muy suyo, replicó: —Señor de todos mis respetos: usted no ignora que el amigo Caracol es mi huésped, un miembro de casa. Por consiguiente, suceda lo que suceda, no puedo abandonarle".

El representante de Cristo, bastante contrariado, salió por la puerta trasera sin hacer otro comentario.

En el acto, aprovechamos el silencio de la hora para emborronar los nombres de las personas probables, de las que un día anterior se mostraran complacidas de acompañarnos.

Con el objeto de que nadie nos viniera con mentiras, personalmente acudimos a los hogares; así conoceríamos el estado de ánimo de cada invitado.

De los treinta nombres que figuraban como probables en la lista primitiva, solamente trece, con nosotros, firmaron resueltamente la aceptación. "Mal número" —argulló— el Alcalde.

En los lugares desconectados del progreso del mundo, el ladrido de un perro, más o menos fuera de la voz común, da motivo a comentarios que no alcanzan los días ni los años para repetirlos y desfigurarlos con los agregados, al extremo de volverse rugido de león, no grito de perro. Este detalle típico de los pueblos atrasados,

culpa es de la falta de distracciones, como la lectura de un periódico o ver correr una película cinematográfica.

La invitación de Furrís se prestó a habladorías a cual más dislocadas. Yo, que en un principio demostré serenidad, ya me estaba impacientando, que llegara la noche para terminar con los temores de los vecinos, quienes se apoyaban en cosas ilógicas al externar sus enfermedades especulaciones.

A nuestras puertas pronto vimos aglomerarse leñadores y nacatamaleras, arrieros y carboneros; querían darse cuenta de los misteriosos preparativos, preparativos que consistían en ponernos la chaqueta y salir a la calle.

Faltaban pocas horas, horas de desesperación, sin darnos lugar las gentes a tomar nuestros alimentos.

Toda plática, el calor de los copos de humo de puros copanecos, se reducía a una serie de hipótesis; en vez de contrariarnos, movía a risa.

Lo que más me extrañaba, era la seriedad con que hablaban de cosas ridículas. Aunque conocía su sinceridad, no podía alentarlos: estaban influenciados por los temores al brujo.

Manteca, adivinando mi impaciencia, expuso en forma filosófica, como nunca le había oído: "Sin estas cosillas, amigo Caracol, moriríamos de tedio; más vale que inocentes murmuraciones hagan las veces de periódico. Se necesita de un tópico fuera de lo trillado para que contribuya a la satisfacción del hombre de la calle, que le endulce la monotonía de la vida rural, cosa intransitiva para el capitalino y de positiva inquietud para el pueblerino. Si tuviéramos centros de corrupción co-

mo en las urbes civilizadas, la familiaridad y el temor a Dios en que vivimos, ya hubiera desaparecido dándole sitio al egoísmo, a apetitos voraces. Yo, dentro del bienestar de mi aldea, no cambio el vino de Francia por la leche de mi vaca. Para las gentes que saben leer, pienso, que para distracciones provechosas, un libro sabe más en la montaña que en Londres. A medida conozca el pueblo lo irá comprendiendo en faltas que son sus adornos para el mismo pueblo, sin las cuales, carecería de encantos”.



Al fin, sonaron las siete de la noche, hora convenida para congregarnos en casa del señor Alcalde y salir sin precipitaciones rumbo al castillo de naipes, donde nos recibirían a las ocho.

Dichosamente la luna lucía todas sus galas del plenilunio. Por todo el trayecto, la maestra monopolizó la palabra con chistes y salidas oportunas.

Recuerdo que encontramos a un viejo montado en brioso caballo, estampa árabe; al verlo muy garboso sacándole brillo a la bestia, dijo: “Luce bastante bien en los caballos ajenos”. Por qué? —pregunté— “Son animales del patrón; él sólo tiene ratas”.

La despreocupación de la maestra servía de estímulo a los hombres que por honor nos acompañaban; se comprendía no haberse despojado de sus temores.

Así, paso a paso divisamos la residencia del hechicero. La mondonguera fué la única del grupo que tuvo tiempo de encomendarse a Dios; el resto se olvidó, tal el estado de zozobra.

Los cuatro costados del castillo se veían iluminados con hermosos faroles de kerosén, de vistosas pantallas de hojalata, a manera de reflectores.

Habiéndole mandado a Furrís con anticipación la lista de invitados y hora convenida, los tablones del puente del foso se encontraban ya tendidos y a cada lado una de sus esposas, no desnudas, ataviadas al estilo oriental. Nos recibieron muy ceremoniosas, inclinando por tres veces todo el cuerpo.

La impresión que experimentó la comitiva al pisar los umbrales, fué tétrica; diríase que presidíamos un cortejo fúnebre por el silencio que renació.

Uno tras otro, con cautela, como quien tiene miedo de ir a pisar una serpiente, así desfilamos por corredores y pasillos iluminados profusamente.

Al penetrar al salón de recepciones, sin haberse registrado ninguna novedad, los compañeros fueron entrando en confianza, volviendo la tranquilidad de espíritu, la esperanza de que todo se deslizaría entre el más grato de los regocijos.

Las esposas de Furrís nos acomodaron en un triángulo formado por sillas clavadas en una plataforma de madera; en uno de los vértices, considerado el principal, frente al acúbite que ocuparía el brujo, me sentaron en calidad de invitado de honor.

La extraña posición en que fueron colocados los demás invitados, nuevamente volvió a intranquilizarlos,

máxime al ver al lado del vistoso acúbito, estilo romano, llegar a pararse extraño can, de unos dos pies de alto, bastante parecido a los perros de agua; en vez de pelo parecía que llevaba puesto un sobretodo de pieles; no se le distinguían las patas entre el bosque de mechones colgantes; los ojos sí causaban miedo: vivos, penetrantes, de fuego.

La sala se encontraba desprovista de cuadros, muebles u otros adornos que distrajeran al visitante, únicamente se destacaba, adherido a la pared, un lienzo blanco, como telón de cine.

De pronto se oyó el canto de un gallo, anuncio de la aproximación de Furrís.

Entró al salón arropado en gran bata de seda, de las usadas por los quirománticos; llegó seguido de otro perro, igual al anterior. Todos nos pusimos de pie; él, uno a uno estrechó la mano llamándole por su nombre. Al detenerse por segunda vez ante mi persona, pronunció palabras maliciosas, de desahogo, que en parte recuerdo: "Cuánto agradezco que por tu medio, vea honrado mi castillo con la presencia de familiares y antiguos amigos de mi padre; es la primera vez que traspasan los umbrales de mi casa; aquí siempre serán bien atendidos. El pueblo de Talgua sólo servicios ha recibido de este servidor de ustedes; pero la ignorancia de personas maledicentes, ha tejido una leyenda tenebrosa a costa de mi reputación; se ha hecho eco de tantas blasfemias, que me consideran como el hombre más pernicioso del lugar. Deben saber los amigos aquí presentes, que yo no soy más que un hermano mayor en sus desventuras; de mí sólo bondades deben esperar".

Hizo una pausa y luego continuó:

“Recuerdas Caracol, hace muchos años, muchísimos, que te prometí enderezar mi vida descontrolada? Pues creo haber cumplido mi palabra empeñada. Hoy soy otro hombre, con ideas más generosas, de superación y de servicio a mis semejantes”.

Apagó un momento el fuego de su palabra para recostarse en su regio trono; a los lados, los dos perros no quitaban la vista clavada en los ojos de los invitados.

La mondonguera, a mis espaldas, me susurró: “La mirada de los perros me están desvaneciendo”. Lo mismo argumentó la maestra de escuela.

Furris, todo un dios pagano tendido en su acúbito, alzó la cabeza para hablar nuevamente largas dos horas sobre su vida de estudiante, en la época que estrecháramos amistad; de su retorno a Talgua y de su permanencia en Europa, Asia y Africa.

Después que disertara sobre los estudios realizados acerca de las ciencias ocultas, aclaró:

“Aquí se me teme por falta de comprensión, al no saber deslindar la diferencia que existe entre un mago y un brujo; yo soy un hombre de ciencia; todas mis prácticas se basan en el laboratorio de los hechos, no en subterfugios fantásticos; tuve la suerte a través de Mesopotamia, de ser iniciado en el misterio del esotericismo que legarán sus antiguos sabios a la generación que me tocó tratar; hasta entonces me dí cuenta de su gran importancia y continué enriqueciendo mis conocimientos, al extremo de considerarme, entre otras profesiones, Maestro de Astrología.

“La astrología es una ciencia que yo le he bautizado con el nombre de *Geografía Humana*; enseña, que cada pulgada de nuestro organismo, está directamente relacionada con la influencia de los astros.

“La Metoposcopia es otra interesantísima ciencia que entra en los dominios de mis conocimientos. En manos de algunos charlatanes ha sufrido considerable desprestigio. Consiste en la adivinación del porvenir por medio de las líneas del rostro. También esta rama del saber humano asociada con la Astrología, sirve para anunciar el porvenir por medio de muchas manifestaciones visibles del cuerpo, como las arrugas o lunares en el cuerpo.

“Una mujer —por ejemplo— con la boca fruncida, es autoritaria en el trato social, pero una miel en la intimidad de la alcoba. Un lunar en el ombligo, glotonería; en cualquiera de las mejillas, coquetería.

“La Metoposcopia y la Astrología tuvieron un brillante desenvolvimiento en la época esplendorosa de los cadeos, árabes y egipcios.

“También soy Quiromántico y Palmista; domino ramas no comunes de la Cartomancia a base de estudios científicos, no de brujerías de aldea como se ha dado en propagar desde mi pueblo.

“No les hablo del poder de matar a distancia por medio del pensamiento, porque ustedes conocen preciosos detalles y bien pueden explicar a mi amigo Caracol hasta con los nombres propios de las víctimas”.

Cuando el brujo llegó a este punto, vagamente me dí cuenta del poder de su magnetismo personal. Todos,

clavados en nuestras sillas, a un sólo ritmo seguíamos sus gestos, y los perros con los ojos de fuego contribuían a un estado de sonambulismo.

“Posiblemente se sienten fatigados, —continuó—; van a tener la fineza de aceptar un pequeño regalo, sin importancia para ustedes; para mí, muy significativo al hacerlo en nombre de mi noble amigo Caracol, hoy nuestro huésped”.

Acto seguido ordenó a una de sus esposas traer un jarro pequeño y un vaso grande. La diferencia de tamaños me dió en qué pensar. Luego, la dama se acercó a preguntarme:

—Caballero Caracol, qué desea tomar?

Como mentalmente había calculado que el jarrito apenas contendría un vasito de limonada, contesté en son de chanza:

—Quisiera un doble de whisky.

Al instante vertió la cantidad pedida de licor. Confieso, que por vergüenza y castigo, bebí trago tan grande.

El telegrafista, el zapatero, el carnicero y el barbero, pidieron lo mismo; las mujeres tomaron café caliente; otros invitados, limonada; Manteca, se excusó.

Al terminar la dama de repartir el brindis, admiré sin reservas a Furrís. Aunque con cuatro de mis amigos nos sentíamos borrachos, la proeza de hacer tomar de un pequeño recipiente a todos los presentes, distintas bebidas, era digno de mil aplausos. Por el momento nadie había sospechado que lo ingerido fuere puro aire; la satisfacción era general. El poder hipnótico de Furrís comenzaba a surtir sus efectos, instante que aprovechó para concluir:

“Amigos y parientes de mi estimación: como punto final a esta sencilla, pero sincera despedida en honor del inolvidable Caracol, voy a correr por la pantalla una película cuyos motivos son tomados de la mitología griega”.

Apagó las luces y enfocando haz de rayos azules en el lienzo, previamente fijado en la pared, “¡Miren!” “¡Miren!” —gritó— lo que se está dibujando en la pantalla.”

Vagamente comenzó aparecer un gigantesco anfiteatro, iluminado por celajes de una tarde tropical.

De pronto los detalles se hicieron más claros y se vió ocupar el palco de honor, a la Diosa Hebe, esposa de Hércules.

A la derecha, Cancerbero, perno de tres cabezas que vigila el infierno, en actitud soñolienta bajo el influjo de la flauta de Orfeo.

A la izquierda, Proserpina, reina de los infiernos.

Ahora —se oyó la voz del mago— van a ver el desarrollo de la vida de Hércules, el héroe más extraordinario de la mitología griega”.

“No me cansaré de repetirles, que los capítulos no son míos, son entresacados de su historia. Hago esta aclaración para que no salgan de mi casa bajo la impresión de que robo leyendas”.

Calló un segundo para reanudar la explicación:

“¡Fíjense bien, fíjense! ¡Mucha atención, fíjense!”

Primeramente apareció todo un gigante de proporciones exageradas, Hércules. Después se vió el desenvol-

vimiento de su historia, desde la niñez a edad madura. Criatura predestinada, en la cuna comenzó su vida azarosa, llena de peligros.

Encontrándose dormido en su lecho, fué despertado por el ruido de serpientes que querían arrollarlo; él, niño fuerte y robusto, las estranguló con sus manecitas.

Ya hombre se destacó entre sus rivales; le vemos en su lucha desigual con el temible león de Nemea, logrando en encuentro desesperado, abatirlo en toda línea. Luego una serie de sublimes episodios: en espectacular batalla, mata la hidra de Lerna; en forma audaz y desesperada, coge vivo al jabalí de Erimanto; en carrera sin precedente logra alcanzar la famosa Cierva de los pies de bronce; decapita a flechazos los pájaros encantados del lago Estinfalo; cortándoles las plumas a colores para esbozar en la bóveda del cielo el primer arco iris; en lance espectacular, conmovió a los dioses, domando el toro de Creta; mata al bárbaro Diomedes, rey de Tracia, quien alimentaba sus caballos con carne de esclavos; barre las puercas caballerizas de Augías, haciendo correr a torrentes las aguas del río Alfea; asalta el jardín de las Hespérides custodiado por cien dragones y roba sus manzanas de oro; por último, al ver a Prometeo encadenado en los desfiladeros del Cáucaso, le desata en momentos que un buitre le comía las entrañas.

Al finalizar la vida de Hércules, aparece Perseo, imponente, alto y bello, todo un atleta, empuñando en la mano derecha fiero alfanje, mientras con la izquierda cobarde, agarra del cuello a la pobre Medusa y le corta la cabeza.

Bórrase coliseo y escenario y únicamente se contempla inmensa pradera. Al fondo apenas se ven bultos imprecisos, en loca carrera; a medida corren, poco a poco se van distinguiendo, aclarando. Al ganar la mitad de la llanura diríase que se trata de competencia equina, pero no; un minuto de espera, deja contemplar en toda su grandeza salvaje, al que corre a la cabeza: es Pegaso, caballo alado, batiendo desesperadamente las alas al sentir a horcajadas a Pan, dios de los rebaños, hincándole los cuernos y pies de cabra; lo sigue Centauro, mitad caballo y mitad hombre, trayendo sobre sus lomos al Minotauro legendario. Estos fantásticos animales, aguijoneados a picotazos por águilas crueles, corren sin freno, como el viento, hacia el abismo de la desesperación...

Al fin, se acercan tanto a nosotros por efecto óptico, que materialmente vimos brincar fuera del lienzo a un hipogrifo sobre nuestras cabezas; teniendo instintivamente que agacharnos para darle lugar no fuere a golpearnos con sus largas alas; pero la mondonguera no pudo más resistir, dejando escapar un grito tan angustioso, que el mago saltó inquieto, encendió las luces y preguntó:

—Qué pasa?

—Nervios, Señor.

—Bueno, ha finalizado la función de despedida, y muchas gracias, caballeros.

Ya en la puerta, frente al porche de la entrada, al despedirme, como un recuerdo puso en mis manos una sortija con este proverbio oriental: "El que dice la verdad, debe tener el pie en el estribo".



La brisa que soplaba del cercano bosque, fortaleció nuestros nervios; hasta entonces nos dimos cuenta, que el grito de la mondonguera nos había sacudido del estado hipnótico para venir a despertar con la ducha fría de la calle; largas tres horas habíamos permanecido bajo la poderosa sugestión de Furris.

—Qué opina? —me preguntó a boca de jarro el maestro zapatero.

—Un hombre digno de estudio.

—Para mí, el único brujo nacional que merece rendirle el sombrero.

Superstición, Mal Necesario

—Me llevo tantos recuerdos de su pueblo, señor Manteca, que nunca les olvidaré. ¡Esta es una tierra encantada! Digna de conservar su panorama tal como yo lo he visto; así, las generaciones venideras dirán, Talgua continúa siendo el paraíso de espíritus dilectos, enamorados del alma maravillosa de las cosas primitivas.

—Gracias, amigo Caracol, mil gracias; es un honor que nos satisface por venir la alabanza de un profesional que sabe sacarle punta al lápiz.

—Debemos ser sinceros con nosotros mismos para serlo con los demás, máxime tratándose de un pueblo de hombres y mujeres todo corazón en el inquieto afán de hacerle grata la estancia al forastero. Otra cosa que admiro en ustedes, es el sentido de ecuanimidad que priva en su totalidad. Recuerda señor Alcalde, cuando me dijo en días anteriores, que no se echaban contra Furrís porque le deben señalados servicios?

—Ha dicho verdad, y hay más todavía. Por los días que lleva de convivir con nosotros, pienso no habersele pasado por alto, que el brujo es *un mal necesario*. Hemos contraído con él, una deuda que no se paga con dinero.

“Considere que aquí, antes de la venida del pariente, los robos de ganado estaban empobreciendo los hatos y haciendas fuertes. El mal, que nunca se suprimirá por completo debido a nuestra posición geográfica, a una zancada de la frontera salvadoreña y a un brinco con la guatemalteca, los cuatrereros aconchabados con las autoridades de las respectivas divisiones, no prestaban ningún auxilio en la captura y castigo de los culpables. El mal se había vuelto como el paludismo, endémico.

“Se dió el caso, en pleno día, que una cuadrilla de facinerosos, armados hasta los dientes, arreara el ganado robado en presencia de los dueños, y ¡guay del que chistara!

“El bandolerismo se había dividido el Departamento en zonas, operando independientemente para no estorbarse en el “negocio”, uniéndose en caso de peligro. Saqueaban también, establecimientos grandes y chicos. Nuestras mujeres ya no podían ir a la quebrada a lavar ropa por el temor de ser violadas; los hombres que se aventuraban salir a los mercados vecinos a vender sus productos, al regresar les asesinaban sólo por quitarles unos cuatro o cinco pesos, producto del trabajo. El comercio permanecía completamente paralizado.

“Los cuatrereros tenían tanta confianza en la impunidad de sus delitos, que a última hora ya no asesinaban por desvalijar a las gentes de sus haberes, sino que, en vías de placer elegían como blanco a los campesinos que araban sus tierras o simplemente cruzaran los caminos, siendo la autoridad impotente de meterlos en cintura debido al estado convulsivo en que se encontraba el país.

“Pero Dios que todo lo ve, hizo que volviera Furrís a su pueblo, quien al darse cuenta que él era el hacendado más perjudicado, desde el primer instante comenzó a barrer con los pícaros, matándoles a distancia por medio del pensamiento”.

—Está usted seguro, señor Alcalde?

—Segurísimo. Vea: *alma de perro* era el más temible de los jefes de cuadrilla. Siempre se le veía a caballo seguido de sus compinches, montando las mejores bestias. ¡Ni el Gobierno tenía caballería más lucida que la del bandido!

“Si mal no recuerdo, un día de difuntos, día que tanto veneramos la memoria de los muertos, había seleccionado cien novillos de la hacienda de Furrís; al disponerse al arreo, *alma de perro* sin demostrar ninguna fatiga, rodó de la silla del caballo, muriendo instantáneamente. Los ladrones desatendiéndose del ganado, prestos llevaron al jefe muerto a la frontera. Un médico militar del primer pueblo salvadoreño, al examinar el cadáver certificó que había fallecido de “gota al corazón”; la generalidad del pueblo no lo creyó así, culpando al brujo del suceso.

“Un mes después, ya para llegar a la frontera guatemalteca, otro jefe de cuadrilla conocido con el remoque de *melcocha*, cayó sin vida en medio de los novillos robados. Los acompañantes, que ya tenían conocimiento de lo sucedido a *alma de perro*, fué tanto el miedo que les causó el inesperado fallecimiento, que no tuvieron valor de sepultar el muerto, saliendo en precipitada fuga a sus escondites; las reses, al verse solas, regresaron a la querencia.

“La forma violenta de las dos defunciones de los principales bandidos, como novedad increíble, divulgó la noticia del poder del brujo, de matar a distancia.

“Un prófugo de asesinato que no creía en las facultades de Furrís, dijo borracho en un estanco de aguardiente clandestino de Ojos de Agua, pueblo salvadoreño fronterizo a Honduras, que luego vendría a la hacienda del brujo a llevarse una partida de vacas. Y qué pasó? Que el hechicero, pacientemente dejó a los bandoleros encerrar en sus corrales el ganado escogido; les permitió caminar tranquilamente hasta el lugar llamado el Callejón del Atajo, pasaje de un kilómetro de largo, con una entrada y una salida; a los lados, altísimas rocas cortadas a tajo. Cuando se encontraban a medio cañón, el brujo como los ventrílocos, “colocó” en los únicos escapes, dos rugidos de león que hicieron temblar a medio mundo; esto dió lugar a que los bandidos delanteros volvieran grupas mientras los de atrás trataban de calmar el pánico; el ganado desmoralizado buscaba una salida, pero al tercer rugido, los pícaros impotentes de atajar la partida, intentaron escapar cuando ya no disponían de segundos; las reses presas de un miedo descontrolado, cayeron sobre caballos y jinetes, despedazándolos en un decir ¡amén!

“Gentes piadosas recogieron y sepultaron once cadáveres.

“Al partir de esta desgracia no se volvió a cometer el menor robo. Los asesinatos por desvalijar al pobre, desaparecieron por encanto. Con la muerte de los últimos once cuatreros, los malhechores quedaron conven-

cidos de que el brujo era y sigue siendo el amo y señor de Occidente. ¡Una hoja no se volvió a mover por temor a Furrís!

“Se hicieron públicas las “oraciones” que cargaban los ladrones. Ya muertos se les encontró copias en los bolsillos. Tenían la propiedad —según ellos—, del amuleto, de hacerse invisibles a los ojos del enemigo e invulnerables a las balas.

“Entre algunas personas del pueblo existe la creencia que la debacle obedeció, al no cargar la *oración del tecuán*, fiera temida por los demás carniceros; si la hubieren tenido, de seguro que las vacas, con el “contra” en poder de los ladrones, no perciben los rugidos del león; pero en honor a Furrís, francamente de nada les hubiera valido oponerse con sus oraciones a la decisión tomada por el hechicero, decisión arrolladora.

“Los inspectores de policía y hacienda, que años atrás cometían atropellos con los indefensos, pronto se enmendaron ajustando sus actos a la ley, por temor al amo de Talgua.

“En fin, amigo Caracol, no me cansaré de repetirle, de haber llegado a la conclusión, que el brujo es un mal necesario.

“Figúrese, que en esos días de espanto, atemorizó a los empujadores rezagados, dándoles el tiro de gracia, apagando la luz del sol por cuarenta y ocho horas”.

—Cómo, señor Manteca, obscureció el sol?

—Así como lo oye; no se asombre por cosas que son bagatelas para el mago. No sé cómo hizo pasar por aquí, una bandada de golondrinas de veinte leguas de ancho.

—Y ese cálculo, cómo lo comprobaron?

—Muy elemental: de Talgua a San Pedro de Copán, hay veinte leguas, y la franja de aves cubría las dos poblaciones.

“Ahora considere los miles de millones de golondrinas, volando al estilo de la alfombra misteriosa de las Mil y una Noches, lentamente y compacta para no estropearse, a razón de unas seis a siete leguas por hora, durante dos días, tiempo que la sombra tardó como toldo, tapando la luz del sol.

—¡Qué hazaña más sorprendente, señor Alcalde!

—Sería largo contarle de las cosas extraordinarias de Furrís. Hay que verlo cuando le viene en gana provocar incendios en los bosques y al mismo tiempo hace llover para apagarlos. En la cancha de gallos gana el que quiere que gane, haciendo que el gallo destinado a perder vea en vez de un contendiente, dos ennavajados.

—Bueno, esos detalles carecen de importancia; lo esencial está en haber acabado con los cuatreros criminales.

—Debo aclararle, que algunas muertes sin mayor repercusión, no las tomamos en cuenta.

—Extraño, señor Alcalde; la vida, de quien sea, es sagrada.

—Tiene razón. Quise referirme a raterías, simples raterías. El año pasado —por ejemplo— un ladronzuelo aprovechó fuerte tormenta para introducirse en la pulpería *burra de palo*, llevándose diez machetes Collins. Posiblemente Furrís lo supo, porque el caco, al trepar a la montaña con el fin de venderlos, se arrimó al pie de un ocote a pasar el agua: allí lo aplastó el mismo árbol

al ser derribado por un rayo, recogiendo el dueño sus hojas de acero, con las cachas de cuerno chamuscadas.

—Y la autoridad nunca intervino en aclarar el misterio del desaparecimiento de tanta víctima?

—Qué juez se atreve? ¡Al sólo pensarlo ya tiene para no dormir! Más bien, todos los hechos delictuosos, han contribuido a la tranquilidad que hoy reina en Talgua y cien leguas a la redonda.

“La única molestia que nos aqueja, son los azoros; solamente el brujo puede hacerlos desaparecer si él quiere; posiblemente tiene sus razones, y si aguantamos, como dejo dicho, por ser consecuentes, agradecidos a los infinitos favores que le debemos.

—Cuando sin anunciarse, en forma campechana, necesitan un favor de él, los atiende?

—Es otra de las benevolencias del brujo, de no cansarse en ayudar a quien llame a sus puertas si se trata de algo perentorio.

“Hace dos años, cayó como de las nubes, un judío. Declaró en la Alcaldía, que andaba buscando guayacán, madera, que según después declaró un contratista de la costa, es insustituible para la fabricación de chumaceras de barcos; quería saber el valor del árbol y su extracción. Yo, que entonces fungía de Síndico, le facilité los informes necesarios, acompañándole a la montaña a ver los palencones agarrados con los fuertes dedos de sus raíces, en las rocas de los desfiladeros.

“Al pasar frente a un rancho donde fabricaban trastos de barro, nos detuvimos.

“El judío observó con atención el amasijo, la manera de darle forma a los enseres, demostrando interés sin lími-

tes al examinar algunos artículos ya cocinados: tomó un jarro entre las manos, le dió cien vueltas y no dijo nada.

“Nos marchamos, yendo directamente al sitio donde todavía está poblado de la preciosa madera.

“El guayacán se desarrolla en lugares intransitables, en los linderos de la muerte —si así puede llamarse el atajo de una montaña—. El judío al hacer cálculos, comprendió que los gastos de corte, arrastre a la vía transitable por procedimientos primitivos, además del pago de extracción, no le dejaría mayor ganancia, sí posible pérdida, renunciando al proyectado negocio.

“Al soltar el almuerzo que cargaba en mis alforjas, a orillas de cristalino arroyo, nos sentamos a comer silenciosamente. Mientras tanto, las aves que tienen oído de tísico, se dieron cuenta de nuestro banquete, dándose a revolar en espera del sobrante de migas.

“De manera sutil, entre bocado y bocado, el judío me preguntó si conocía el lugar de donde los alfareros extraían el barro. Yo, como era natural, no le dí importancia a la pregunta, ya que nunca me había interesado en la fabricación de sartenes.

“Al regresar, nuevamente hicimos alto en el remedo de fábrica. El judío, después de examinar trasto por trasto, se resolvió a comprar la olla más grande, olla nacatamalera, de un metro de alto y medio de circunferencia.

“Un hecho dejó a los alfareros con la boca abierta, al ver al cliente partir el trasto en cien pedazos, echándolos dentro de un zurrón de cuero crudo, yéndose a dormir bastante delante de Talgua, camino de la costa Norte.

“Tres meses después vuelve el judío a comprar toda la producción.

“Los alfareros muy contentos bendecían al extranjero; sin dar reposo al músculo trabajaban día y noche.

“Al principio, al buen hombre le tomamos por loco al ver que apenas recibía una remesa, se paraba en los artículos hasta convertirlos en polvo, despachando su extraña mercancía a Puerto Cortés. Por toda explicación alegaba, no sin fundamento, que los trastos enteros ocupan mucho espacio en los aparejos de las mulas.

“Sí, nunca creímos en el secreto —descubierto por él— de amasar nuevamente el barro quemado para darle la forma primitiva a los artículos destruidos y volverlos a quemar como sostenía con firmeza.

“El negocio como el estado de curiosidad marchaban viento en popa, pero como nada oculto hay bajo el sol —según el maestro Salomón—, las cosas llegaron a reventar cuando el judío dispuso, que en vez de artículos cocidos, le mandaran el barro crudo.

“Los fabricantes, un poco perplejos con la nueva oferta, la consideraron tan buena, que no se atrevieron a llenarla por haber entrado en mil cavilaciones a cual más fantásticas. “Aquí hay gato encerrado” —comentaron—.

“Al fin pudo más aclarar el misterio, que los pesos contantes y sonantes.

“En este estado de incertidumbre acudieron al brujo, exponiéndole todo el proceso de lo sucedido.

“Furrís les oyó con sumo interés, disponiendo para dar su respuesta, que le llevaran un tejo de olla cocido y otro crudo.

“Dicen los alfareros, que sacó de la bolsa un poderoso lente y comenzó a estudiar minuciosamente las piezas. Después molió el tejo cocido y el polvo lo echó en una cuchara grande, de cuerno de vaca, de las usadas por los mineros, conteniendo agua, haciendo lo mismo con el resto del barro crudo, hasta diluir la tierra y una vez aclaradas las aguas por separado, consiguió dejar en el asiento resíduos de chispitas minúsculas, de color amarillo encendido, que poco a poco fué sacando con pinzas y echándolas dentro de un tubo de vidrio, con sólo una boca, conteniendo ácido nítrico; lo colocó sobre un hornillo encendido; cinco o diez minutos después, se tiró ruidosa carcajada, gritando: ‘¡Los están engañando! ¡Los trastos de barro son exportados a los Estados Unidos!’ “Y se imagina, amigo Caracol, en qué consistía el engaño? Pues el material que los alfareros ocupaban en su fábrica, resultó ser riquísimo manto de oro. El brujo comprobó, que en cada olla más o menos grande, se iba diseminada en granos, una onza”.

—Al enterarse de la verdad, qué dispusieron, señor Manteca?

—El Alcalde de entonces tomó cartas directamente en el asunto. Se le habló claro al extranjero. Se le dijo que ya no se le venderían sartenes quemados ni crudos; que si quería permiso para explotar el subsuelo, tendría la autorización mediante cantidad fijada por ambas partes.

—Convino?

—Aceptó la propuesta anticipando buena suma de dinero; durante dos años escasos, mensualmente estuvo pagando la cantidad establecida en el contrato firmado por el Síndico Municipal y el judío.

—Yo entiendo que solamente el Ministerio de Fomento o en su defecto juzgados competentes, están autorizados para dar o negar concesiones de tal índole.

—Muy cierto. Por eso establecimos dos años en el contrato, tiempo que tardaría el señor ministro en darse cuenta del “error”.

—Curioso su cálculo.

—Pues no; obedece a reglas fijas; no ve que estos pueblos tan arrinconados, viven a la deriva, dejados de la mano de Dios?

—Y cuando el ministro lo supo, qué pito tocaron?

—Se reunió en cuerpo la Honorable Municipalidad; sin entrar en discusiones se levantó una acta alegando pura ignorancia.

—Y al dinero, qué rumbo le dieron?

—Mandamos a construir en la montaña dos edificios escolares de bahareque; uno para escuela mixta de niños y el otro para campesinos casados o solteros que no supieran leer ni escribir. Compramos útiles de enseñanza que regalamos a los alumnos; además, pagamos cuentas rezagadas de anteriores municipalidades e hicimos reparaciones al edificio del cabildo y del mercado público; construimos un muro al rededor del cementerio; tendimos un puente de madera sobre el paso El Chagüite y sostuvimos durante tres meses en la Escuela Agrícola

de Guatemala, al alumno más aprovechado de las escuelas urbanas, para que aprendiera lo más esencial sobre injertos de plantas cítricas.

“Lo que más nos llenó de satisfacción, fué el hecho de haber costado los servicios profesionales de maestros de renombre, con sueldos nunca soñados por ellos. Firmamos contrato por dos años, estableciendo que el año escolar se reduciría a seis meses, en la montaña, a fin de que todo analfabeto participara de los beneficios de una enseñanza elemental; era preciso ganar terreno por no disponer de más tiempo ni de fondos.

“Desgraciadamente a los veintidós meses clausuramos las escuelas”.

—A qué obedeció la perjudicial determinación?

—¡Ah, amigo Caracol! Es triste confesarlo, pero a los dos años escasos respingó el señor ministro, “degollando” con orden telegráfica la vaca lechera, que en pocos meses hiciera incalculables beneficios culturales y espirituales a los desamparados de las primeras letras.



“Volviendo a nuestro punto de discusión, pienso amigo Caracol, que el poder del brujo sin bayonetas, sobre la insolencia armada y sobre los principios morales de arraigo secular, desconcierta; debo también confesarle, que no se pueden negar los beneficios de las religiones al tomar el control de los sentimientos de los pueblos en su proceso de formación; es innegable la potencia de la rienda espiritual para encauzar los instintos descarriados; pero cuando a esos instintos no hay poder humano

que los ataje, entonces la superstición en las regiones primitivas, viene a reemplazar el evangelio de los credos, manteniendo a raya a los brutos encabritados, a los hombres bestias arrastrados al crimen por la fuerza misteriosa de las morbosidades atávicas. Ésta es la razón para tolerar complacidos las prácticas del hechicero, como un mal necesario.

“Usted debe extrañar conociendo mi pobre criterio, que me haya reservado a última hora una carta para especular con más o menos despejo sobre cosas misteriosas; en una palabra, sobrenaturales. Tengo plena convicción en qué apoyarme para defender los poderes ocultos de Furrís, poderes irrefutables como se lo voy a demostrar en la siguiente conclusión:

“En Talgua se comprobó el fracaso de la ley frente al bandolerismo organizado; perdido el principio de autoridad, la sujeción al mismo fué un mito. Igual cosa sucedió con la misión cristiana, tampoco pudo llamar a sosiego a la fiera desencadenada. Vino entonces a imponerse la superstición —obra del concurso de coincidencias, quizás— sobre los hombres sin Dios y sin ley”.

— FIN —

CONTENIDO:

	Pág.
Piedra Angular — — — — —	9
El Brujo de Talgua— — — — —	21
A la Meca del Hechicero — — — — —	27
Danza de la Serpiente— — — — —	55
Pueblo de Emociones Primitivas — — — — —	75
La Tierra Encantada— — — — —	103
En Casa del Taumaturgo — — — — —	109
Embrujo de la Montaña— — — — —	129
Despedida del Pontífice del Sortilegio — — — — —	155
Superstición, mal necesario— — — — —	169

Obras Publicadas:

“El Gringo Lenca”

“El Cultivo de la Pereza”

“Lo que dijo don Fausto”

Ya preparado para entregar a la imprenta:

“Homenaje a la Rechifla”

COLOFON

Esta obra se escribió en 1949
y se publica en la Imprenta
Calderón en Octubre de 1950





1911